

MISTERIO DE CABO FRÍO

desafioprofundo.org

MISTERIO DE CABO FRÍO

Novela educativa transmedia

© 2021, Plan Ceibal

Plan Ceibal

Presidente: Leandro Folgar

Ministerio de Educación y Cultura

Ministro: Pablo da Silveira

Director Nacional de Educación: Gonzalo Baroni

Universidad Tecnológica del Uruguay

Consejero: Rodolfo Silveira

Consejera: Graciela Do Mato

Consejero: Andrés D. Gil

Administración Nacional de Educación Pública

Presidente del Consejo Directivo Central: Robert Silva García

Directora General de Educación Inicial y Primaria: Graciela Fabeyro

Directora General de Educación Secundaria: Jenifer Cherro Pintos

Director General de Educación Técnico Profesional: Juan Pereyra

Presidenta Directora Gral. de Formación en Educación: Patricia Viera Duarte

Referentes de ANEP en la Red Global de Aprendizajes

Consejo Directivo Central: Emy Soubirón

Dirección General de Educación Inicial y Primaria: Daniela Acosta

Dirección General de Educación Secundaria: Paola Vilar

Dirección General de Educación Técnico Profesional: Karina Colnago

Consejo de Formación en Educación: Silvana Flecchia

Red Global de Aprendizajes

Líder del cluster Uruguay: Claudia Brovetto

Producción editorial y diseño

Manosanta desarrollo editorial

Corrección de estilo

Alejandro Coto, María Eugenia Martínez

MISTERIO DE CABO FRÍO



desafioprofundo.org

MISTERIO DE CABO FRÍO

Novela educativa transmedia

Dirección	Ramón Silveira - Plan Ceibal
Idea original	Guillermo Lockhart (colaboración: Mauro Croche)
Arte y gamificación	Manuel Latorres - Plan Ceibal
Abordaje educativo	Pablo Fradiletti - Plan Ceibal Virginia Benzano - Plan Ceibal Maximiliano Xicart - Plan Ceibal Verónica Zorrilla de San Martín - Plan Ceibal
Experiencia digital de aprendizajes	Juan Marrero - UTEC Martin Zanoniani - UTEC Ezequiel Alemán - UTEC
Editora de trama	Ana Solari - Plan Ceibal
Coordinación editorial	Maximiliano Xicart - Plan Ceibal
Producción	Joanna da Silveira - Plan Ceibal María Gimena Santos - Plan Ceibal
Análisis integrado de datos y economía comportamental	Carlos Libisch - Plan Ceibal Anahí Cancela - Plan Ceibal Fiorella Nahmias - Plan Ceibal
Pensamiento Computacional	Santiago Olivera - Plan Ceibal Evelyn Núñez - Plan Ceibal Mónica González - Plan Ceibal Lourdes Vidal - Plan Ceibal Lucía Crivelli - Plan Ceibal Irina Rodríguez - Plan Ceibal
Ajedrez	Esteban Jaureguizar Ajedrez para la convivencia - MEC
Realidad virtual	Paolo González - UTEC
Comunicación	Marcelo Uruzabal - ANEP Agustina Carriquiry - MEC Stephanie Estevez - Plan Ceibal Lourdes Fernández - Plan Ceibal Nicolas Vigni - Plan Ceibal Inés Fornos - UTEC
TI	Martín Anza - Plan Ceibal Esteban Arias - Plan Ceibal Matías Basso - Plan Ceibal
Desarrollos corporativos	Trailer oficial - Cielomoto, comunicación audiovisual Radionovela - LaMayor, diseño de sonido Ilustraciones - Demian Godoluz

Agradecimientos: El equipo de implementación desea reconocer especialmente los aportes creativos de Guillermo Lockhart y Mauro Croche en la elaboración de la historia, piedra angular de esta propuesta. Así también al Museo Blanes (IM), la Escuela Técnica de Guichón y *El Telégrafo* por su apoyo desinteresado.

DESAFÍO PROFUNDO

Sabemos lo importante que son las historias para entretener, informar e inspirar a personas en todo el mundo. El poder de una narración es incomparable y nos hemos decidido a ponerlo al servicio de los aprendizajes.

En 2015 lanzamos *desafioprofundo.org* con un sentido claro. Promover aquello de *aprender haciendo*, no desde un abordaje conceptual sino justamente con problemas de la vida real. Así comenzamos el recorrido, abarcando temáticas en general vinculadas a las cuestiones medioambientales y los desafíos de la sustentabilidad. De alguna manera era como una inyección de nuestra propia medicina. Promover el diseño de actividades de aprendizaje profundo modelizando e inspirando con el ejemplo.

En el camino aprendimos un montón de cosas. Posiblemente la más importante, si queremos motivar la participación de los estudiantes, es que debemos construir narrativas que se desarrollen en los espacios que ellos *habitan*. En palabras de Henry Jenkins «El transmedia es la cultura producida para la generación que creció mirando *Pokémon*, *Star Wars* y *He-Man*». Sabemos que el carácter lúdico facilita la interiorización de conocimientos y del poder inmersivo del juego para llenar todo de sentido.

Hacer algo transmedia es mucho más difícil que pensarlo, no es ninguna novedad. Tuvimos que internalizar

esa complejidad. Dicho en otras palabras, no había nada nuevo en usar juegos para aprender, pero sí en diseñar una experiencia que utilizara *una historia gamificada* como hilo conductor. ¿Qué es lo innovador? Utilizar una novela como ambiente de aprendizaje.

Esta narrativa es resultado de esa exploración. *Misterio de Cabo Frío* es nuestra primera novela educativa transmedia que pretende no tener lectores, ni audiencia, ni espectadores, sino protagonistas. Así fue que, entre otras expansiones de la historia, se presentan el libro, la radionovela y el juego, especialmente dirigido a estudiantes entre 10 y 15 años. La invitación a Guillermo Lockhart a trabajar juntos estuvo motivada por su alcance en la denominada literatura juvenil. El antecedente del Concurso de Leyendas 2020 fue determinante, pues evidenció que los misterios y leyendas locales son funcionales a la presentación de desafíos.

Los docentes uruguayos interesados en utilizar esta narrativa en sus propuestas didácticas podrán acceder a materiales y recursos educativos específicos. Un aterrizaje al aula de forma personalizada y colaborativa entre colegas.

El tamaño del reto necesita de socios a la altura de las circunstancias. Al trabajo que venían proponiendo ANEP y Plan Ceibal en los Desafíos Profundos desde su lanzamiento, en 2021 se sumaron dos socios estratégicos. Por un lado, el Ministerio de Educación y Cultura (MEC), que aportó activamente al ecosistema de contenidos de nuestra historia mediante su programa Ajedrez para la Convivencia. Por otra parte, la alianza con la Universidad Tecnológica del Uruguay (UTEC) nos permitió desarrollar la plataforma

digital que sustenta las estrategias de retos, disponible en *desafioprofundo.org*.

Actualmente, además de las cuatro instituciones patrocinantes, participan siete empresas privadas, dos colaboradoras, dos escritores y más de diez equipos de trabajos que incluyen abordaje educativo, análisis integrado de datos y economía comportamental, experiencia digital de aprendizajes, pensamiento computacional, ajedrez, entre otros.

Estamos orgullosos de explorar otros formatos de contenidos en la intersección de tecnología y comunicación en el sistema educativo uruguayo. Juntos estamos haciéndolo posible. Creatividad y tecnologías construyendo el futuro de los aprendizajes.

Red Global de Aprendizajes



¿QUÉ ES EL MISTERIO DE CABO FRÍO?

Esta novela, cuya aparición en papel es posterior a su lanzamiento digital —y que se dio, como lo hacía el folletín del siglo XIX, por entregas, capítulo a capítulo—, narra los misterios que un grupo de cinco adolescentes de un balneario ficticio en las costas del Este del país se propone resolver.

Wendy, Vladimir, Alicia, Dionisio y Salvador reciben un mensaje inquietante y, a partir de eso, se enfrentarán a un conjunto de enigmas que deberán resolver. La búsqueda de pistas los lleva a diversos parajes de nuestro país, como el Monte de Ombúes, la Gruta del Palacio, el Parque Rivera, el Museo Blanes y el Castillo Pitamiglio, a los que están asociadas viejas leyendas y mitos, que forman parte de la trama. Los cinco protagonistas viven historias terroríficas, profundizan la amistad que los une y conquistan a los lectores con su frescura, su curiosidad y sus ganas de saber más. Los parajes elegidos para las aventuras y los desafíos a los que se enfrentan los adolescentes también interpelan a los lectores, que se dejan llevar por ese universo ambivalente, en el que realidad e irrealdad parecen indivisibles.

De lectura fluida y que atrapa en cada página, los diálogos ágiles les dan vida a los protagonistas Wendy, Vladimir,

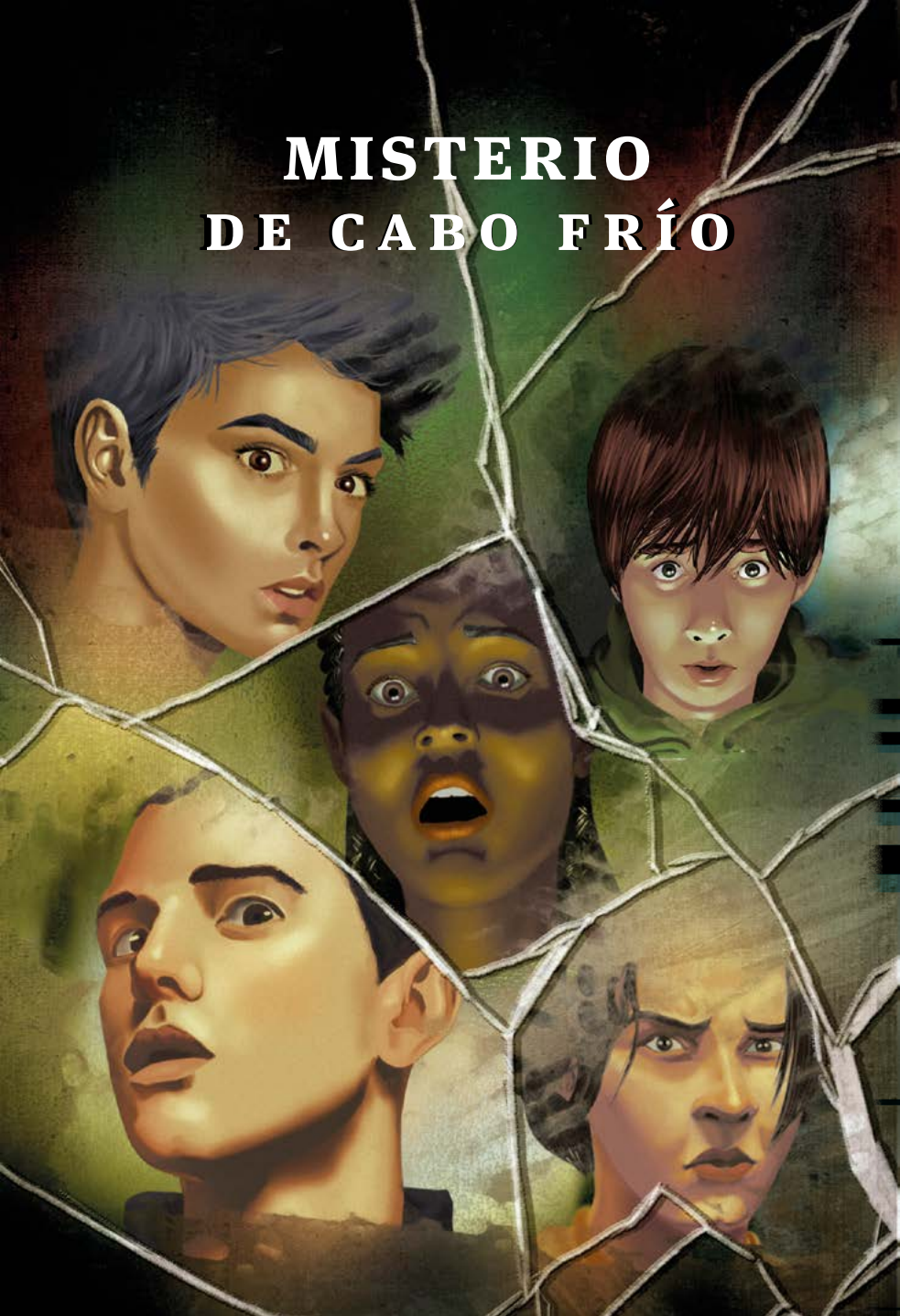
Alicia, Dionisio y Salvador, y los hacen de carne y hueso. Esos entrañables adolescentes representan, también, el mundo desafiante y exigente al que se enfrentan los jóvenes de este tiempo.

Siempre es bienvenida una novela de aventuras destinada al público juvenil (y seguramente algún padre o madre no resista la tentación de leerla); sobre todo, si apela a la inteligencia y la curiosidad activa de los lectores.

Ana Solari

Montevideo, octubre de 2021

MISTERIO DE CABO FRÍO





CAPÍTULO 1

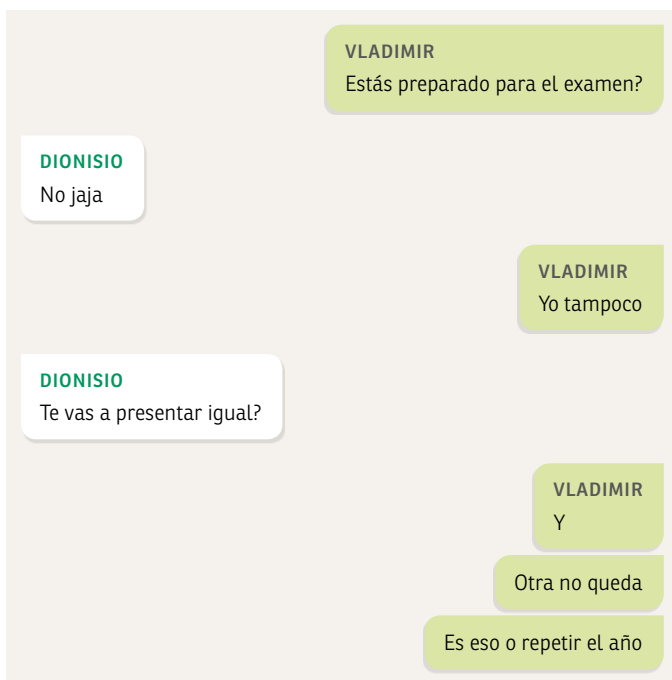
CABO FRÍO





¡AYUDA!

Cabo Frío es un pueblo costero, tranquilo, donde nunca ocurren cosas fuera de lo ordinario. Un grupo de amigos se encuentran en el liceo, pero no para disfrutar el rato. Es época de exámenes, los nervios están por las nubes y el humor por el piso.



DIONISIO

Nos dará una mano la profesora?

VLADIMIR

Volarán las vacas algún día?

DIONISIO

Uff

VLADIMIR

No puedo creer que tengas que dar el examen. Nunca te habías llevado una materia a marzo.

DIONISIO

Siempre hay una primera vez

VLADIMIR

Bueno. Nos encontramos en el liceo

DIONISIO

Dale, estoy yendo para allá

Más tarde, tal cual lo planificaron, Dionisio y Vladimir se encontraron en el frente del Liceo N.º 1 de Cabo Frío. El día era caluroso e invitaba a no hacer nada. Eran las nueve de la mañana.

Ambos chicos venían de una larga y desesperada maratón de estudio, forzosamente prolongada hasta el amanecer.

Ahora, claro, morían de sueño, y la cabeza les hervía en un millón de confusos pensamientos.

Tenían que rendir examen de Biología con la profesora Giménez, que era muy dura y exigente.

El año anterior, la profe les había hecho construir un terrario. Dionisio se había negado argumentando que las pobres hormigas sufrirían dentro de aquella caja de vidrio. Acostumbradas a formar túneles de metros y metros de largo, había explicado, aquella pecera debía de parecerles una auténtica cárcel. La profesora le advirtió que, o hacía el terrario, o reprobaría la materia. Dionisio hizo el terrario, pero no puso ningún insecto dentro, lo que lo condenó a dar examen en marzo.

El tema de Vladimir era diferente. Él no se llevaba bien con ninguna materia que requiriera leer más de cinco páginas seguidas. Lo de él era el ajedrez; veía un tablero y su mente se iluminaba. Descuidó la materia de la profe Giménez (así como también había descuidado Historia y Literatura y también Social y Cívica), por lo que ahora su situación académica era desesperante. O aprobaba Biología o repetiría el año.

Los amigos se saludaron y entraron al liceo. El edificio era viejo y siempre olía a humedad. Al estar ubicado en una ciudad costera, el salitre del mar hacía estragos con la pintura. El frente siempre estaba descascarado. Incluso la bandera de Uruguay, que flameaba en lo alto del mástil, se veía con colores apagados y parecía casi blanca.

Caminaron unos metros por el corredor principal, conversando sin mucho ánimo sobre la materia que debían

rendir. Doblando el pasillo se encontraron con una sorpresa: era Wendy, quien venía de rendir Matemáticas y parecía muy malhumorada.

—¿Cómo te fue? —le preguntó Dionisio.

Sin decir palabra, la chica hizo un movimiento con uno de sus brazos, demostrándoles que no tenía ganas de hablar. Les echó una mirada irritada, dijo algo incomprensible y se metió en el baño.

—Qué carácter —dijo Vladimir.

—Seguro que le fue mal.

Se detuvieron frente al aula donde la profesora Giménez los aguardaba, sentada frente a su escritorio.

—Bueno, allá vamos —dijeron Vladimir y Dionisio, luego de dar un largo suspiro.

ALICIA

Y?, Cómo te fue?

WENDY

Horrible, creo que perdí

ALICIA

Ay Wen 😞

Te mataste estudiando!

WENDY

Sí lo sé

Siento que voy a llorar

Soy una inútil!

ALICIA
Reina

No digas eso

Dónde estás ahora?

WENDY

En el baño 🤔

Me escondí para que nadie vea lo fracasada que soy...

ALICIA
Voy para allá

Estoy a tres cuadras, estaba haciendo un mandado

WENDY

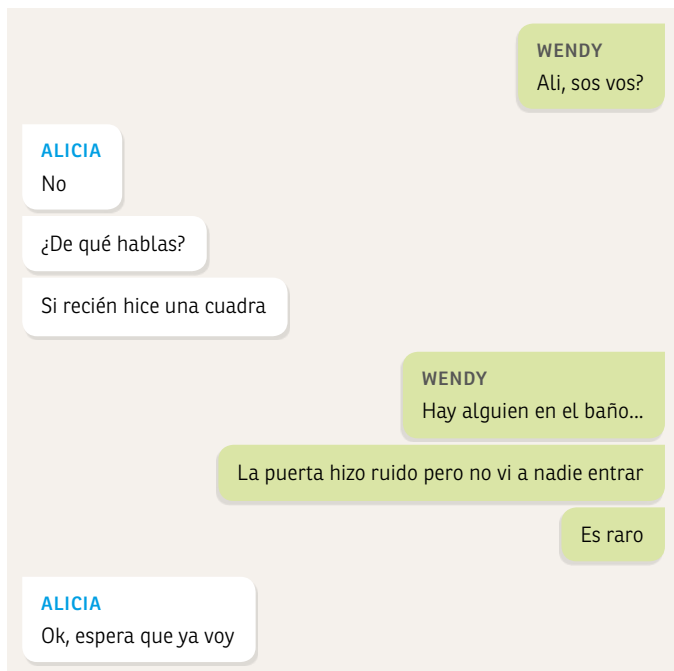
No, no hace falta, nena

ALICIA
Sí, espérame que ahí voy

WENDY

Ok, bueno

Dos minutos después.



Solo tres alumnos rendían examen de Biología. La profesora Giménez, siguiendo estrictas normas de distanciamiento, los separó y puso a Dionisio sobre la izquierda del aula, bien contra la pared, a Vladimir sobre la derecha y al otro chico (Benjamín, quien parecía tan pálido como la luna) en el medio.

Les ordenó que dejaran sus pertenencias sobre la mesa de examen y quedaron solo con una hoja en blanco, una

goma y un lápiz. Vladimir, que tenía la esperanza de copiar de alguna forma, se dio cuenta de que estaba en el horno. Lo que había estudiado la noche anterior le bailaba en la cabeza sin orden ni lógica alguna. Cuando la profesora puso la hoja fotocopiada frente a él y vio todas esas palabras y planteos casi incomprensibles, una especie de lenta desesperación se apoderó de Vladimir: «Ay, mamita, no entiendo nada de esto, voy a perder y a repetir el año».

Su mano comenzó a temblar. El lápiz le resbalaba entre los dedos. Miró hacia su izquierda, hacia Dionisio. Al menos él había comenzado a escribir algo. Pero, ¿qué? Las preguntas no parecían tener una respuesta adecuada: «Capacidad que tienen los organismos de reaccionar frente a estímulos externos». «¿Quiénes realizan el proceso de nutrición quimioautótrofa?».

Ante cada pregunta, Vladimir sentía el rabioso impulso de responder: «¡Y qué sé yo!». Estaba perdido. El tiempo pasaba y ni siquiera había dado una respuesta. Y para colmo la profesora había posado en él sus ojos de buitre. «¡Deje de mirarme así, profe!», tuvo ganas de decir.

Frustrado, estaba por levantarse y entregar la hoja en blanco cuando unos gritos lo sobresaltaron. Eran de una chica. Parecía estar en serio peligro, porque gritaba a toda voz. A través de los vidrios de la puerta vieron que varios corrían en dirección a los baños. Entonces, Vladimir pensó en Wendy. Se levantó, agarró su celular y se dirigió a la puerta.

—Alumno Basilenko, ¿a dónde cree que va? —preguntó la profesora.



Pero Vladimir no la escuchó porque, si bien era algo que mantenía en secreto, él estaba profundamente enamorado de Wendy y temía que le hubiese pasado algo muy malo.

WENDY
Amiga

Te juro por Dios que hay algo acá en el baño!

ALICIA
Será otra chica?

WENDY
No!

El baño está vacío

Pero siento algo en el aire, como un susurro!

ALICIA

Ay qué horror 🤖

Wendy salí ya de ahí!

WENDY

Eso estoy intentando

Pero no puedo, la puerta está trancada!

ALICIA

Seguro que es alguien que te está haciendo una broma

WENDY

No me gusta nada esto

Hace mucho frío acá

ALICIA

Gritá

Gritá con todas tus fuerzas, que los profesores vengan a ayudarte!

Wen?

Wen, reina?

¿Estás bien?

¡Ya estoy llegando, aguanta!

Cuando Vladimir llegó al baño de mujeres, la profesora de Matemáticas y otra alumna contenían a Wendy, quien lloraba aterrada. Sus lágrimas, que brotaban sin cesar, habían corrido parte del rímel oscuro que siempre usaba.

—¿Qué es lo que tenés, amor? ¡Decime! —exclamaba, desesperada, la profesora.

Wendy solo atinaba a señalar en dirección al baño. Vladimir jamás la había visto así. Wendy era una chica que siempre mantenía la compostura, nunca se la veía llorar o reír. Su único estado de ánimo al parecer era el enojo. Él sabía que tenía una vida dura. Y verla en ese estado, hecha un manojo de nervios, lo impresionó.

—¡Por favor, Wen, decime qué pasó!

Llegó el adscripto, un tipo de bigotes e infaltable camisa blanca y corbata azul. Vio las señas de Wendy y se arrojó dentro del baño de mujeres, quizás pensando que había algún atacante allí.

Vladimir entró con él. Era la primera vez que entraba al baño de chicas y vio todo con los ojos de aquel que entra a un templo sagrado. Vio los grifos con los lavamanos y, más allá, los compartimentos de los inodoros.

El adscripto abrió los compartimentos uno por uno. Iba armado con un ridículo compás de madera, que alzaba como si fuera una daga. Vladimir vio que sus acciones eran algo exageradas, los gestos parecían de los héroes de las películas de acción.

Sin embargo, lo que realmente le llamó la atención fue algo sobre el espejo. El chico se quedó inmóvil, contemplando aquello que se dibujaba sobre la superficie vidriada.



No podía creer lo que estaba viendo. Una mano invisible parecía escribir, ante la mirada atónita de los presentes, una serie de letras y símbolos sobre el espejo.

¡Ayuda! «inlna ny zbagr qr bzohrf»

Un escalofrío recorrió pies y cabeza de Vladimir. Sin embargo, tuvo el acierto de agarrar el celular y filmar lo que había sobre el cristal espejado. Supo que acababa de filmar algo que sería el motivo de charla de todo el liceo durante los siguientes días. Y no se equivocaba.

Al anochecer...

ALICIA

¿Estás mejor?

WENDY

Sí

Me dieron un calmante

Ahora tengo algo de sueño

ALICIA

Qué susto que me diste Wen!

Cuando llegué al liceo y te vi llorando como loca, me asusté muchísimo!

Pero qué fue lo que pasó??

WENDY

No sé si me vas a creer

ALICIA

Decime!

Sabes que podés confiar en mí

WENDY

Ni siquiera yo lo creo

A lo mejor todo fue mi imaginación

ALICIA

Nena

Qué fue lo que viste?? 🤪🤪

WENDY

Había algo en el espejo

Primero fue como una sombra

Algo que estaba detrás de mí

Me di vuelta pero no había nada

Y cuando volví a mirar hacia el espejo...

ALICIA

¿Qué?

Qué pasó? 😬

WENDY

Mi imagen

ALICIA

Qué tenía tu imagen?



Dejá de hacerte la misteriosa y decíme!

WENDY

No seguía mis movimientos

Yo me movía, movía mi mano, movía la cabeza,
pero el reflejo no hacía lo mismo.

Retrocedí espantada

Y la imagen seguía ahí fija

Me miraba

Era una mirada escalofriante! La miré bien y parecía ojerosa

Como demacrada

Y comenzó a sonreír de una forma maligna

Y me asusté mucho y grité. Mi YO del espejo no gritó, aunque pareció sorprenderse con mis gritos. Seguí gritando cada vez más fuerte... y entonces perdí el control!

ALICIA

¡Qué horrible!

Me dio miedo

WENDY

Imaginate yo...

ALICIA

¿Qué crees que significa?

WENDY

No sé

Pero no quiero volver a ese liceo nunca más...

Por la noche...

Vladimir creó el grupo « El Misterio de Cabo Frío»

Vladimir agregó a Wendy

Vladimir agregó a Dionisio

Vladimir agregó a Alicia

VLADIMIR
Hola a todos

Cómo están?

Cómo estás vos, Wendy?

Perdón por crear este grupo sin avisar

Pero descubrí algo muy llamativo

DIONISIO
El misterio de cabo frío?

Jajaja qué es esto, un programa de Voces Anónimas?

Jajaja

WENDY
Hola Vladimir

¿Qué está pasando?

No me gusta que me agreguen a grupos sin mi consentimiento

VLADIMIR

Perdón Wendy

Pero es que me pareció muy importante

Y agregué a Alicia porque sé que es muy amiga tuya

WENDY

Espero que no sea algo para salir o invitarnos a algún lado

Porque te bloqueo y juro que nunca más te dirijo la palabra

VLADIMIR

No!

No es nada de eso

Es sobre lo que pasó hoy en el liceo

WENDY

???

VLADIMIR

En el baño!

WENDY

Como sabes eso??

VLADIMIR
Estaba
ahí

Quizás no me viste porque estabas muy alterada

Pero yo entré al baño

Junto al adscripto

ALICIA

Sí, yo te vi ahí

Estabas filmando con el celu

VLADIMIR
Precisamente de eso quería hablar

Se ve algo en el espejo

Les paso el video



ALICIA

Qué significa eso?

VLADIMIR

No lo sé aún

Estoy tratando de descifrarlo

ALICIA

Qué raro!

La verdad me da mucho miedo! 🤖

VLADIMIR

A mí también

Siento que algo muy importante está pasando

No les parece?

DIONISIO

Yo hace unos días vengo soñando con el liceo

Pero pensé que era por la preocupación por los exámenes

Pero ahora que lo decís...

Sí, hace algún tiempo siento que algo malo va a pasar

VLADIMIR

Y ustedes, chicas?

WENDY

La verdad, nada

ALICIA

Yo sí

Bueno, no sé si un presentimiento, pero al igual que Dionisio también soñé cosas con el liceo

VLADIMIR

Ustedes creen que este mensaje sobre el espejo puede significar algo??

DIONISIO

La verdad no sé

Primero tendríamos que ver si significa algo

VLADIMIR

Me parece bien

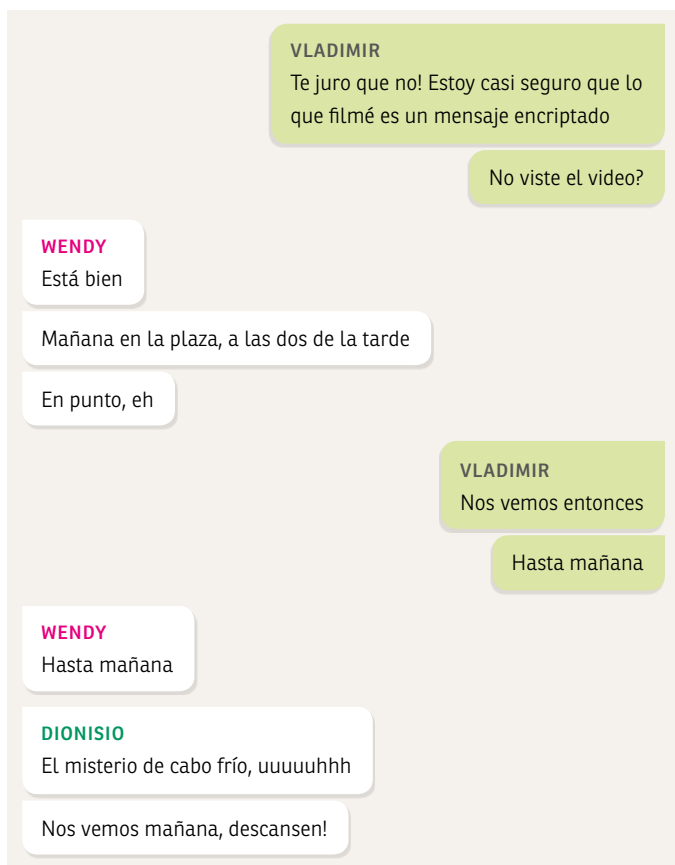
Qué les parece si nos reunimos mañana en la plaza, después de comer?

Y me ayudan a resolver este misterio?

Me ayudan?

WENDY

Sabía que era un truco para invitarnos a salir



Tal como acordaron, los cuatro chicos se encontraron en la plaza principal de Cabo Frío para intentar resolver el mensaje del espejo.

Las chicas habían llegado en bicicleta. Alicia había llevado el mate; Wendy, unos bizcochos que su madre vendía en la

panadería. Ninguna de las amigas quería admitirlo, pero tenían estar en una cita encubierta. En cualquier otro momento, no hubiesen aceptado. Pero el video que les había mostrado Vladimir las había intrigado y querían ver si significaba algo.

Al verlas llegar, los dos chicos se pararon (estaban sentados frente a una de las mesas de cemento de la plaza) y esbozaron idénticas y bobas sonrisas.

—Hola —dijo Dionisio tímidamente y mirando en especial a Alicia—. Pensé que no iban a venir.

—Comimos tarde —explicó Alicia, apoyando su bicicleta en un viejo árbol. La aseguró con un candado de combinación y saludó a los dos varones con una seña de manos—. Además, ustedes no respondían los mensajes.

—Me quedé sin datos —se apuró a explicar Dionisio.

—Y yo uso poco y nada el celu —agregó Vladimir—. Demasiado celular te mata las neuronas. Y yo las necesito para ser campeón nacional de ajedrez algún día.

—Uff, sí —se burló Wendy—. Cómo no.

—Bueno... —dijo Alicia—. Veamos ese video otra vez, a ver si podemos entender algo.

Los cuatro se sentaron y se pusieron a ver el video. La plaza estaba desierta y el día era veraniego; en el cielo no había ni una sombra de nubes. Reunidos alrededor del celular, los chicos parecían coloridos monjes rezándole a algún santo dentro de una ermita. Y lo de *coloridos* no era exagerado, porque Vladimir vestía una remera roja con pantalones cortos azules; Dionisio llevaba una musculosa celeste y bermuda azul; Alicia un top blanco con pollera violeta; y Wendy, siempre atenta al movimiento ecológico, una remera larga y negra con un

logo de una ONG que decía: «La naturaleza no necesita a las personas, pero las personas sí a la naturaleza».

Vladimir había anotado el mensaje aparecido en el espejo sobre una hoja de papel. Había tachones y varias anotaciones al margen. Los cuatro amigos vieron el video una y otra vez, sin llegar a conclusión alguna. Si había un mensaje allí, al parecer no tenía ningún sentido. Alicia, dándose rápidamente por vencida, comenzó a cebar mates. Mientras tanto, Wendy contó con detalles lo que había pasado en el baño, refiriéndose a lo del reflejo con vida propia y la sensación de que había alguien más con ella en el lugar. Al terminar, los varones se quedaron viéndola con la boca abierta.

—¿Y por qué no le dijiste a la profesora? —dijo por fin Dionisio.

—No sé, estaba aterrada y no quería hablar con nadie. Además, pensé que me mirarían como a una loca —Wendy suspiró—. Todavía más...

—Es una locura. Con razón te habías puesto así. Tus gritos se escucharon por todo el liceo.

—Bueno, perdón por ser tan escandalosa.

—No fue mi intención burlarme, Wendy —dijo Dionisio, con sinceridad.

La chica se encogió de hombros y le cebó un mate a Vladimir, pero el chico lo rechazó. Estaba muy concentrado mirando su celular.

—¿No era que no eras adicto a los celulares? —se burló.

Pero Vladimir no respondió. Sacó un papel y una lapicera de su bolsillo y dibujó una serie de letras y flechas. Parecía muy emocionado.

Al cabo de un rato, Vladimir salió de su ensimismamiento y dio un grito triunfal:

—¡Lo tengo!

—¿Qué cosa?

—¡Descubrí qué dice el código! —dijo orgulloso el chico y, a continuación, para asombro de los demás, explicó cómo lo había hecho: —Primero, vi que había una coincidencia entre los números de caracteres de la palabra «Ayuda» y los de la primera palabra del código. Entonces, si la primera palabra del código es «Ayuda», eso quiere decir que la letra «n» es una «a», porque se repite al principio y al final. Luego, probé diferentes patrones hasta darme cuenta de que, en el mensaje encriptado, las letras están cambiadas de lugar, y el abecedario dividido en dos grupos: de la «A» a la «M» y de la «N» a la «Z». La «A» es «N» en el código, la «B» es una «O» y así sucesivamente.

Vladimir mostró el mensaje que había escrito sobre el papel, que decía: «AYUDA: VAYAN AL MONTE DE OMBÚES».

—Es el celular, les dije —sonrió satisfecho Vladimir—. Manténganse apartados de sus celulares y serán tan inteligentes como yo.

—Bueno, tan inteligente no sos, porque te llevaste cuatro materias a febrero —retrucó Wendy, y tanto Dionisio como Alicia rieron al ver la cara de sorpresa que puso Vladimir.

—Y entonces, ¿qué significa eso? ¿Monte de Ombúes? ¿Tiene algún significado? —preguntó Alicia al cabo de un rato, girando el trozo de papel de un lado al otro.

—Eso, de momento, es lo que menos me preocupa —intervino Dionisio. Ante la mirada inquieta de los demás, explicó:— Es decir, ¿quién puso ese mensaje? ¿En qué momento? En el video se ve claramente que se forma solo. ¿Se trata de algo paranormal? ¿O puede ser explicado por la física? Ustedes saben que me encantan estos temas. Con solo hablar de fantasmas, seres de otras dimensiones, ovnis... ¡se me pone la piel de gallina!

—Ay, sí, ¡a mí también me encanta! —intervino entusiasmada Alicia.

—Y, además, no nos olvidemos de la otra parte del mensaje del espejo —Dionisio parecía a punto de explotar por la emoción—. Ese «Ayuda»... es raro, ¿no? ¿Y si hay una especie de cárcel en el bosque o gente perdida? O, peor aun, ¿y si es el truco de un ser malvado?

—Creo que, antes de ponernos a formular teorías disparatadas, podemos investigar un poco más —propuso Wendy.

—¿Investigar? —Vladimir parpadeaba, aún aturdido por el anterior retuque de la chica—. No sabría por dónde empezar. Esta frase no significa nada.

—¡Claro que significa algo! ¡Está hablando del Monte de Ombúes de Valizas! ¿Es que acaso nunca lo escucharon mencionar?

Apenas escuchó, Dionisio se llevó una mano a la cabeza.

—¡Tenés razón! ¡No puedo creer que no haya pensado en eso! ¡Y yo que me declaro experto en leyendas urbanas!

—Monte de Ombúes... Me suena, sí —dijo Alicia.

—A ver, un momento. Lo que ustedes están diciendo... ¿es que ese lugar existe?

—¡Sí! Y está a pocos kilómetros de acá. ¡Podemos ir en este mismo instante!

—¿Y por qué ese lugar es tan famoso?

—Bueno, porque...

Pero, antes de que Dionisio pudiera explicar la leyenda del lugar, y de paso sacar a relucir sus conocimientos en leyendas locales, un ruido detrás de unos arbustos cercanos a la mesa de cemento los sobresaltó.

Había alguien escondido. Alguien que acababa de escuchar toda la conversación y ahora, torpemente, intentaba huir hacia las calles laterales de la plaza.

Rápido y sereno, Dionisio se paró y fue tras el intruso.

—Dionisio, ¡no! —lo alertó Alicia, pero el chico no le hizo caso y se metió entre los arbustos.

Y al rato salió, agarrando por la solapa de la remera a un niño que chillaba y maldecía por lo alto.

—¡Te atrapé! —dijo Dionisio.

—Es solo un chico —dijo Wendy, mirando al niño de nueve o diez años que se retorció entre las manos de Dionisio, intentando escapar. Tenía el pelo cortado con flequillo y su cara angulosa parecía la de un muñeco. Pero sus ojos no eran para nada los de un muñeco, sino los de alguien que tiene una vida muy intensa y divertida. Sus rodillas estaban cubiertas de antiguas heridas. Tenía una remera con la imagen de un *creeper* de Minecraft, aquel juego de personajes cuadrados que era el pasatiempo principal de muchos chicos. Sus championes, de un naranja flúor, brillaban en el césped marchito de la plaza, como un par de exóticas flores en medio del desierto.

—¡Dejalo en paz! —ordenó Alicia.

—Es mi hermano, Salvador —aclaró Dionisio, para luego soltar al chico—. Le dije que se quedara en casa, pero es evidente que tiene una papa en la oreja.

—¡Sabés que odio quedarme solo! —protestó Salvador—. Además, te seguí porque me daba curiosidad saber a dónde ibas —miró a Alicia y luego sonrió pícaro— ¡No sabía que tenías novia! ¡Ahora le voy a contar a mamá!

—Estás diciendo pavadas —dijo Dionisio, avergonzado—. Ni Alicia ni Wendy son mis novias. Solo estamos acá porque...

—Sí, ya sé, porque querían descifrar no sé qué enigma y ahora van a ir al Monte de Ombúes. Escuché todo.

—Sos un enano metiche. Esto te va a costar caro.

—A mí me parece encantador —dijo, sonriendo, Alicia—. Es mucho más simpático que vos, Dionisio.

Los chicos se quedaron conversando sobre el hermano de Dionisio unos momentos más y luego regresaron al asunto del Monte de Ombúes.

—Podemos ir en ómnibus hasta allá. Son unos veinte minutos de viaje —explicó Wendy.

—¿Y mi bicicleta? —se inquietó Alicia, mirando hacia el árbol donde la había apoyado—. Si me la roban, mi mamá me mata.

—No te preocupes, está asegurada con el candado. Además, regresaremos pronto —prometió Wendy.

—Yo voy sin problemas —dijo Vladimir—. Pero antes van a tener que explicarme por qué ese sitio es tan misterioso.

—Lo haremos durante el viaje —propuso Dionisio y luego miró a su hermano—. Vas a tener que volverte a casa, no podés venir con nosotros.

—¿Quién lo dice? —desafió Salvador.

—Yo, tu hermano mayor.

—Y yo soy tu hermano menor y, si no me llevás, le cuento a mamá que anduviste saliendo del pueblo sin su permiso.

Los otros chicos, excepto Dionisio, rieron ante la osadía del pequeño. Dionisio tuvo que aceptar (bajo protestas y una amenaza de futuras reprimendas) llevarlo con él.

Fueron a la parada de ómnibus sobre la Ruta 10 y al rato pasó uno en dirección a la costa. Lo tomaron y en el camino Dionisio explicó a Vladimir y a Alicia lo que sabía del tema.

—Es un lugar supuestamente mágico donde, si uno camina lo suficiente, se encuentra con un gran ombú, el más alto y más viejo de todos. Dice la leyenda que, si te parás debajo de él, se abre como una especie de portal que te transporta durante unos momentos hacia el pasado, hacia el recuerdo máspreciado de tu vida.

—Seguro yo vería cuando le gané la partida al campeón departamental de ajedrez, el año pasado —dijo Vladimir—. Lo destrocé. Nadie creía en mí. Deberían haberme visto.

—¿Ver a dos tipos sentados frente a un tablero durante dos horas? —se burló Wendy—. Yo paso, gracias.

—El ajedrez es más fascinante de lo que creés. Te ayuda a pensar y a ordenar los pensamientos. Si querés, algún día te enseño.

—Por el momento no estoy interesada.

—Vos te lo perdés —dijo Vladimir, encogiéndose de hombros.

—¿Terminaron? —intervino Alicia—. A mí la leyenda de ese Monte de Ombúes me parece muy linda. Pero me daría miedo entrar, me asustan las serpientes y también las arañas.

Continuaron el viaje durante unos minutos más, hasta que Vladimir reconoció la parada e hizo detener el ómnibus. Los cinco bajaron y caminaron en dirección al balneario.

—Para llegar al monte, tenemos que llegar a la desembocadura del arroyo Valizas e ir en kayak o canoa —dijo Wendy.

Dionisio se detuvo al escuchar esto.

—¿Qué pasa? —Vladimir lo miró interrogante.

—Es que no me gustan los botes. No sé nadar y tengo miedo de que se dé vuelta.

—A Alicia no le gustan los bichos, a vos no te gusta el agua —dijo Vladimir y miró a Wendy—. Solo quedamos vos y yo.

—Y yo —replicó Salvador, que parecía el más emocionado de los cinco.

—Vos te quedás conmigo, enano —dijo Dionisio, sujetándolo del cuello de su remera de Minecraft.

Vladimir retomó la conversación:

—Como decía... Wendy, quedamos solo vos y yo. ¿Venís? ¿O también tenés miedo?

—Nada de miedo. No me prejuzgues. Soy más fuerte que cualquier hombre.

Siguieron caminando en dirección al balneario, hasta que llegaron a un arroyo que dividía el terreno en dos partes.

No parecía muy profundo, pero sus aguas eran bastante caudalosas. Un cartel escrito a mano decía: «Alquiler de kayaks por hora» y luego señalaba con una flecha hacia una cabaña de madera a orillas del arroyo.

El dueño de aquella casilla, un hombre fornido sin remera que usaba un short azul satinado de los de la década del 80, les alquiló un kayak por una cantidad de dinero que a los chicos les pareció razonable. Se subieron a la embarcación Vladimir y Wendy, mientras Alicia, Dionisio y Salvador se quedaban en la orilla.

—Espero que esto signifique algo —dijo Dionisio—. De lo contrario, estaremos haciendo el ridículo.

—Consideralo una aventura más —replicó Vladimir—. Al menos lo intentaremos. Como decía el maestro ruso de ajedrez, Siegbert Tarrasch: «En el ajedrez, como en la vida, la mejor jugada es la que se realiza».

—Uy, pero qué pesado que sos con el ajedrez —dijo Wendy, resoplando.

—Y todavía no viste lo mejor —replicó Vladimir, guiñándole un ojo.

—Buena suerte y vuelvan pronto —les deseó Alicia—. Los estaremos esperando con unos mates.

—El agua para ese entonces va a estar fría. Pero los acepto igual —dijo Vladimir.

Y comenzó a remar en dirección a aquel enigmático Monte de Ombúes, acompañado por la brava y rebelde Wendy. Salieron en silencio, surcando esa gran serpiente de agua. La tranquilidad del arroyo hizo que quedaran atrás los murmullos de sus amigos y que únicamente se

escuchara el sonido relajante de los remos que entraban y salían del agua.

Llegaron unos diez minutos después. Arrastraron el kayak fuera del agua y luego se pararon a contemplar el bosque.

Era impresionante. Los ombúes eran grandes y retorcidos; algunos parecían manos de pálidos dedos, como los de los muertos. Se cernía sobre el lugar un silencio y una oscuridad que daba miedo. Las copas de los árboles formaban bóvedas sobre sus cabezas. Algunos pájaros, no muchos, trinaban invisibles entre el espeso follaje.

—Uy, pero qué lugar tétrico —dijo Vladimir.

—A mí me gusta —respondió Wendy desafiante—. Me gusta la penumbra y esa humedad— se agachó para señalar un hongo que crecía al pie de un gran ombú—. Y estos hongos son exquisitos.

—¡Pueden ser venenosos!

—Claro que no. Son comestibles. Y muy ricos si los hacés salteados a la provenzal.

—¿Cómo sabes eso?

—Mi abuela —explicó Wendy—. Ella me enseñó todo sobre la naturaleza, sobre las plantas y... —negó con la cabeza—. No te interesa.

—Uf, qué complicada que sos.

—Solo digo lo que pienso. No es tan complicado— dijo y miró alrededor, hacia los bosques que parecían acecharlos en silencio—. Bien, ¿qué se supone que tenemos que hacer acá?

—La verdad, no sé muy bien —dijo Valdimir, encogiéndose de hombros—. El mensaje solo decía: «Ayuda; vayan al Monte de Ombúes». Imagino que algo encontraremos en este lugar. Algo que... no sé, nos dé más detalles de lo que viste en el baño. Ese «Ayuda» sigue dándome vueltas en la cabeza. ¡Todo es tan extraño!

—Es una locura, ¿te diste cuenta? Pero, ya que estamos acá, busquemos ese *algo*, sea lo que sea.

—¿Qué te parece si nos dividimos? Vos explorarás la parte norte del monte y yo el sur.

Pero Wendy le respondió con firmeza:

—Me parece una pésima idea. Nos vamos a perder.

—Pero si no te alejás de la orilla, no te va a pasar nada —Vladimir la miró, de repente, divertido—. ¿O acaso tenés miedo de quedarte sola?

—Pfff, crecí en lugares como este. Un monte no me va a asustar.

—Está bien. Nos encontramos en un rato, ¿dale?

Wendy estuvo de acuerdo y fue así como se separaron en el monte; la chica tomando la dirección norte y Vladimir yendo hacia el sur.

¿A quién desearías acompañar durante el viaje?

¿A Wendy?: Continúa en la página 49 →

¿A Vladimir?: Saltá a la página 61 →



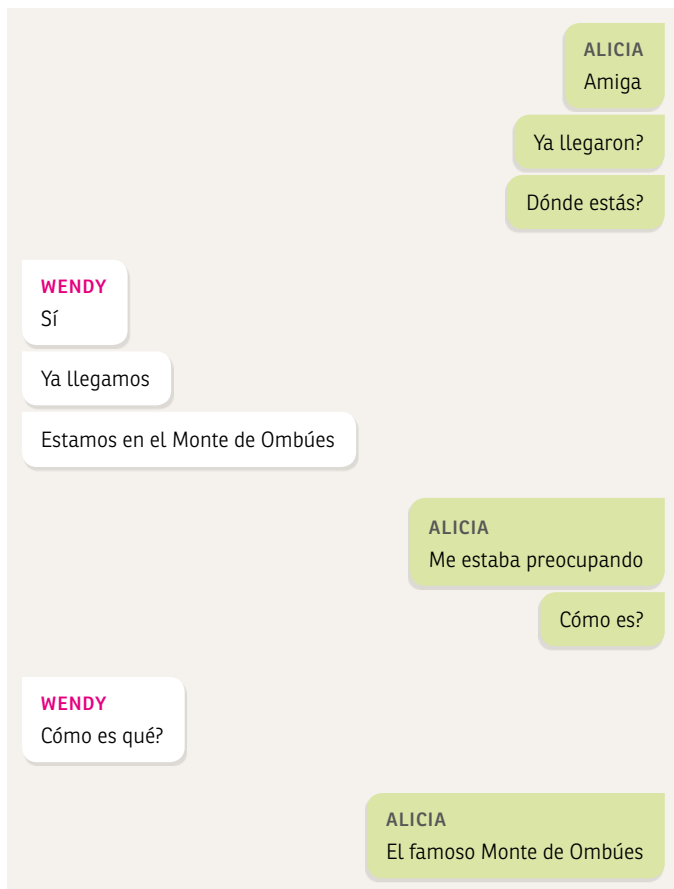
CAPÍTULO 2

EL MONTE DE OMBÚES





WENDY Y EL ESCLAVO



WENDY

Ah, es un lugar tranquilo

Los árboles dan un poco de miedo jaja

ALICIA

Está Vladimir con vos?

WENDY

No

ALICIA

Cómo que no?

WENDY

Nos separamos

ALICIA

Quééé? 🤔

WENDY

Pensamos que era lo mejor

Si vamos a encontrar algo acá, aunque la verdad lo dudo mucho, lo mejor era separarse

Él agarró la dirección del sur y yo la del norte

ALICIA

O sea que ahora estás sola? 😬😬

No tenés miedo de perderte?

WENDY

Estoy siguiendo la orilla

Es imposible perderse

ALICIA

Ves algo?

WENDY

Solo árboles

Ya caminé como un kilómetro

Pero no encontré nada raro

Siento que esto es una pérdida de tiempo

No tiene sentido venir acá por un mensaje en el espejo!

ALICIA

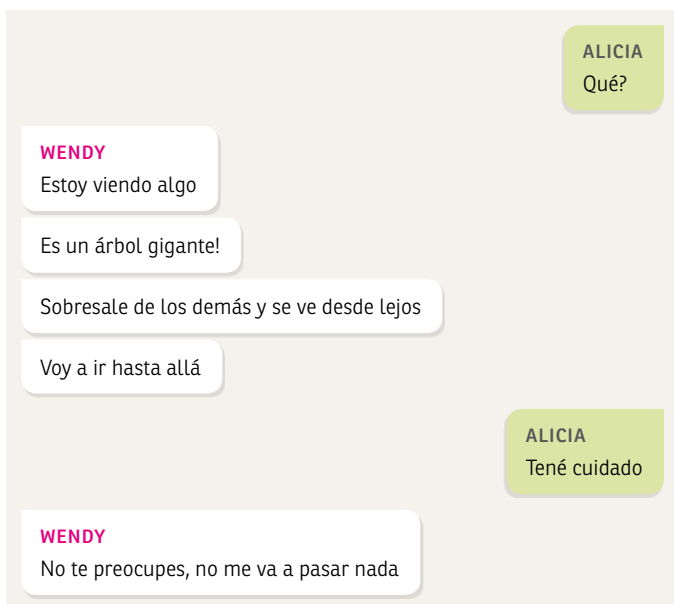
Y no



Es raro, la verdad

WENDY

A ver esperá



El lugar era fresco, el arroyo serpenteaba a su lado y de vez en cuando saltaban algunos peces. La sensación que transmitía el lugar era de paz y de serenidad.

Wendy caminó durante un buen trecho hasta divisar claramente al gran ombú que ya se mostraba desde la orilla. Su copa sobresalía entre las de los demás árboles como la cabeza de un gigante.

Luego de unos minutos de caminata, llegó al árbol grande y se detuvo a examinarlo. El tronco era grueso; pensó que si fuera hueco alguien podría vivir allí. Las ramas, nudosas y largas, se entrelazaban sobre su cabeza hasta una altura que parecía llegar hasta el cielo. Sintió



que algo poderoso emanaba de ese árbol, algo tan antiguo como la humanidad misma. Las pesadas ramas se sacudieron bajo una brisa repentina, y a Wendy le pareció que el árbol le susurraba su nombre:

Wendy...

Pero, ¡qué tontería! Los árboles no podían hablar; eso correspondía a los libros de fantasía del estilo de *El señor de los anillos* o *Harry Potter*.

Sin embargo, la voz volvió a alzarse a través de la brisa y el crepitar de las hojas:

Wendy...

Tardó unos segundos en darse cuenta de que no era el árbol quien le hablaba, sino alguien que estaba a sus espaldas, una voz que por algún motivo le resultaba conocida...

Con el corazón de repente desbocado, Wendy se dio vuelta hacia el origen de la voz; sin embargo, lo que vio no fue a un sujeto peligroso como había imaginado. Tampoco vio el monte ni el arroyo. De alguna forma, ella ya no estaba en el

Monte de Ombúes, sino en otro lugar, un sitio que le resultó entrañablemente conocido: la casa de su abuela Amanda.

Estaba en el viejo porche de madera y volvía a ser una niña de siete u ocho años. Pero, ¿cómo era posible? Si segundos atrás había estado en el Monte de Ombúes. ¿Qué era lo que había pasado?

Recordó lo que había dicho Dionisio sobre esa leyenda que afirmaba que en el Monte de Ombúes a veces uno era transportado a recuerdos lejano. ¿Sería real, después de todo?

Estaba por irse rápido del lugar cuando una figura emergió desde la casa. Al verla, Wendy sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas: era su abuela Amanda, quien había muerto cinco años atrás; no había noche en que la adolescente no llorara por su ausencia.

—¿Abuela? —dijo con la voz temblorosa por la emoción.

La mujer alzó el rostro y Wendy ya no tuvo dudas de que era ella. Su abuela Amanda. La mujer que le había enseñado los secretos del bosque y de los mares. La que le había hablado de las estrellas, los buenos libros y las grandes luchas del hombre. Wendy se abalanzó sobre ella y la colmó de besos y de lágrimas, mientras su abuela la miraba entre sonriente y sorprendida.

—Pero, ¿qué te está pasando, nena?

—Es que... —la volvió a observar, como para asegurarse una última vez que era ella. Su abuela tenía puesto un vestido sencillo, una cofia en la cabeza y zapatos negros. Su perfume era inconfundible y sus manos estaban manchadas de harina blanca, como si acabara de amasar fideos—. Nada —terminó por decir.

—Te vi pensativa y triste. ¿En qué estabas pensando?

—No sé. Solo que... no sé. Estoy muy confundida...

—Wendy estiró sus brazos y se sorprendió al ver que eran los de una niña.

—No te preocupes, corazón, todos tenemos esos momentos de confusión alguna vez —su abuela sonrió y Wendy deseó guardar el recuerdo de su sonrisa por el resto de sus días. Ver a su abuela sonreír era sinónimo de paz, de risas, de complicidad—. Pero sos muy pequeña para preocuparte. Ya vas a tener tiempo de eso cuando seas grande.

—Es que... —Wendy se detuvo a pensar en lo que iba a decir. Sabía que aquella conversación podía ser importante. Pensó en lo vivido en los últimos tiempos: no solo en lo del baño del liceo, sino también en sus propios cambios, sus pensamientos y en cómo a veces le parecía ir a contramano de todos. Desde la muerte de su abuela se sentía sola y al pensarlo sintió que unas lágrimas calientes asomaban por la comisura de sus ojos—. Son tiempos difíciles. Eso es todo —resumió.

Su abuela la miró sorprendida durante unos segundos y luego lanzó una risotada.

—¡Pues claro que lo son! Todos los tiempos siempre han sido difíciles, algunos más que otros. Sobre todo, para las personas como nosotras. Mirá, te voy a contar una historia: seguramente habrás escuchado hablar de ese lugar llamado *la Tumba del Negro*, ¿no?

—¡Sí! En Parque Meireles, en Canelones. Una compañera vivía ahí con su familia. Vi fotos. ¡Es un lugar hermoso!

—Sabrás entonces que es como un ojo de agua, en donde hay una roca alta que la gente usa de trampolín —su abuela

pareció recordar de repente algo y agregó: —La Tumba del Negro. Es un lugar hermoso, pero también peligroso. ¿Sabés por qué se llama así?

—No —reconoció Wendy.

—Te voy a contar. Pero prométeme que no le vas a decir a tu mamá, porque a ella no le gusta que se hable de estas cosas.

—Lo prometo, abuela.

Entonces su abuela, su amada abuela que había revivido por obra y gracia de aquel recuerdo lejano y casi olvidado, le contó la historia más asombrosa que Wendy había escuchado jamás.

Dijo que hace mucho tiempo, en el siglo diecinueve, la esclavitud no solo no estaba mal vista, sino que era motivo de comercio y mucha gente ganaba dinero traficando esclavos desde África. En la zona de Toledo, en especial, se había armado una especie de ruta comercial de esclavos, en donde los terratenientes llevaban de un lado a otro a los africanos para que trabajaran en las cosechas.

—Por lo general, los esclavos eran supervisados por un hombre blanco y este los maltrataba y les daba azotes si lo consideraba necesario —dijo su abuela, quien se había sentado en una silla de mimbre y miraba pensativa hacia el horizonte.

En la época en que sucedió la historia, agregó, había un supervisor que disfrutaba de torturar a los esclavos. Tenía un largo látigo, hecho de cuero trenzado, que era el terror de sus subordinados, porque provocaba heridas muy dolorosas y marcas en la piel.

Sin embargo, llegó cierta vez desde las lejanías de África un esclavo en particular, que era rebelde y no obedecía las órdenes de sus amos. El supervisor se cansó de golpearlo con su látigo, pero el esclavo siempre volvía a desafiarlo y hasta había intentado escapar en varias ocasiones.

—Terminaron por ponerle cadenas —dijo su abuela con amargura—. Pesadas y gruesas cadenas en sus pies y manos.

Pues el hombre no se doblegaba e insistía con ganar su libertad.

Uno de esos días, durante un traslado de un campo a otro, una de las esclavas dijo algo que no le gustó al supervisor, o quizás lo miró durante demasiado tiempo, o quizás caminaba demasiado lento para su gusto. Lo cierto es que el supervisor comenzó a azotarla, y la pobre mujer, ya exhausta luego de tantos meses de maltrato, cayó al suelo y pidió piedad. Pero el supervisor era un hombre que no se conmovía ante las súplicas, por el contrario, lo enfurecían aún más, y arreció en sus azotes. Fue tanto el castigo infligido que la mujer se desmayó y, aun así, el supervisor siguió dándole latigazos. Entonces fue que el esclavo rebelde, ya harto y enfurecido con su actitud, se le acercó por detrás y lo ahorcó con sus propias cadenas.

Luego de este acto, el esclavo huyó hacia el monte, contó la abuela de Wendy. Los esclavistas, rápidamente enterados del asesinato del supervisor, organizaron una búsqueda con hombres y perros y muy pronto lograron hallar el rastro del rebelde. El africano se vio arrinconado y llegó a esa misma roca desde donde hoy los chicos se zambullen en las aguas.

—Ya no tenía escapatoria —dijo Amanda—. Solo quedaba una cosa por hacer.

El esclavo decidió arrojarse al agua, contó la viejita con tristeza. Y ya no volvió a emerger; las cadenas eran demasiado pesadas y él ya estaba demasiado débil para nadar.

—Desde ese entonces, el lugar es conocido como *la Tumba del Negro* —concluyó su abuela—. Se dice que, si uno se zambulle bien hondo, puede escuchar el ruido de las cadenas del esclavo. Pero nunca hace daño, porque él era un hombre bueno y prefirió morir antes que verse encadenado. Él prefirió la libertad y la dignidad, porque... bueno, sabía que una vida de cadenas no es vida.

—Pero, abuela, ¿es una historia muy triste! ¡Y termina mal!

—Claro que es una historia triste —asintió su abuela—. Pero no termina tan mal como creés. Al final, ganó el esclavo. Él nunca se dejó someter. Es una historia que habla sobre la libertad. Y sobre cómo a veces el mundo es cruel e injusto, pero hay que hacerle frente con dignidad y valentía. ¿Entendés?

—Creo que sí.

—Además —su abuela se inclinó hacia ella, y Wendy pudo verle sus arrugas y sus ojos acuosos y levemente cansados—. No te dije lo más emocionante.

—¿Qué?

—Ese negro es nuestro antepasado. Fue padre de mi padre, o sea que es tu tatarabuelo.

—¿De verdad?! —se entusiasmó Wendy.

Su abuela asintió.



—Así es. Nosotros llevamos la sangre de la rebeldía en nuestras venas, nuestras ansias por ser libres y no dejarnos oprimir jamás. No olvides eso, Wendy. Cuando te sientas triste o sola o derrotada, recordá la historia de la Tumba del Negro. Siempre hay que luchar por lo que uno cree. Y mucho más si hay una injusticia de por medio...

—Así lo voy a hacer, abuela —dijo Wendy, que tenía los ojos llorosos otra vez, porque intuía que el recuerdo estaba por terminar—. Así lo voy a hacer, siempre...

—Y una cosa más, nietita linda... —esta vez la mirada de la anciana pareció encenderse como las brasas de un fogón en la medianoche—. No es casual este encuentro, ¿sabés? Estoy aquí porque tu corazón me llamó y tengo algo para decirte. Algo que es muy importante.

—¿Qué, abuela?

—Arequita...

—¿Arequita? ¿Qué es eso, abuela?

La imagen de su abuela se difuminaba, se perdía en el aire. Al igual que su voz, que parecía venir desde muy lejos:

—Arequita... Tenés que ir al Arequita...

—¡No entiendo! ¿Qué significa esa palabra? ¡Tenés que darme más pistas, abuela!

—Arequita... —repetía la figura de su abuela, cada vez más borrosa— ...ir al Arequita.

—¡No te vayas! ¡No te vayas, abuela!

Pero los gritos de Wendy eran inútiles: de repente volvió a encontrarse en el Monte de Ombúes, rodeada de árboles centenarios y silenciosos.

La chica, muy apenada porque el recuerdo de su abuela había terminado, se limpió las lágrimas con la palma de sus manos e inició el camino de regreso. Sin embargo, se detuvo una última vez para observar al enorme ombú bajo cuya copa había viajado al pasado para encontrarse con una de las personas que más amaba en el mundo.

—Gracias —dijo, simplemente.

Se alejó pensando en las últimas palabras de su abuela: «Arequita, tenés que ir al Arequita». ¿Qué podía significar eso?

Negó con la cabeza y fue al encuentro de Vladimir, que la aguardaba a la orilla del canal, ya montado sobre el kayak.

Como descubriría pronto, él también tenía una historia fascinante para contar.

Vladimir y Wendy se vuelven a encontrar.

Saltá a la página 71 →

¿Querés saber qué le sucedía mientras tanto a Vladimir?

Continuá en la página siguiente →

VLADIMIR Y EL MATE DEL PASTOR

DIONISIO
Ya llegaron?

VLADIMIR

Sí

Es un lugar impresionante

No pensé que fuera tan así

DIONISIO
Así cómo? 🤔

VLADIMIR

Es difícil de describir

Como que hay algo en el aire

Algo pesado y no sé, misterioso

Te lo estás perdiendo

DIONISIO
Ya sé, es que le tengo miedo al agua

VLADIMIR

Ahora nos separamos y vamos cada uno por su lado

DIONISIO

Dejaste a Wendy sola??

VLADIMIR

Ella sabe cuidarse

Estoy en un lugar bastante tenebroso

Los árboles parecen garras de monstruos

Y hay un árbol en especial, que es el más grande de todos

Parece un edificio!

Me voy a acercar a él

DIONISIO

Tené cuidado!

Vladimir se acercó al gran ombú y lo observó maravillado. ¡Era gigantesco! Parecía estar ahí desde principios de las eras. Su corteza blanca y lisa mostraba las cicatrices propias del paso del tiempo. Las raíces eran como dedos poderosos que se hundían en la tierra.

Sin ser consciente del silencio antinatural que de repente se había adueñado del paraje, Vladimir tocó la superficie fría y maciza del tronco. Y de inmediato supo que algo a



su alrededor cambiaba. Fue como si perdiera asidero en el tiempo y el espacio. Se vio viajando hacia atrás por una especie de túnel, la velocidad era infinita, pero extrañamente el chico no se sintió aterrado, más bien todo lo contrario: pensó que era como una especie de regreso a casa.

¿Qué estaba ocurriendo? Mientras intentaba comprender aquel cúmulo de sensaciones y de experiencias fantásticas, Vladimir recordó la leyenda sobre el misterioso ombú que hacía que uno volviera al pasado, hacía un recuerdo preciado de su vida. Entonces, ¿realmente todo era cierto?

Cerró los ojos ante el vértigo que le desataba aquel viaje y, cuando los volvió a abrir, ya no se encontraba en el Monte de Ombúes, sino en un lugar que reconoció de inmediato: su antiguo dormitorio, en la casa de sus abuelos.

¡Cuánta nostalgia lo invadió de repente! Ahí estaban todos sus juguetes, su colección de cartas sobre una repisa, su telescopio que apuntaba hacia el cielo a través de la ventana... y, por supuesto, sus libros de ajedrez.

Aún sorprendido, Vladimir se miró a través del espejo del ropero: descubrió que ya no era un adolescente, sino un niño otra vez. Y sus ojos estaban anegados en lágrimas que corrían por su mejilla y empapaban la almohada.

Creyó recordar por qué estaba llorando. ¡Claro! Aquella noche había marcado un antes y un después en su vida. Él estaba aún molesto y dolido por lo que había sucedido esa mañana en la escuela. Lucas Beltrán, un chico grande de tercero, le había roto el tablero de ajedrez y arrojado las piezas a la basura.

—Me acuerdo de todo esto —dijo Vladimir en voz alta, limpiándose las lágrimas. Se incorporó un poco y agarró un libro sobre la mesita de luz, un tratado de ajedrez—. Me acuerdo como si fuera ayer. Sí. Todo empezó cuando decidí llevar mi tablero de ajedrez a la escuela. Y Lucas vino y me dijo que dejara de jugar, porque me estaba haciendo el inteligente...

Recordó que, aquella vez, él había explicado a Lucas que no quería hacerse el inteligente ni jugaba al ajedrez para llamar la atención. Pero Lucas no quedó convencido:

—No quiero que te hagas el listo. No quiero volver a verte jugar con esta cosa. O juro que lo vas a lamentar.

Y, largando una carcajada burlona, se alejó. Vladimir quedó preocupado, ya que nunca antes nadie le había hablado en ese tono.

Sin embargo, Vladimir no era alguien que se dejaba desanimar tan fácilmente. Sin hacer mucho caso a la advertencia de Lucas, volvió a llevar el tablero al día siguiente, y ahí fue cuando, en un descuido durante el recreo, Lucas se lo rompió y tiró las piezas a la basura.

Cuando Vladimir vio el tablero roto en varios pedazos, su tez se puso pálida. Buscó en el patio a Lucas, quien reía burlonamente junto a sus amigos.

—No puedo creer que hayas hecho eso. Te voy a denunciar con la maestra —dijo Vladimir, temblando de furia.

—Si lo hacés, preparate para recibir la paliza más grande de tu vida. Así que pensalo —lo amenazó Lucas.

Vladimir pasó el resto de la jornada escolar triste y preocupado. Apenas prestó atención a las lecciones de Lengua y Ciencias Sociales. Cuando finalmente las clases terminaron y estuvo de regreso a casa, consultó con su abuelo la situación. Vladimir consideraba a su abuelo un ejemplo a seguir. No solo era el jugador de ajedrez más habilidoso del pueblo, sino también alguien muy sabio, que siempre tenía la palabra justa.

Sin embargo, en esa ocasión se sintió decepcionado, porque creyó que su abuelo también se burlaba de él:

—Frente a personas como tu compañero, tenés que recurrir al *mate del pastor* —le había dicho el anciano.

—¿Cómo?

—La jugada de ajedrez llamada *mate del pastor*. Supongo que a estas alturas sabés cómo usarla.

—Sí. Es uno de los mates más rápidos del juego. Pero no entiendo qué tiene que ver eso con lo que me está pasando en la escuela.

—Tiene que ver con todo —dijo su abuelo con esa voz calmada, pero al mismo tiempo cargada de autoridad—. El ajedrez es un juego de estrategia y autocontrol. El que

piensa mejor y logra mantener la calma, gana. Lo mismo pasa en la vida real.

—Pero abuelo, no entiendo...

—Es todo lo que puedo decirte ahora. Pensalo: *el mate del pastor*.

Eso fue lo que le dijo aquella tarde su abuelo, y a Vladimir le sonó a burla, ya que él necesitaba ayuda urgente, ¡y su abuelo le hablaba de movimientos de ajedrez!

Fue ahí que se encerró en su habitación a llorar.

Ahora, ese gigantesco ombú, que era una especie de máquina del tiempo, lo había transportado a aquel punto tan trascendental de su vida, que Vladimir revivía como si ocurriera en el presente. De golpe, la puerta de la habitación se abrió y su abuelo ingresó con un tablero bajo el brazo, lo extendió sobre la cama y ubicó las piezas con gran parsimonia.

Vladimir se emocionó de ver a su abuelo otra vez. El anciano había muerto ya dos años atrás.

—Abuelo... —dijo con la voz ronca—. Me alegra mucho verte. Te extrañé muchísimo...

El hombre le ofreció una sonrisa debajo de su bigote cuidadosamente cortado.

—Sé que las cosas que digo a veces son duras, pero es que quiero que entiendas.

—¿Qué, abuelo? ¿Qué es lo que tengo que entender?

—El mate del pastor —insistió el hombre—. ¿Sabés cuál es el origen de la leyenda?

—No —dijo Vladimir, secándose las lágrimas que habían comenzado a aflorar otra vez. Aquello, por supuesto, era una mentira. Él conocía perfectamente la leyenda del mate

del pastor, contada por su abuelo hacía ya diez años, pero quería escucharla una vez más.

—Resulta que hace mucho había un rey al que le gustaba jugar al ajedrez —comenzó el anciano—. Él organizaba partidas con sus súbditos y, como todos ellos le temían o querían congraciarse con él, se dejaban ganar. Así, el rey llegó a creer que era un maestro del ajedrez y que no tenía rival en el reino.

Un día, cuando volvía de cacería, vio que un pastor en una montaña jugaba al ajedrez con un tablero improvisado. El rey se acercó y lo desafió a una partida. Estaba muy convencido de que iba a ganar. Si había ganado a matemáticos, filósofos y alquimistas de la corte, pensaba, ¿cómo no le iba a ganar a un humilde pastor de campo?

El pastor aceptó el desafío, y grande fue la sorpresa del rey cuando se vio vencido luego de apenas cuatro movimientos. Entonces el soberano comprendió que él no era nada bueno en el juego, sino que los demás se dejaban ganar. Mandó al exilio a todos sus viejos contrincantes y nombró al pastor *Maestro de Ajedrez* del reino. Y desde entonces aquella mítica jugada es conocida como *el mate del pastor*.

Vladimir escuchó este relato atentamente, como si fuese la primera vez que lo hacía. Cuando el anciano terminó, Vladimir lo abrazó y le dijo que por fin había entendido el mensaje. El rey creía que era bueno, pero solo porque nadie lo había desafiado de verdad.

—Es cierto —dijo su abuelo, sorprendido—. ¡Viste que sos muy inteligente!



—Gracias, abuelo. Gracias por guiarme y por tener siempre la palabra justa para mí. Te quiero mucho. Te extraño mucho. Corrí para abrazarlo, pero sus extremidades se entrelazaron en el aire. Sintió que el recuerdo se estaba yendo, evaporándose. Percibió, para su hondo pesar, que una fuerza lo atraía hacia atrás y lo devolvía al túnel del tiempo por el cual había llegado.

Sin embargo, se sorprendió al notar que su abuelo decía unas últimas palabras, algo que él no recordaba que hubiese dicho en el pasado:

—Palacio...

—¿Abuelo? —dijo Vladimir, quien se alejaba más y más—. ¿Qué fue lo que dijiste?

—Palacio —repitió su abuelo, con la voz cada vez más amortiguada—. Debés ir al Palacio...

—¿Al palacio de dónde? —Vladimir rebuscó desesperadamente en su memoria: ¿*El Palacio Salvo*? ¿*El Palacio*

Legislativo? ¿A qué se refería? —¡Tenés que darme más pistas, abuelo!

Pero de repente Vladimir fue arrancado del dormitorio con violencia; sintió que regresaba al presente en un fugaz y confuso viaje, y se encontró parado otra vez frente al gigantesco ombú.

—Palacio... —repitió Vladimir, aún mareado—. ¿Qué habrá querido decir con eso?

Quizás no tenía sentido. Pensó en el recuerdo que acababa de revivir, en cómo había terminado el asunto de Lucas.

Luego de aquella charla con su abuelo, al día siguiente, en el recreo, Vladimir sacó un tablero nuevo (que había comprado luego de gastar sus ahorros) y se puso a jugar. Al cabo de un rato, y tal cual lo imaginó, se acercó Lucas.

Pero, antes de que el chico le dijera nada, Vladimir se incorporó y se paró desafiante frente a él.

—Voy a jugar todo lo que se me dé la gana. Y pobre de vos si llegás a dar un paso más. No voy a denunciarte con la directora: voy a hacer algo mucho peor. Probame y vas a ver.

En realidad, Vladimir no pensaba golpear a Lucas, ya que él era un chico pacífico. Pero Lucas no podía saberlo. Y, al igual que el rey de la fábula, era la primera vez que alguien lo desafiaba de verdad. Hasta ese entonces, todos lo esquivaban y le tenían miedo por su corpulencia, pero nadie le había hecho frente. El chico retrocedió indeciso,

vio la mirada decidida de Vladimir y, sin decir palabra, dio media vuelta y se fue, ante las risas y burlas generales.

Desde entonces, Lucas y Vladimir fueron buenos amigos. Vladimir le enseñó a jugar al ajedrez, y Lucas a mejorar su pegada a la pelota.

El abuelo de Vladimir se convirtió en su maestro y lo guió con su callada sabiduría hacia la consecución del campeonato regional de ajedrez. Fue uno de los días más felices de Vladimir, y la confirmación de que, con disciplina y entusiasmo, se podían conseguir muchas cosas.

—Palacio... —repitió Vladimir en voz alta—. ¿Por qué habrá dicho eso? ¿Lo habré imaginado?

Negando con la cabeza, como para terminar de despejarse y volver a la realidad, se alejó de aquel místico y misterioso lugar para ir al encuentro de su amiga Wendy.

¿Querés saber qué le sucedía mientras tanto a Wendy?

Volvé a la página 49 ←

Vladimir y Wendy se vuelven a encontrar.

Continúa la historia en la página siguiente →

EL ENCUENTRO

Ni Wendy ni Vladimir hablaron mucho durante el viaje de regreso. Ambos remaban el kayak en silencio, cada uno sumergido en sus propios pensamientos. Cuando Vladimir le preguntó si había visto algo, Wendy se encogió de hombros y desvió la mirada.

—Solo encontré unos cuantos sapos. Ah, y un pato o algo así. ¿Vos?

—Nada —dijo Vladimir, también esquivando el tema.

Media hora después, llegaron al punto de partida, donde Alicia, Dionisio y Salvador los aguardaban ansiosos:

—¿Vieron algo?

—Se demoraron mucho. ¡Estábamos preocupados!

—¿Cómo era el lugar?

Luego de bajarse del kayak, Vladimir describió con palabras algo exageradas el sitio que acababan de visitar, deteniéndose en cómo aquellos árboles centenarios parecían abrazarlo como si fueran grandes dedos. Wendy, a su vez, dijo que el monte parecía un lugar tan viejo como la Tierra misma, cargado de misticismo y sabiduría.

—Misticismo, ¡wow! Qué palabra —dijo Salvador, a quien el término le hacía un poco de gracia, más que nada porque ignoraba su significado.

—Y además... —comenzó Wendy, pero luego tuvo que morderse la lengua para no seguir hablando.

Ya era tarde, con esas palabras había despertado la curiosidad de los otros chicos.

—Además, ¿qué? Vamos, ¡contá todo!

—Es que... no sé realmente qué ocurrió. Me siento un poco confusa.

—Podés confiar en nosotros —la alentó Alicia, dándole una palmada amistosa en el hombro—. ¡Cualquier dato es bueno para saber qué fue lo que viste en el baño!

Y entonces Wendy, aún dudosa, contó lo que había visto en el monte de ombúes, su visión del árbol grande y aquel viaje en el tiempo que la había llevado al pasado, donde había visto a su abuela ya muerta.

Una vez que terminó de contar, los otros quedaron un rato en silencio.

—Impresionante —dijo al cabo de un tiempo Dionisio—. La verdad, no sé qué pensar.

—Yo tampoco —intervino Salvador, quien seguía tomando mate, a pesar de que el agua ya se había enfriado—. Es como que Wendy... viajó al pasado o algo así. Como en la película *Volver al futuro*. Solo que usó un árbol en vez del DeLorean.

—¿Cómo es que sabés tanto sobre esa película vieja? —se sorprendió su hermano.

—Es que ¡soy fanático de las películas de los ochenta! La mejor época que hubo para el terror y la ciencia ficción.

Vladimir se había quedado mirando extrañado a Wendy.

—Tu historia es impresionante, pero ¿por qué no me dijiste nada?

—Porque todavía no termino de entender qué fue lo que pasó. No sé si fue real o...

—Aunque no me creas... ¡me pasó exactamente lo mismo! —la interrumpió Vladimir—. Me daba vergüenza decirlo, tenía miedo de que me dijeras que estaba loco. Porque vi y escuché cosas...

A continuación, y alentado por los otros chicos, contó su propia experiencia. Él también había visto aquel ombú gigantesco y, al acercarse, fue como si saltara dentro de su mente en un vertiginoso viaje al pasado. Ahí volvió a ver su abuelo, quien le contó una vieja historia de ajedrez que lo ayudó a superar el *bullying*. Al final, agregó, mientras el recuerdo se desvanecía, su abuelo le dijo unas palabras, aunque él no comprendió su significado.

—¿Qué dijo? —se interesó Wendy.

—Dijo... *palacio*.

—¿Palacio?

—Eso mismo. Dijo que tenía que ir al *palacio*. Pero no sé a cuál, ¡hay tantos!

—Me llama la atención, porque mi abuela también me dijo algo, que tampoco comprendí. Dijo que debía ir a *Arequita*. Pero no sé exactamente qué es eso.

—¿Será una nueva pista?

—¿Una pista de qué?

—No sé —dudó Vladimir—. Siento que alguien o algo nos quiere decir algo. Primero fue la pista del espejo, ahora la pista del Monte de Ombúes. Acá hay algo realmente muy raro.

—Son grutas —dijo de repente Dionisio.

Los cuatro amigos se dieron vuelta hacia él.

—¿El qué? —pestañeó, confundido, Vladimir.

—Arequita es un cerro donde hay grutas —explicó Dionisio, siempre experto en cuestiones de geografía—. Y el palacio no es tal, sino la Gruta del Palacio. Creo que debemos ir hasta allí.

—¡Pero es muy lejos! —protestó Alicia—. ¡Arequita está como a dos o tres horas de viaje, y la gruta del Palacio más todavía!

—Yo puedo decirle a mi hermano que nos lleve —propuso Vladimir—. Él tiene auto y además me debe un favor.

—¿Qué favor?

Vladimir mostró una enigmática sonrisa.

—Cosas de hermanos.

—Pero, ¿y qué le decimos a nuestros padres? —Alicia se mostraba preocupada porque su madre era bastante controladora.

—Que vamos a una excursión del liceo o algo así —propuso Dionisio. Si salimos mañana, regresaremos al atardecer. Solo será un día y, además, ¡tampoco vamos al Himalaya!

—No vamos a llegar a visitar los dos lugares en un mismo día —Alicia negaba con la cabeza—. Creo que deberíamos hacer dos grupos.

—Yo voy con vos a la gruta del Arequita —dijo Wendy de inmediato—. Podemos ir en ómnibus. Será una aventura exclusivamente de chicas. ¿Qué te parece?

—¡Sí, me encanta!

—Y bueno, a nosotros nos toca el viaje más largo, pero creo que es justo, ya que vamos en automóvil —dijo Vladimir, encogiéndose de hombros.

Los chicos terminaron convencidos y satisfechos. Todos se mostraban entusiasmados ante aquella aventura que los alejaba de la aburrida rutina del pueblo.

Sin embargo, mientras emprendían el regreso a casa, Salvador, siempre agudo en sus pensamientos pese a su corta edad, dijo que no entendía algo.

—¿Qué cosa? —preguntó su hermano mayor.

El niño señaló a Vladimir y a Wendy, quienes de repente parecían pensativos y melancólicos, quizás por la experiencia que acababan de vivir.

—Ambos vieron a ese árbol gigantesco al mismo tiempo. ¿Cómo no se encontraron?

Los otros chicos se miraron. No se les había ocurrido aquella pregunta. Intentaron encontrarle la lógica, pero no pudieron. Salvador tenía razón: tanto Vladimir como Wendy habían estado en el mismo lugar, al mismo tiempo, pero sin embargo no se habían visto uno al otro.

Sin dudas estaban viviendo algo muy misterioso, e incluso fantástico, que de momento no tenía explicación.

¿Qué otras sorpresas los aguardarán al día siguiente?

¿A qué grupo decidís acompañar?

Wendy y Alicia emprenden su viaje al cerro Arequita.

Si vas con ellas, continuá en la página 79 →

Vladimir, Dionisio y Salvador viajan a la Gruta del Palacio.

Si vas con ellos, saltá a la página 95 →



AREQUI



GRUTAS
DEL PA

CAPÍTULO 3

DOS VIAJES A LAS CAVERNAS



WENDY, ALICIA Y LA LEYENDA DE LA BRUJA EN EL CERRO AREQUITA

A las siete y media de la mañana, Wendy pasó a buscar a Alicia y juntas fueron a la estación de ómnibus. Lejos, despuntando sobre los árboles, se veía el faro; también podía adivinarse la cúpula de la mansión Drayton, un sitio en medio del bosque que, según muchas leyendas del pueblo, estaba maldito.

Las chicas estaban animadas y charlaban sin parar. Llegó el ómnibus y subieron. Solo había dos personas: una viejita envuelta en unas mantas y un chico de aspecto tímido.

El autobús arrancó y así iniciaron el viaje. Wendy sacó un termo y comenzaron a matear. Alicia se preguntaba si no estarían haciendo el ridículo:

—Estamos yendo a un lugar a ciegas. Y solo porque vos y Vladimir tuvieron una visión de sus abuelos.

—No te olvides de lo del espejo. Y, además, fue más que una visión —corrigió Wendy—. Estoy segura de eso.

—Sí —dijo una voz a sus espaldas—. Fue mucho más que eso.

Las chicas, sobresaltadas, miraron hacia atrás. Ahí estaba la anciana, envuelta en unas mantas grises y viejas. Su rostro no se veía, lo tenía tapado con una capucha. A Wendy le pareció extrañamente conocida.

—¿Perdón, señora? ¿Usted dijo algo?

La anciana no respondió. Estaba inmóvil. Incluso parecía muerta.

—¿Señora? —dijo Alicia, alarmada, y extendió un brazo para tocarla.

En ese momento, la mujer emitió un sonoro ronquido y entonces se dieron cuenta de que solo estaba dormida.

—Qué susto —dijo Wendy—. Por un momento, pensé que...

—Yo pensé lo mismo. Pero solo estaba hablando en sueños.

—¡Mi conejo hace lo mismo!

—¿Qué? —se sorprendió Alicia—. ¿Habla en sueños?

—¡Claro que no! Pero tiene sueños de que está corriendo y mueve las patas. A veces también come dormido. ¡Es tan lindo y lo extraño tanto!

—Ah, sí, mi perro también.

Siguieron viaje, hablando de muchas cosas, y se olvidaron momentáneamente de la anciana.

Dos horas después, arribaron a destino. Se bajaron en la parada de la ruta; antes de abandonar el autobús, Alicia miró hacia atrás.

—Qué raro.

—¿Qué pasó?

Alicia señaló hacia el asiento que ocupaba la anciana, que ahora estaba vacío.

—Juraría que nunca se bajó del ómnibus. O, al menos, yo no la vi hacerlo.

—¿Estará en el baño de atrás?

Las chicas se encogieron de hombros ante este misterio. No tenían solución a la vista, así que se enfocaron en su próximo objetivo.

Para acceder a las grutas del Arequita había que recorrer un largo camino de tierra, que las chicas hicieron sin perder el buen humor ni la charla. El día era veraniego, hacía calor. Alicia se sacó el buzo de lana turquesa que combinaba con el color de su pelo y quedó con un top blanco. Wendy, siempre renuente a mostrar partes de su cuerpo y oponiéndose a abandonar el color oscuro, decidió quedarse con su campera de nylon, a pesar de que se moría de calor.

Se detuvo a enviar un mensaje a través de su celular.

—¿A quién mensajeás?

—A los chicos. Les dije que ya llegamos. Ellos todavía siguen en viaje.

Unos minutos después, llegaron al monte. El cerro se erigía como una especie de tortuga gigante, con el lomo expuesto y las patas escondidas entre los árboles. Parecía un lugar viejísimo. Y muy misterioso. La piel de las chicas se erizó y por un momento creyeron que alguien las observaba.

—Qué miedo —dijo Alicia.

—Más que miedo, me infunde respeto —corrigió Wendy, sin dejar de mirar el lomo amarronado del cerro.

Se acercaron unos pasos más. El lugar estaba vacío. Los pájaros cantaban escondidos entre los árboles. Pasó una nube que cubrió todo de sombras durante unos minutos. Desde un lugar del cerro, les llegó un misterioso y tétrico canto, que se repetía una y otra vez. De repente, visitar



aquel mítico paraje ya no les pareció buena idea. Estaban retrocediendo cuando sintieron que una mano se posaba sobre sus hombros.

—Buenos días —dijo un rostro sonriente y apergaminado, seguramente curtido por el transcurrir de lustros o décadas bajo la luz solar. Era una mujer de unos cincuenta años. Vestía unas ropas sencillas y usaba un largo bastón de madera. Sus ojos eran grandes y cargados de una cansada sabiduría—. Soy la guía de este lugar. Y también me encargo de su conservación. Mi nombre es Guidaí, que en lengua charrúa significa *luz de luna*. Si gustan, puedo acompañarlas y ofrecerles algo de información sobre este precioso y legendario lugar.

Las chicas suspiraron aliviadas, porque la mujer les había despertado un inmediato sentimiento de confianza. Aceptaron la invitación y así fue como Guidaí las guió por los recovecos y lugares más vistosos de aquel inmenso cerro.

—Primero, quisiera contarles que el Arequita posee tres grutas —comenzó Guidaí. Ahora mismo iremos a la más conocida, que está ubicada al pie del cerro, llamada gruta Colón o de los Murciélagos.

Al escuchar la palabra *murciélagos*, Alicia giró su cabeza y quedó petrificada.

—No te preocupes, niña. Son herbívoros y no te van a chupar la sangre —agregó la mujer, con una carcajada.

—Emm, ¿Guidaí? —intervino Wendy—. Antes de que usted llegara, escuchamos algo... era como un canto. Venía desde las alturas del cerro...

—Ah, sí... es un canto eco. Un recuerdo que de vez en cuando se escucha.

—¿Un canto eco?

—Son memorias del pasado —dijo la mujer, sin detenerse a mirar hacia atrás—. Antes, hace mucho tiempo, se usaban estas cavernas como paritorios. Las mujeres indígenas venían a dar a luz aquí. Y estaban las matronas, quienes las ayudaban a parir. Y entonaban un canto para calmar a la madre y al bebé. Aunque con el tiempo, ese cántico se fue modificando, pues los ecos mezclaban las voces entre sí. El canto se hizo más grave, menos feliz. También pueden escucharse los llantos de los bebés...

Wendy y Alicia se miraron inquietas y asustadas. Se estaban acercando a una caverna cuya entrada parecía la boca abierta de una gran bestia carnívora. Un murciélago salió revoloteando y emitiendo unos chillidos intermitentes, para luego perderse en el aire de la mañana. De no haber

sido por la presencia de Guidaí, difícilmente las amigas hubiesen decidido seguir avanzando.

—Esta caverna tiene muchos secretos —continuó la mujer, deteniéndose frente a la boca de la cueva—. Fueron usadas también por los masones. ¿Ustedes saben qué son los masones?

—Sí —dijo Wendy—. Es una institución de carácter sectario. Aparecieron en...

—Aquí solo venían a molestar —interrumpió Guidaí, a quien evidentemente no le agradaban los masones—. Vinieron a apropiarse de una cultura que no era de ellos, a usar nuestros símbolos y rituales. Ahora, tengan cuidado. Hay escalones más adelante que las llevarán a las profundidades de la cueva. Son exactamente treinta y tres. Es un número muy poderoso y tiene muchos significados.

—¿Cómo cuáles?

Pero la mujer no respondió. De algún lugar de su viejo vestido sacó una linterna y fue así como las tres mujeres descendieron por los escalones rumbo a la oscuridad.

* * *

Adentro hacía mucho frío. Las paredes de la caverna estaban heladas. Los líquenes y musgos invadían las rocas y las tornaban resbaladizas. La oscuridad se cernía como una gran amenaza sobre sus cabezas.

—En las fotos no parecía tan... tétrico. Ni desolado —dijo Wendy.

—Antes era un lugar de festejo por la llegada de nuevas vidas —sentenció Guidaí—. Pero ahora se volvió triste. La Madre Tierra no está contenta con las cosas que hacen los hombres. Pronto, si no revierten su comportamiento, descargará su furia sobre todos ellos.

Las chicas volvieron a mirarse y a encogerse de hombros. Al parecer, la guía no estaba muy bien de la cabeza que digamos.

—¿Y ahora? —quiso saber Alicia—. ¿Debemos seguir descendiendo?

—Claro. Estamos a mitad del trayecto. Y, ¡miren!

La mujer elevó la luz de su linterna hacia el techo de la caverna, develando así a miles de murciélagos que dormían colgados cabeza abajo.

Eran grandes, más grandes que los que habían visto en su vida. Wendy dudó de que fueran herbívoros: parecían capaces de capturar a un perro o a un gato pequeño. La idea la estremeció.

—Son muchos —dijo Alicia, en un hilo de voz.

—No debemos despertarlos —advirtió la mujer—. No hablen fuerte.

—¿Qué pasa si los despertamos? Usted dijo que no eran peligrosos.

Pero la mujer, siempre misteriosa, no respondió y siguió caminando.

Pasaron por una amplia galería en forma de catedral y luego dieron paso a un largo corredor de piedra. La linterna chisporroteaba por momentos. Wendy sacó su celular e

intentó encender su linterna, pero por algún motivo la luz se negó a aparecer.

—Es normal, a veces las luces no funcionan aquí abajo —dijo la mujer al observar el celular de Wendy—. Las linternas se apagan. Las baterías se acaban muy rápido. Muchos hombres han pasado el susto de sus vidas aquí abajo.

—Señora, creo que quiero regresar. No me está gustando esto —dijo Alicia, temblando.

—No tienen por qué temer. Mientras estén conmigo, estarán a salvo —dijo la mujer con una risa—. ¿Saben? No están llegando muchos turistas últimamente. Y es una pena, porque este lugar tiene muchas cosas para contar. ¿Sabían ustedes que en esta caverna habitaron tres brujas?

—No —se apresuró a decir Alicia, cada vez más pálida—. Y no creo que sea buena idea contar esa historia. Realmente, señora, estoy empezando a tener miedo...

—Bah, el miedo —se burló Guidaí—. Todos lo tenemos alguna vez. El miedo nos hace fuertes si sabemos cómo manejarlo. Les contaba de esas brujas. Eran tres hermanas. Se encargaban de cuidar del lugar, de que nadie entrara y perturbara la paz de las mujeres que daban a luz. Eran brujas «buenas», si se quiere así decirlo. Pero, en cuanto descubrían que alguien llegaba con malas intenciones, podían transformarse en los peores monstruos. Y no tenían piedad por nadie. Los hombres morían de miedo solo con verlas. Y nadie lograba escapar de su sed de venganza. Habitaban estas oscuridades —repitió, haciendo un movimiento con el brazo.

—Sí —dijo Wendy, quien no quería mostrarse asustada—. Escuché hablar de ellas. Mi abuela me contó. Hace mucho.

—Tu abuela debe de ser muy inteligente y sabia —asintió la mujer.

—Sí. Aunque ahora está muerta.

—Lo lamento. Seguro debe de estar cuidándote. Los abuelos son nuestros ángeles guardianes —Guidaí se detuvo delante de una piedra de aspecto singular. Era lisa y oscura, y su superficie era tan brillante que reflejaba la luz de la linterna—. Esta roca es muy especial. Según dicen, deja mensajes sobre su superficie. A veces, son palabras; otras, dibujos o símbolos. Yo nunca vi nada, pero hubo otros que sí vieron algo.

—¿Y en qué consisten esos mensajes? —preguntó Alicia, consciente de lo mucho que se parecía aquella leyenda a lo que había sucedido en el baño del liceo—. ¿Alguien alguna vez pudo descifrarlos?

—No siempre son tan claros —dijo Guidaí—. Pero, escuchen. Hace unos años, vino un hombre. Solo. Era empresario y dijo que quería sacar fotos del interior de la gruta para una revista. Pero yo sospeché otra cosa. Lo guíe hasta estas cuevas, en donde el empresario vio la piedra lisa. Dijo que vio un dibujo, como esculpido sobre la roca. Pero yo no vi nada. Cuando le pregunté qué era ese dibujo, él respondió que se parecía a... un árbol.

—¿Un árbol?

—Un árbol, y arriba un rayo.

—¿Y qué quería decir eso? —inquirió Alicia.

La mujer negó con la cabeza, como meditando tristemente sobre el asunto.

—Después de esta visita, el hombre se fue —dijo al cabo de un rato—. Pero yo había quedado con ese mal presentimiento, así que me puse a investigar. Y descubrí que el empresario en realidad era un cazador de fortunas, que pretendía excavar en este lugar para buscar oro. Ya había hecho un negociado con oscuros políticos, para que le dejaran entrar sus máquinas excavadoras y destruir todo el predio.

—¡Maldito! —se indignó Wendy—. ¿Y usted qué hizo?

Guidaí se encogió de hombros y acarició la pared de roca.

—Pues nada, yo solo soy una simple empleada. Pero el destino... el destino sí se encargó de ajusticiarlo. ¿Recuerdan el dibujo del árbol y del rayo?

—¡Claro! —dijeron las chicas, fascinadas por el relato.

—Ocurrió una mañana lluviosa de invierno. El empresario estaba listo para iniciar las excavaciones. Estaba dando las últimas indicaciones a sus obreros cuando un rayo cayó de improviso sobre un árbol cercano. El tronco se quebró y el árbol cayó sobre el empresario, que murió en el acto. Las obras de excavación se suspendieron y nunca más se volvió a hablar sobre el asunto. Y fue así como el monte logró salvarse de la aniquilación.

—O sea que... esta roca... —dijo Wendy—. Esta roca...

—¿Nos muestra lo que va a pasar en el futuro? —completó la idea Alicia.

La mujer rio. De repente, la luz de su linterna volvió a chisporrotear y por un momento quedaron a oscuras.



La risa de Guidaí se intensificó aún más. Por un segundo, bajo las luces parpadeantes, su rostro pareció transformarse en el de una anciana de dientes podridos. Las chicas retrocedieron, asustadas.

—¿Guidaí? —dijo Wendy—. ¿Qué es lo que...

La luz de la linterna volvió a oscilar. Y quedó apagada. La oscuridad fue completa y devastadora. La risa de Guidaí volvió a elevarse por encima del aire oscuro de la caverna. A ciegas, Wendy y Alicia se buscaron las manos y se las aferraron entre sí. A Wendy le pareció extraño sentir la mano de su amiga tan fría como un hielo; a Alicia le pasó lo mismo. De repente, una voz rasgada rompió el tétrico silencio:

—¡Yo soy una de las tres brujas! —dijo la mujer desde algún lugar de las tinieblas—. ¿Acaso realmente creen que no sé a qué vinieron?

—¡Guidaí! ¡Enciende esa linterna de inmediato! ¡Esto no es gracioso!

La luz de la linterna parpadeó; en ese momento las chicas se dieron cuenta, horrorizadas, de que estaban separadas por unos cuatro metros; era imposible que se hubiesen sujetado las manos. ¿A quién realmente se habían aferrado en la oscuridad? Antes de que pudieran responderse estos espantosos interrogantes, el foco de la linterna volvió a chisporrotear y las amigas volvieron a recibir el abrazo de las profundas negruras de la caverna.

—Sé que vinieron a excavar —la voz de Guidaí retumbaba por todos los rincones, impidiéndoles determinar desde dónde les estaba hablando—. Todos quieren excavar, porque creen que debajo del cerro hay oro. ¡Ustedes fueron enviadas por los hombres poderosos! ¿Acaso creen que iban a engañarme?

—¡Le juramos que no, Guidaí! —gritó Wendy con todas sus fuerzas—. Vinimos aquí porque... ¡tuve una especie de visión! En el Monte de Ombúes. ¡Mi abuela muerta me dijo que tenía que venir!

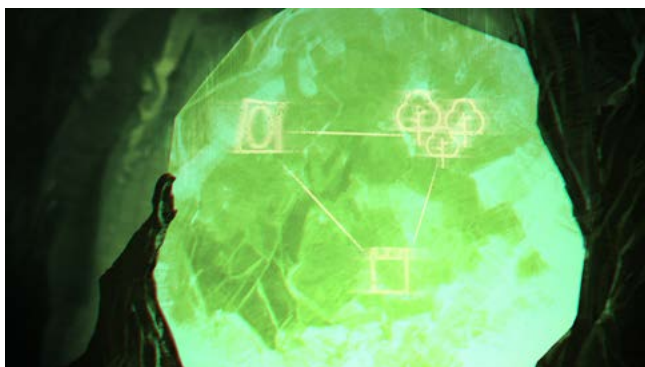
La mujer quedó en silencio, como meditando estas palabras.

—Puede que sea cierto, puede que no —dijo al fin—. En todo caso, la piedra se encargará de mostrarme el verdadero propósito de su corazón. ¡Miren!

La piedra en la oscuridad comenzó a brillar como si tuviera luz propia. Y una línea comenzó a trazarse en su superficie plana, como si una mano invisible estuviera dibujando con una especie de tiza incandescente. Lo que finalmente vieron las chicas las dejó confundidas: era un triángulo y, en cada una de las puntas, mostraba dibujos diferentes.

La punta 1 del triángulo mostraba lo que parecía ser un óvalo dentro de un rectángulo. La punta dos, una especie de torre. Y la punta tres, tres árboles en fila.

Casi sin pensar en lo que hacía, Alicia alzó su celular y sacó una foto al extraño dibujo:



—¿Qué quiere decir esto? —preguntó.

—¿Guidaí? ¿Está usted ahí?

Nada.

Solo oscuridad. Solo silencio.

Aunque, de repente, aquel quieto hermetismo dio paso a un sonido lejano, que puso la piel de gallina en las chicas: el llanto de un bebé. Luego, se sumaron unos cánticos en un extraño e incomprensible dialecto. La mezcla de ambos sonidos era tétrica y desgarradora, y en este caso Alicia optó por registrarlos a través de la grabadora de su celular.

—¿Qué hacés? —la increpó Wendy—. ¡Tenemos que salir de acá, rápido!

Iluminadas por la tenue pantalla del celular de Alicia, las chicas corrieron en dirección a la salida. Pasaron por la galería de murciélagos y luego llegaron a los treinta y tres escalones, donde Wendy aprovechó para enviar un desesperado mensaje a sus amigos:

«¡Ayuda!»

«¡Estamos solas en la oscuridad!»

«¡Algo nos está acechando!»

Apenas terminó de enviar los mensajes, se escuchó un ruido a sus espaldas: una mujer venía hacia ellas. Tenía aspecto harapiento y un largo bastón en su mano. La mujer giró su cabeza y sus ojos reflejaron la luz del celular. Extendió sus largos y descarnados brazos y comenzó a correr hacia las chicas.

—¡Alicia, corré!

Alicia y Wendy dieron media vuelta y corrieron con todas sus fuerzas.

Apenas veían los escalones y tropezaban a cada rato. Sentían la risa de la bruja cada vez más cerca. Alicia golpeó su cabeza con una roca y trastabilló.

Finalmente, llegaron a la boca del túnel, donde la luz de la mañana les proporcionó algo de alivio. Sin embargo, siguieron corriendo para poner distancia con la bruja. Volvían sus cabezas a cada rato, temerosas de que la figura de la mujer emergiera de la caverna de un momento a otro.

Y estaban justamente mirando hacia atrás cuando tropezaron con un hombre. Los tres cayeron al suelo. Las chicas gritando de miedo y el hombre de dolor.

—Pero, ¿qué es lo que les sucede, niñas!? —gritó enfadado el hombre al incorporarse.

Era de avanzada edad, aunque estaba en muy buen estado físico. Vestía una camisa de color caqui y botas de explorador. Debajo de su nariz asomaba un bigote en forma de manubrio.

—¡Guidaí! —dijo Alicia, titiritando—. Ella... ¡ella se transformó en una bruja! ¡Nos quería hacer daño!

—¿Guidaí? ¿Quién es Guidaí? —Frunció el ceño el hombre.

—¡La guía del lugar! ¡Está loca y creo que es peligrosa!

—Pues eso es imposible, porque aquí no hay ninguna guía llamada Guidaí —explicó el hombre limpiándose el uniforme—. Acá solo hay dos guías: mi compañera Juana, que ahora está enferma y en su casa, y yo.

—Pero... Guidaí... ella...

Wendy tomó a Alicia del brazo y le dio un pisotón.

—Será mejor que no digamos nada —le susurró disimuladamente—. O va a llamar a la Policía.

Alicia pareció calmarse ante estas palabras. Miró al guía, que a su vez las miraba atónito, y luego se disculpó:

—Perdón, es que mi amiga y yo nos perdimos en la cueva. Y nos asustamos.

—Bueno, no debieron hacer eso, tuvieron muchísima suerte —las rezongó el guía—. Las grutas son muy profundas y en algunos lugares están inexploradas. ¡Debieron esperar mi llegada!

—Lo siento, lo siento... —dijo Wendy, y de un empujón arrió a Alicia hacia la salida del parque—. Juro que no se volverá a repetir.

—Tuvieron mucha suerte... —repitió el guía. Sacó un *handy* de su cinturón e hizo una llamada. Eso fue motivo suficiente para que Wendy y Alicia salieran disparadas de allí.

Recién se detuvieron en la parada de ómnibus, donde frenéticamente comenzaron a escribir en el chat del grupo.

Si querés seguir con Wendy, saltá la página 115 →

Si querés saber qué ocurría mientras tanto con Vladimir,
Dionisio y Salvador, continuá en la página siguiente →

VLADIMIR, DIONISIO, SALVADOR Y EL TESORO DE LOS CHARRÚAS EN LA GRUTA DEL PALACIO

Al día siguiente los chicos se levantaron con mucha emoción. Creían vivir algo único e incluso importante, que sería recordado durante el resto de sus vidas. Aunque, claro, aún no sabían exactamente qué.

De todas formas, eso no fue impedimento para que Dionisio y Salvador se despertaran apenas sonara el despertador de sus celulares, a las siete y cinco de la mañana.

A esa misma hora, Vladimir, que se había levantado hacía rato, intentaba despertar a su hermano mayor.

—¡Viktor! —dijo el chico, escandalizado, sacudiendo el cuerpo de su hermano de un lado a otro—. ¡Vamos, que se nos hace tarde!

—Salí de acá, pende, dejame dormir.

—Pero, ¡lo prometiste! ¡Dijiste que nos ibas a llevar a la Gruta del Palacio en tu camioneta!

Su hermano mayor abrió los ojos, apenas.

—¿Yo dije eso? No me acuerdo. Ahora, dejame dormir, ayer me acosté tarde y quiero seguir descansando.

—O nos llevás o le cuento a tu novia que ayer te quedaste charlando con la vecina.

Esto fue motivo suficiente para que su hermano mayor se levantara como un rayo. Vladimir sonrió para sus adentros. ¡Lo tenía atrapado!

Media hora después, ya totalmente despejados y arreglados, pasaron a buscar a Dionisio y a Salvador, quienes los esperaban en el jardín de la casa. El día ya despuntaba y parecía que iba a ser tan veraniego como los anteriores.

—Bueno, apúrense a subir antes de que cambie de idea —amenazó Viktor, quien no paraba de bostezar. Para disimular sus ojeras se había puesto unos anteojos oscuros; parecía salido de una de esas películas de los ochenta que a Salvador tanto le gustaba mirar.

—¡Esperen, esperen! —gritó Salvador y se metió de nuevo en la casa.

—¿Qué le pasa a este? —murmuró Dionisio, siempre sufriendo por las ocurrencias de su hermano.

El chico regresó al minuto luciendo un viejo reloj en su muñeca, de esos que funcionan a cuerda.

—Es mi reloj de la suerte, el que me regaló mi abuelo. ¡No voy a ningún lado sin él!

—Sí, bueno, qué conmovedor, enano. Ahora, subite a la camioneta o vas a tener que ir a pie —amenazó, impaciente, Viktor.

Iniciaron el viaje. Pasaron por la vieja estación de tren de Cabo Frío, en cuya escalinata principal David Ackerman, el chico rico del pueblo, reía junto a sus amigos. Estaba cómodamente apoyado sobre un busto de Lavalleja; parecía venir de una larga travesía. Viktor le tocó bocina burlándose de él, pero David ni siquiera giró la vista.

—Odio a ese ricachón —murmuró entre dientes—. Se cree la gran cosa.

Subió el volumen del estéreo y aceleró. Miró por el espejo retrovisor y lo único que encontró fue la punta del faro, que a la distancia parecía un gigante asomando su cabeza sobre la copa de los árboles.

Pasaron por la plaza Artigas y Dionisio señaló un sendero que se abría en uno de los laterales:

—Ese camino lleva a la mansión Drayton, el lugar más embrujado del pueblo.

—Sí, y al final del arcoíris hay un duende verde con un tesoro en un cofre —se burló Viktor.

Cinco minutos después, ya habían tomado la ruta, que estaba muy tranquila porque era sábado. Viajaron en silencio durante al menos unos cincuenta kilómetros, y durante ese trayecto apenas se encontraron con unos camiones y algunas familias que viajaban en dirección contraria, seguramente para pasar un fin de semana en las playas.

Salvador se las arregló para hacerse oír por encima de una canción de rock a todo volumen:

—¿Alguien sabe por qué se llama así el lugar al que vamos? ¿Gruta del Palacio? ¿Acaso hay un castillo o algo así? ¿Con reyes, príncipes y esas cosas?

—¡Qué bruto que sos, enano! —lo amonestó su hermano—. Es una formación rocosa que tiene forma de muchas columnas, son como doscientas en total, de unos ochenta centímetros de diámetro. Hay cuevas adentro, se calcula que de cuatrocientos metros de largo.

—¿Cuevas? ¡Me gusta! ¿Podemos explorarlas?

—Claro. ¡Para eso vamos allá!

—¿Y cómo es que se hicieron esas cuevas?

—Fácil. Por la acción del agua, del tiempo y del aire. Es decir que tiene una formación geológica, que data del Cretácico superior, o sea, hace más de setenta millones de años.

—¡A la mier... —dijo Salvador, los ojos bien abiertos mirando a su hermano—. ¿Cómo es que sabés tanto sobre el lugar?

—Y... porque... ¡estoy leyendo la Wikipedia! —dijo Dionisio entre risas, mostrando la pantalla de su celular, donde se veía la información citada desde el famoso sitio web.

—Menos mal que yo soy el bruto. ¡Qué vendehumo que sos! —dijo Salvador, un poco molesto al ver que su hermano mayor le tomaba el pelo.

Siguieron viajando y hablando de todo tipo de cosas: de cavernas, de aplicaciones del celular, del liceo y de chicas.

Alrededor de cuarenta minutos más tarde, Viktor miró a Vladimir y frunció el ceño.

—¿Bro? ¿Estás bien? Te veo muy pálido. ¡No vaya a ser cosa que me vomites el tapizado!

Vladimir tenía la vista fija en el espejo retrovisor del acompañante. De repente, como saliendo de una parálisis, giró el cuello con brusquedad para mirar hacia atrás.

—Ey, ¿qué te pasa?

—Parece que vio un fantasma...

—Había... había algo ahí —dijo Vladimir, señalando un lugar en el asiento trasero, entre Dionisio y Salvador—. Parecía un mendigo. ¡Lo vi a través del espejo!

—Bueno, pero acá no hay nada —dijo Dionisio—. Seguramente fue alguna sombra en el espejo...

Viktor encajó un golpe al hombro de su hermano.

—¡No vuelvas a decir estupideces, querés!

—Juro... juro que lo vi...

—Mis puños vas a ver si no dejás de decir pavadas —dijo Viktor y aceleró la velocidad del vehículo.

Ya sin volver a hablar del tema, pasaron por los departamentos de Maldonado, Canelones y San José, donde se detuvieron en la entrada de la capital a cargar nafta y a estirar un poco las piernas. Dionisio fue al baño de la estación de servicio y Vladimir lo siguió. Entonces sonó una notificación en su celular. Había ingresado un nuevo mensaje al grupo El Misterio de Cabo Frío.

—Son las chicas —dijo el campeón de ajedrez—. Ya llegaron al cerro Arequita.

—¿Dijeron algo más?

—No, solo que llegaron, y que si ven algo nuevo nos avisan.

Regresaron a la camioneta. Salvador estaba dormido en la última fila de asientos. Viktor los esperaba comiendo una enorme medialuna de jamón y queso y bebiendo grandes cantidades de agua mineral. Volvieron a retomar el camino.

Alrededor de una hora después, llegaron a Trinidad, la capital del departamento de Flores, y media hora después accedieron a la antigua ruta 3, que los llevaba a la gruta del Palacio. Viktor estacionó el vehículo a un costado del camino y luego apagó el motor. Reclinó el asiento hacia atrás y se puso la remera sobre la cara.

—Yo los espero acá, voy a estar durmiendo como un oso —anunció—. Si les llega a pasar algo, llamen a cualquiera menos a mí. Buenas noches.

—Pero son apenas las doce del mediodía —dijo Salvador.

—Dije *buenas noches*.

—Uff, qué carácter. Debe de ser porque durmió poco.

—No, es así siempre —corrigió Vladimir, que lo conocía muy bien.

Los tres chicos —Salvador, Vladimir y Dionisio— salieron de la camioneta y recorrieron los últimos metros que los separaban de las grutas a pie. Decir que el lugar los hechizó y los encantó sería quedarse corto en la descripción. Había algo en el ambiente que les despertaba un sentimiento de respeto y de asombro permanentes. Las grutas se erigían en un ancho de unos doscientos metros de columnas gruesas y altas; a Salvador le parecieron un montón de patas de elefantes puestas a una distancia de un metro entre sí.

—Me hace acordar al Monte de Ombúes —dijo Vladimir—. Es como... No sé describirlo. Como que hay un aire místico.

—Es que en nuestro país existen muchos lugares mágicos —dijo Salvador con cierta solemnidad, y los otros dos jóvenes se echaron a reír—. ¡Es verdad! —dijo el niño, indignado—. Estamos rodeados de magia, solo que no sabemos verla.

—Como vos digas, Harry Potter —se burló su hermano, aunque en el fondo creía que Salvador tenía razón.

Había un contingente de unas ocho personas acompañadas por un guía; los chicos se acercaron para escuchar.



—Este lugar tiene muchas leyendas —decía el guía, un hombre de unos treinta años de prolijo bigote y camisa color caquí—. Cuentan que había una esposa de un cacique charrúa, llamada Darién, quien aseguró que dentro de las grutas se encontraban escondidas todas las riquezas de sus ancestros. Y que estas riquezas aun yacen dentro de las cuevas, ya que su tamaño es tan grande que ni siquiera los indígenas de la tribu más fuerte pueden cargarlo.

Cuando terminó de decir esto, Salvador levantó la mano.

—¿Sí, hijo?

—Pero, señor, si los indígenas pudieron meter el tesoro en las cuevas, también debieron poder sacarlo...

Ante la intervención del curioso pequeño, hubo una risa general y el enrojecimiento de las mejillas del guía.

—Es solo una leyenda, niño. Y, como toda leyenda, tiene partes de verdad y de mito. Vos tenés que elegir qué creer y qué no.

—Entiendo, señor —dijo Salvador, de repente pensativo.

—No vuelvas a abrir la boca, enano —lo pellizcó Dionisio, disimuladamente—. O juro que te vas a arrepentir.

El guía siguió hablando de otras cosas: del origen de aquellas cavernas, de su extensión, descubrimiento y un montón de datos que evidentemente tenía memorizados, ya que no consultaba con la Wikipedia, como había hecho Dionisio. El grupo se alejó. Los chicos quedaron dando vueltas por ahí, haciéndose los distraídos hasta que los perdieron de vista.

—¿Y ahora? —preguntó Vladimir cuando quedaron solos.

—Ahora, entremos —dijo Dionisio—. Tengamos cuidado de que no nos vea el guía o nos va a echar de acá.

Rodearon al grupo principal y se metieron a las grutas por el lado opuesto. Dentro, el aire era frío y seco. Las grutas se extendían en forma de laberinto. La luz penetraba los primeros cinco metros y luego los esperaba una densa oscuridad.

—Esto me da miedo —dijo Salvador—. ¿Qué esperamos encontrar acá?

—No sabemos —respondió Vladimir—. Pero estoy seguro de que mi abuelo, en el recuerdo, dijo que debíamos venir.

Se adentraron aún más en las cuevas. Al cabo de unos pocos pasos tuvieron que encender las linternas de sus celulares. Lejos, se escuchaba el eco de la voz del guía que, desde algún lugar del laberinto de piedra, seguía explicando las características del geoparque. Los pasadizos se hacían cada vez más estrechos y pronto tuvieron que avanzar gateando. Vladimir comenzó a jadear.

—¿Estás bien? —preguntó Dionisio.

—Sí. Es solo que me da un poco de claustrofobia.

—¿Alguien ve algo? ¿Alguna pista que nos lleve a algo?

—Yo solo veo rocas —dijo Salvador—. Y un cartel.

—¿Dónde?

—Ahí —respondió el chico, señalando un cartel sobre la pared de piedra, que decía: «Prohibido avanzar».

—Creo que llegamos a un lugar que no está habilitado al público —dijo Dionisio—. Creo que leí algo de eso en la Wikipedia: solo cuarenta metros están habilitados. Lo demás es peligroso y hay riesgos de derrumbe.

—Qué alentador —murmuró Vladimir.

Dionisio se dio vuelta hacia su hermano:

—Enano, quiero que te quedes acá haciendo guardia.

—¿Yo? Ni loco, quiero ver qué hay.

—Te lo prohíbo —dijo Dionisio con firmeza—. No quiero que te pase nada. Así que te quedás acá.

—Es cierto, es mejor que te quedes —terció Vladimir—. Si llegás a ver al guía, no le digas que nosotros entramos.

—Tomá, te dejo mi celu, cualquier cosa llámalo a Vladimir —dijo su hermano, entregándole el teléfono celular.

—Ufa, está bien —aceptó Salvador, a desgano.

Dejaron al niño esperando cerca del cartel y avanzaron.

Hicieron unos cuantos metros, quizás unos cincuenta, en donde solo vieron paredes de roca desnuda y algunos apereás que correteaban entre las grietas. Había también enormes pozos de agua, que debían sortear aferrándose a las columnas. Dionisio estaba aterrado y temía caerse al agua y ahogarse; había leído que los pozos eran muy profundos y formaban interminables e inexploradas galerías subacuáticas.

Alrededor de veinte minutos después, el aire se hizo espeso y muy húmedo. Los dos amigos se detuvieron indecisos.

—No tiene sentido que sigamos —dijo Dionisio—. No hay nada por acá, nos vamos a perder.

—Estaba tan seguro de que el mensaje de mi abuelo significaba algo... —Vladimir se rascaba la cabeza, claramente decepcionado—. Pero creo que tenés razón, es hora de volver.

—A ver, esperá un momento. Veo algo más adelante.

—¿Dónde?

Dionisio señaló hacia una caverna ubicada en las profundidades, en donde algo parecía brillar.

—¿Será un reflejo de una luz?

—Imposible. Estamos muy adentro de la gruta, acá no llega ninguna luz.

—Vayamos a ver.

Avanzaron en dirección a aquel extraño brillo; sin embargo, pronto se dieron cuenta de que se enfrentaban a un reto mayor: las galerías se habían estrechado demasiado y Vladimir casi quedó atrapado entre dos columnas de roca.

—¡No puedo pasar, soy demasiado grande!

—Quizás yo sí pueda —dijo Dionisio.

Fue su turno de avanzar. Su cuerpo, que era mucho más menudo que el de Vladimir, pasó sin problemas.

—No quiero que sigas solo —dijo Vladimir—. Mejor volvamos.

—El brillo no está muy lejos, será solo un minuto.

En ese momento, sintieron que algo vibraba bajo sus pies. Se miraron entre sí, enmudecidos.

—Esto va a derrumbarse —dijo Vladimir—. ¡Tenemos que irnos!

—Solo será un minuto, ¡lo prometo! —dijo Dionisio y corrió hacia el lugar donde brillaba aquel objeto extraño.

Por un momento, Vladimir lo perdió de vista. Sintió otra vez el crujido de la roca y alzó la linterna del celular, aterrado.

—¡Dionisio, volvé ya mismo!

—Hay algo acá —dijo la voz lejana de Dionisio, que hacía ecos—. Es una... no puedo creerlo. ¡Esto es...

—¿Qué? ¿Qué es lo que ves?

Pero Dionisio no pudo responder, porque en ese momento, se escuchó un nuevo crujido en la tierra, esta vez mucho más fuerte que el anterior, como si algunas rocas se hubieran desmoronado. El polvo cegó a Vladimir, quien a ciegas se puso a llamar a su amigo.

—¡Dionisio! —gritó Vladimir aun tosiendo—. ¿Estás bien? ¡Dionisio!

Volvió sobre sus pasos e iluminó con la linterna. El polvo le impedía ver más allá de un par de metros.

—¡Dionisio! —volvió a gritar, desesperado, el chico—. ¿Me estás escuchando?

Nada. Ni un solo sonido. El polvo aún flotaba y a Vladimir le resultaba difícil respirar.

De repente, sintió un ruido detrás. Pensando que se trataba de un nuevo derrumbe, se cubrió la cabeza con ambas manos, cerró los ojos y gritó.

—Ey, ¿qué te pasa? —dijo la voz de Salvador—. ¿Qué fue todo ese ruido? ¿Y por qué estás gritando como un perro asustado?

—¿Salvador? ¿Qué hacés acá? ¡Tenemos que pedir ayuda!

—¿Ayuda? ¿Por qué?

—Tu hermano. Hubo un derrumbe y creo que está atrapado.

—Uy, mamá nos va a matar —dijo el niño, quizás no del todo consciente de lo que acababa de escuchar—. Pero yo también tengo malas noticias.

—¿Qué?

—¡Las chicas! Wendy y Alicia están pidiendo auxilio. Están mandando mensajes desesperadas. ¿Es que no te llegó nada al celular?

—Acá no hay señal —dijo Vladimir—. A ver, mostrame.

Salvador le enseñó el celular que le había prestado Dionisio. Vladimir leyó a las apuradas una serie de mensajes y su piel se erizó:

«Ayuda»

«Estamos solas en la oscuridad»

«Algo nos está acechando»

—¿Les preguntaste qué les pasa?

—Sí, pero no volvieron a contestar. Creo que ellas también se quedaron sin señal.

—Está bien, hagamos una cosa. Vos quedate acá por si tu hermano aparece. Yo vuelvo enseguida. Es importante que no pases más allá de estas columnas —le señaló los pilares por los que él casi había quedado atascado—. Yo voy a pedir ayuda para Dionisio y de paso veo si puedo comunicarme con las chicas. ¿Entendiste?

—Claro.

—Cuidate, enano —dijo Vladimir—. Si llegás a escuchar a tu hermano, avisale que ya vuelvo con ayuda.

Y sin decir más palabra, Vladimir se alejó corriendo en dirección al auto de Viktor.

Dionisio golpeó la pared de roca que lo separaba de su amigo. El polvo volaba por todos lados, haciéndole toser. La oscuridad era casi completa.

—¡Vladimir! —gritó asustado.

No tuvo respuesta. El silencio que había del otro lado era absoluto. ¿Acaso su amigo habría muerto?

Apenas podía verse las manos. Para colmo, le había dejado el celular a Salvador y no podía usar la linterna.

Siguió tanteando la pared de roca que acababa de derrumbarse en busca de alguna salida. Nada. La caverna había quedado sellada. Y él estaba atrapado.

¿Cuánto tiempo tardarían en encontrarlo? Recordó a esos mineros chilenos, ¡habían tardado más de dos meses en rescatarlos! Pensó que él no podría sobrevivir ni un solo día allá abajo. Antes, moriría de miedo.

Estaba entrando en pánico cuando se dio cuenta de una cosa: él no estaba en la completa oscuridad. Había un pequeño resplandor que provenía de lo más profundo.

Recordó lo que había visto segundos antes de que se derrumbara la gruta: ¡era un diamante que brillaba! Un diamante enorme, del tamaño de un puño humano.

Regresó sobre sus pasos, en busca de aquel nuevo resplandor. Entonces se encontró con algo que en un principio le hizo creer que estaba soñando.

Se restregó los ojos y volvió a mirar. Dentro de una especie de caverna interna, había alguien parado mirándolo fijo: ¡era una mujer!

Usaba un vestido largo y sencillo de color natural. Tenía puesto unos largos collares que parecían hechos de pepitas de oro. Su cabellera era larga y lacia, bien azabache. Sus ojos lo miraban entre sabios e inquisidores.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó la mujer—. ¿Quién eres?

—Soy... Solo un chico. Y estoy aquí... buscando algo.

—Es el tesoro, ¿verdad? —los ojos de la mujer refulgieron amenazantes—. Siempre lo mismo. El hombre blanco y su avaricia. No pueden dejarnos en paz.

—¿Qué tesoro...? —pero entonces Dionisio recordó la leyenda de Darién y el tesoro charrúa. ¿Acaso esa mujer era...? Pero no, ¡era imposible! La leyenda databa de cientos de años. Aquella princesa indígena ya debía de estar bien muerta—. No vengo buscando ningún tesoro —dijo al final.

—¿No? Porque estás muy cerca de él. Solo debes entrar a esa caverna —dijo la mujer señalando hacia una entrada a sus espaldas, de donde provenía aquel extraño fulgor—. Solo que primero debes pasar por sobre todos nosotros—. Al decir esto, la mujer dio un paso al costado, revelando a cuatro hombres altos y fornidos, que se fueron dibujando a través del polvo. Vestían con pieles y sus ojos estaban centelleantes; todos ellos portaban lanzas de punta filosa—. Te advierto que ningún hombre blanco que ha llegado hasta este punto, ha logrado avanzar más de un paso del lugar en el que te encuentras. Varios vinieron a robar un tesoro sagrado y esa misma codicia los llevó a perder la vida.



—Señora, no vine buscando ningún tesoro. ¡Lo juro!

—No te creo. Todos buscan el tesoro. Todos quieren fortuna fácil. Pero no dejaremos que se lo lleven, es algo que pertenece a mis ancestros.

Los cuatro guardianes se adelantaron unos pasos, con las lanzas en alto, y muy pronto Dionisio se vio rodeado de ellos. Desesperado, el chico insistió en que él no buscaba ningún tesoro. La mujer contestó que no le creía. Y, para ponerlo a prueba, le propuso un acertijo. Un juego de palabras relacionadas con una leyenda local.

—Solo los puros de alma pueden resolverlo. La mayoría de los hombres blancos están tan obsesionados con el tesoro que son incapaces de pensar con claridad como para encontrar la respuesta —le advirtió.

Dionisio estaba nervioso, pero escuchó con atención el acertijo. —Es la luz mala —contestó—.

La mujer parecía impresionada ante la respuesta de Dionisio.

—Debo admitir que es la primera vez que alguien puede resolverlo —dijo—. Si no has venido a buscar al tesoro, entonces ¿qué es lo que quieres? —Los cuatro guerreros de apariencia indígena permanecían quietos como estatuas de cera dispuestas a cobrar vida ante cualquier amenaza. Dionisio no podía quitarles los ojos de encima—. ¿Qué es lo que quieres, niño? —Las palabras de la mujer volvieron a traerlo de un sacudón a la realidad.

Entonces, Dionisio le explicó todo: lo del mensaje en el espejo del baño de chicas, lo del Monte de Ombúes y que su amigo había tenido una especie de visión en la que su abuelo muerto le decía que debía visitar la Gruta del Palacio. Cuando terminó, la mujer quedó pensando durante un buen rato.

—Es extraño —dijo finalmente.

—¿Qué cosa, señora?

—Entendí la mitad de lo que dijiste, vives en un mundo desconocido para mí. Pero al mencionar las palabras *reflejo* y *Monte de Ombúes*, me recordaste algo. Una vieja leyenda de nuestra tribu, que dice que un hombre aparecerá miles de lunas después de nuestra llegada a este lugar, hablando de lo mismo que has dicho tú. Un hombre fuerte y poderoso —la mujer miró a Dionisio de arriba abajo—. Pero tú no eres un hombre fuerte y poderoso. Solo eres un niño. Por otro lado, pudiste pasar la prueba del acertijo y pareces un espíritu puro y fuerte. ¿Qué debería hacer?

La mujer se paseó por el recinto un rato, luego volvió a mirar a Dionisio y finalmente entró a la cámara donde brillaba aquel fabuloso tesoro. Dionisio se quedó a solas con los colosales indígenas y por una fracción de segundo

pensó en correr con todas sus fuerzas. Pero luego recordó el muro de piedra, y la oscuridad, por lo que borró instantáneamente de su mente esa peligrosa idea.

La mujer indígena regresó al cabo de unos minutos con un viejo pergamino en la mano.

—Toma, imagino que, si realmente eres el indicado, sabrás qué hacer con esto —le dijo, depositando el trozo de papel en su mano—. Solo espero que no sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? ¿A qué se refiere con eso?

—Según nuestra leyenda, ese hombre vendrá en un momento muy especial de la Madre Tierra, cuando la vida de muchas personas estará en peligro —explicó la mujer—. Y la salvación de esas personas y del planeta dependerá de ese hombre especial. Claro que tú solo eres un niño, pero mis antepasados me dejaron una clara misión. Y es entregarte el pergamino.

—¿El mundo en peligro? ¿Cómo es eso?

—Es todo lo que sé sobre el asunto —dijo la mujer, quien de repente parecía cansada—. Ahora, solo te pido que te vayas. Soy más vieja de lo que aparento y necesito dormir mucho.

—¿Cuántos años tiene?

—No lo sé. No lo recuerdo.

—¿Cómo se llama usted? ¿Desde cuándo vive aquí abajo?

La mujer le mostró una sonrisa enigmática y cansada. Acercó su rostro al de Dionisio y susurró:

—Mi nombre es... Darién. Al menos, era así como me llamaban. Pero ha pasado mucho tiempo desde entonces.

—¿Darién? —se sorprendió el chico—. ¿Como la princesa de la leyenda? ¿Usted es...

—Por favor, déjame descansar, niño, ¿quieres? —insistió la mujer.

—Perdón. Es que estoy muy confundido. Me gustaría irme, pero... ¡No puedo salir! ¡Estoy atrapado porque hubo un derrumbe!

—No —dijo la mujer—. No estás atrapado, Dionisio.

—¡Sí que lo estoy! Y, un momento, ¡yo nunca le dije mi nombre!

—Dionisio —los ojos de la mujer volvían a refulgir en ese extraño fulgor—. Dionisio...

—¿Por qué repite mi nombre? ¿Por qué me mira así?

—Dionisio... —dijo la mujer, avanzando junto con los guerreros—. Dionisio...

—Dionisio... ¡Despierta!

El chico abrió los ojos. Vio a su hermano inclinado sobre él y, cerca, al guía, que lo miraba preocupado.

—¿Qué... qué fue lo que pasó?

—Encontré al guía y le dije lo que había pasado —explicó su hermano—. Por suerte él conocía un segundo acceso y pudo sacarte de la cueva. ¡Estabas desmayado y decías cosas sin sentido!

Dionisio se incorporó. Estaba tendido sobre el pasto, a escasos metros de la gruta. Había curiosos alrededor que los observaban. Algunos sacaban fotos.

—Lo que hiciste es bien de inconsciente —dijo el guía—. No debiste entrar a esa parte de las grutas. ¡Estás vivo de casualidad! ¿Dónde están tus padres?

—Yo... vine con una persona mayor.

—¿Dónde está?

—¡No sé! —Dionisio miró hacia las grutas una vez más y recordó a la misteriosa mujer—. ¡Hay alguien más atrapado! ¡Es una mujer! ¡Estaba conmigo en la caverna!

—No había nadie ahí cuando entré —dijo el guía—. Solo estabas vos, seminconsciente.

—¡Estoy seguro de que había una mujer! ¡Dijo que se llamaba *Darién*!

—¿Darién? ¿Como la princesa indígena? —el guía frunció el ceño, pero luego sacudió la cabeza—. No es posible, seguro te golpeaste la cabeza y delirabas.

—Pero, juro que...

—Llamaré a Trinidad para que nos envíen una ambulancia —dijo el guía sin prestarle atención—. No se muevan de aquí, ¿está bien?

Sin decir más palabra, el guía se fue y dejó a los chicos solos. Dionisio se levantó y agarró a su hermano de la remera, arrastrándolo hacia la salida.

—¡El guía dijo que no debemos movernos!

—No creo que sea buena idea —aseguró Dionisio—. Si papá y mamá se llegan a enterar de lo que pasó, nos matan. Además... —se detuvo al palpar algo en su bolsillo. Lo sacó. Era un viejo pergamino enrollado. Recordó entonces lo que le había dicho Darién: «Si realmente eres el indicado, sabrás qué hacer con esto».

—¿Qué es eso?

—No sé —dijo Dionisio, guardando el pergamino en su bolsillo—. Pero ya tendremos tiempo de averiguarlo... O, al menos, eso espero. Vení, salgamos de acá antes de que regrese el guía.

Corrieron hacia la camioneta y se encontraron con Vladimir y Viktor, quienes discutían nerviosos. Al verlos, Vladimir se abalanzó sobre Dionisio y lo abrazó.

—¡Pudiste salir! ¿Cómo hiciste?

—Es una larga historia. ¿Qué pasó con las chicas?

—De eso hablábamos con mi hermano. ¡No sabíamos si esperar a los bomberos o ir a ayudarlas!

—¿¡Llamaste a los bomberos!?

—¡Claro! ¿A quién iba a llamar, si no? ¡Dijeron que iban a venir en unos minutos a rescatarte!

—Entonces salgamos rápido de acá —dijo Dionisio, subiéndose al vehículo y ordenando a su hermano mediante señas que hiciera lo mismo—. Las chicas pueden necesitar nuestra ayuda. Además, encontré... encontré algo en la cueva —agregó palpando el viejo pergamino a través de su bolsillo.

—¿Qué cosa?

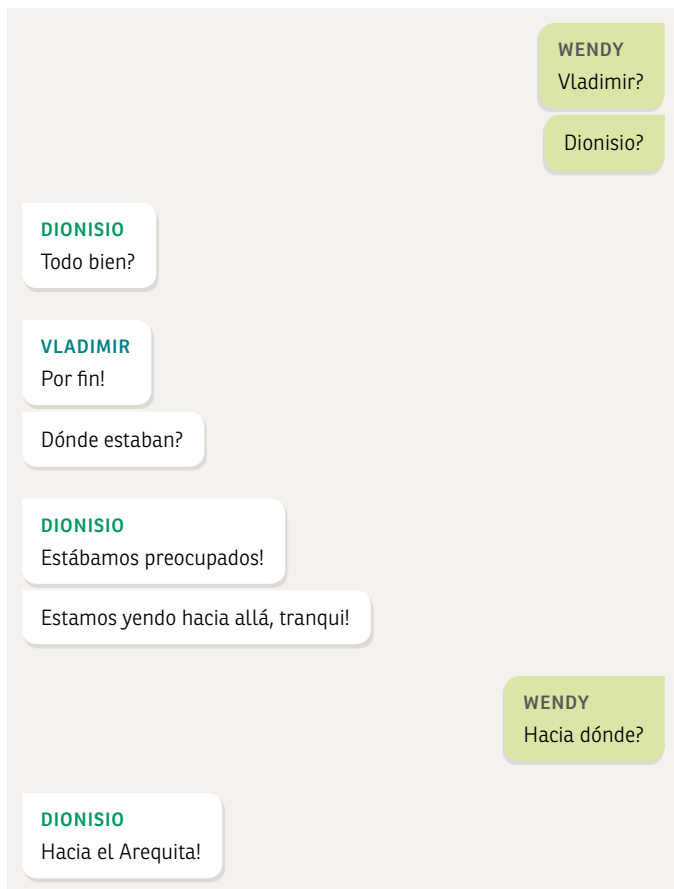
—Prometo que en el camino voy a explicarles todo. ¡En marcha!

En el viaje de regreso, Vladimir, Dionisio y Salvador intercambian mensajes con Wendy y Alicia.

Si querés saber qué ocurría mientras tanto con Wendy y Alicia, volvé a la página 79 ←

**Todos se vuelven a encontrar.
Continúa la historia en la página siguiente →**

EL ENCUENTRO VIRTUAL



ALICIA

No se preocupen

Ya pasó lo peor!

VLADIMIR

Pero qué pasó?

ALICIA

Tuvimos un problema con una bruja

VLADIMIR

Ehhh?

WENDY

No era una bruja, ya te dije!

ALICIA

Y qué era entonces?? 🤖

WENDY

No sé, algo!

ALICIA

Viste muy bien cómo la guía se convirtió en bruja y empezó a perseguirnos!

DIONISIO

No entiendo nada 😞

VLADIMIR

Qué fue lo que pasó?

ALICIA

¡Eso!

Que vimos a una mujer de unos cuarenta y pico de años que nos llevó a la gruta del Arequita.

Después nos quedamos en la oscuridad y la señora se transformó en una vieja horrible!

VLADIMIR

Ufff

Qué locura!

DIONISIO

Pero ¿ahora están bien??

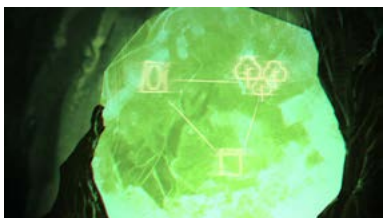
WENDY

Síii. En esa gruta pasó de todo. Hay cientos de murciélagos en una caverna, y antes se reunían sociedades secretas!

ALICIA

Además de todo eso, vimos algo muy raro dentro de la cueva

Una roca se iluminó y quedó este dibujo!



VLADIMIR

Qué significa eso?

WENDY

Todavía no lo sabemos!

VLADIMIR

Nosotros también tuvimos un viaje accidentado

Se derrumbó una zona de la Gruta del Palacio y Dionisio quedó atrapado!

Por suerte un guardia lo rescató desde una segunda entrada

Pero pasó algo más...

Contales, Dionisio!

DIONISIO

Vi algo también

Como a una princesa indígena

Que me dio un pergamino viejo



WENDY

Parece un mapa viejo de Montevideo!

DIONISIO

Sí, lo mismo pensamos nosotros

WENDY

Pero, qué significará todo esto?

Hay muchas pistas y no entiendo nada!

DIONISIO

Voy a agregar a Salvador, que parece que se dio cuenta de algo importante

Dionisio agregó a Salvador

ALICIA

Bienvenido, Salva, qué es lo que descubriste?

SALVADOR

Recién mi Bro me mostró las imágenes. Qué tal si las superponemos?

WENDY

Cómo superponer?

DIONISIO

A ver déjenme un segundo que edito las imágenes

Así, miren!



WENDY

Igual no se entiende nada!

ALICIA

Para para

Creo que lo tengo

La parte de abajo no indica como un castillo?

VLADIMIR

Sí, o una torre de ajedrez

DIONISIO

Y qué tiene que ver?

ALICIA

Es que justo ahí no hay un castillo?

El Castillo Pittamiglio o algo así?

WENDY

Es cierto! El año pasado lo visité con mis viejos. Hay muchas historias, como la de los alquimistas!

VLADIMIR

Entonces el triángulo está marcando lugares en el mapa!

WENDY

Los árboles pueden ser el parque Rivera

DIONISIO

Uy sí, el que es famoso por la leyenda de la Llorona!

ALICIA

Y el otro vértice del triángulo es como un cuadro, no hay un museo ahí?

DIONISIO

Sí, es cierto, el Museo Blanes! Hay una leyenda sobre un cuadro embrujado, no me acuerdo de cómo se llama

SALVADOR

El cuadro de Clarita! Recién lo busqué en el celu 📱



ALICIA

Eso quiere decir una cosa, chicos

Sea quien sea que está detrás de todo esto, quiere que vayamos a estos lugares

VLADIMIR

Pero ¿para qué?

ALICIA

No es obvio?

Para tener más pistas! 🕵️

WENDY

Más pistas de qué? Ya me estoy mareando con tantas pistas!

DIONISIO

No sé, pero tenemos que ir

ALICIA

A dónde? 😎😬😬

DIONISIO

A dónde va a ser? A los lugares que marca el mapa!

ALICIA

¿Cuándo?

DIONISIO

Ahora!

ALICIA

Ahora? Estás loco?

Por qué no? Todavía estamos a tiempo

VLADIMIR

Yo opino lo mismo, quiero ir ahora

WENDY

Yo también!

ALICIA

Ufa, es que quiero volver a casa. Además, si Dionisio tuvo un accidente tal vez necesita descansar. Qué se yo...

DIONISIO

Estoy bien, Ali, tenemos que ir. Dale!

ALICIA

Bueno, ok, hago lo que decide la mayoría

DIONISIO

Vamos a tener que dividirnos otra vez

VLADIMIR

Sí

ALICIA

Pero, cómo decidimos quién va a cada lugar?

WENDY

Propongo algo!

Hagamos un sorteo

Yo tengo una app en el celular que hace sorteos online, es como cuando ponés unos nombres en una bolsa

Miren



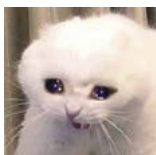
Ahí cargué todos nuestros nombres

Ahora, que empiece el sorteo!

Primero tenemos que decir qué localidad se va a sortear

ALICIA

Esperen. Yo no voy al parque Rivera ni loca. Si se me aparece la Llorona creo que me da un infarto



VLADIMIR

Tranqui, Ali, vamos a ir en grupos de dos, si contamos a mi hermano

No vas a estar sola!

DIONISIO

Empecemos por el Castillo Pittamiglio mejor

WENDY

Ok

La app está sorteando

Suerte!!



Ya tengo el primer nombre!



DIONISIO

Yo quería ir al Blanes

Pero bueno...

WENDY

Segundo nombre para el Pittamiglio:



Yo!

Jaja

ALICIA

Ay, Dios mío. Tengo un 33,333% de probabilidades de que me toque la Llorona!

Ya veo que me toca 😞

VLADIMIR

Ahora sorteá el museo

WENDY

Ahí va

Primer nombre para el Museo Blanes:



ALICIA

50%!!! Ay Dios, ay Dios

WENDY

Segundo nombre para el Blanes:



Zafaste, amiga!

ALICIA

Sííí



DIONISIO

Quedan entonces mi hermano y Viktor para el parque Rivera

WENDY

Pero Salva, ¿no te va a dar miedo ir ahí?

SALVADOR

Miedo? Me encanta, yo rezaba para ir a ver a la Llorona!



DIONISIO



No lo conocés a mi hermano, está loco

VLADIMIR

Viktor lo va a cuidar

Eso espero 😊

Todavía no sabe que vamos a Montevideo, cuando le diga nos mata!

WENDY

Chicos, les falta mucho para llegar?

VLADIMIR

Estamos a unas dos horas

WENDY

Bueno, nosotras mientras tanto nos vamos en ómnibus a Montevideo

VLADIMIR

Ok

WENDY

Dionisio, te espero en la entrada del Pittamiglio

Dionisio?

DIONISIO



Como usted ordene, mi señora

WENDY



ALICIA

Y yo espero a Vladimir en la entrada del Blanes

VLADIMIR



WENDY

En un par de horas nos vemos!

¿A quién te gustaría acompañar?
Si querés seguir con Wendy y Dionisio,
continúa en la página 135 →

Si querés seguir con Vladimir y Alicia,
saltá a la página 149 →

Si querés seguir con Salvador y Viktor,
saltá a la página 161 →



CAPÍTULO 4

LEYENDAS Y MISTERIOS EN MONTEVIDEO



WENDY, DIONISIO Y UNA PARTIDA DE AJEDREZ EN EL CASTILLO PITTAMIGLIO

En el imponente castillo Pittamiglio, ubicado en la rambla Mahatma Gandhi, entre dos edificios residenciales, tanto Dionisio como Wendy se sorprendieron al encontrarse con tantas y tan extrañas construcciones. Habitaciones gigantes en forma de octaedros. Puertas que no llevaban a ningún lado. Pasillos interminables y laberínticos con caminos extrañamente marcados con cruces y flechas. En las paredes había símbolos y cifras que ninguno de los dos chicos podía identificar, y en los pisos predominaban los colores negro y blanco. El *yin* y el *yang*, pensó de golpe Dionisio. El aire del castillo se mantenía fresco y sombrío, como el de un mausoleo. A medida que los amigos se iban adentrando más y más, sus pisadas despertaban ecos en los olvidados ángulos del edificio. Dionisio, mientras tanto, explicaba:

—Sé que perteneció a un arquitecto y político llamado Humberto Pittamiglio, toda una celebridad aquí en Montevideo. También era alquimista y buscaba la vida eterna a través de sus fórmulas químicas —hizo una pausa mientras observaba una inmensa chimenea incrustada en la pared y agregó: —Creo que en el fondo estaba un poco loco.

—Un momento —interrumpió Wendy, alzando una ceja—. ¿Vos tenés toda esa información en la cabeza?



—Refresqué algunos conocimientos mientras veníamos en la camioneta del hermano de Vladimir —reconoció el chico, sonrojándose—. Pero, sí, básicamente me sé la historia del castillo de memoria, porque me encanta este tipo de leyendas.

—Ya veo —dijo Wendy, mirando a su alrededor—. Es raro que no haya nadie, ¿no?

—Sí. Siempre hay alguien en la entrada. Pero ahora esto parece... vacío.

—¿Y qué clase de leyendas hay acá adentro?

—De todo un poco —respondió Dionisio—. Dicen que acá se ocultó el Santo Grial y que estuvo escondido durante décadas en una habitación repleta de objetos religiosos. Y además está la historia del mismo Pittamiglio. Él decía que el edificio era como un ente vivo, en constante modificación. Durante toda su vida agregó y quitó cuartos, amplió hacia arriba y hacia los laterales, cambió la decoración y la disposición de puertas y ventanas... Es por eso que ahora

vemos al castillo así, tan caótico y sin forma. Pittamiglio pasaba muchas horas entre estas paredes, buscando el elixir de la vida eterna.

—Uy, sí que estaba loco.

—Y algunos dicen que lo logró —agregó, muy serio, Dionisio—. Que logró vencer las barreras de la vida y la muerte. Y ahora Pittamiglio supuestamente vive aquí, solo que en una forma de vida que nadie puede imaginar —vio que Wendy lo miraba incrédula y se apresuró a decir: —Lo sé, yo tampoco me creo mucho esa leyenda. Aunque, a juzgar por lo que vi hoy...

—Ah, ¡es cierto! Dijiste que viste como a una princesa indígena, ¿no?

—Sí. Vladimir piensa que solo lo imaginé o que me golpeé la cabeza o algo así. Pero tengo la prueba del pergamino. Igualmente, sé que es algo difícil de creer, así que no lo culpo.

—Yo ya puedo creer cualquier cosa. Todavía no termino de creer que hace un rato estuve hablando con una especie de bruja. Y menos entiendo cómo vamos a encontrar la siguiente pista acá adentro... ¡Es que está lleno de pistas!

Wendy señaló las paredes, donde multitud de símbolos y dibujos se aglomeraban como hormigas. Dionisio asintió.

—Imagino que cuando demos con la pista correcta, nos daremos cuenta enseguida...

Siguieron caminando por las sombrías habitaciones del castillo. Un aire fresco penetraba por los ventanales altos ubicados cerca del techo. Wendy preguntó si había novedades del resto del grupo y Dionisio le respondió que

acababa de recibir un mensaje de su hermano en el parque Rivera: estaba con Viktor, aunque de momento ninguno de los dos había visto algo extraño. De Vladimir y Alicia, en cambio, no tenían noticias aún.

Decidieron subir por unas escaleras de piedra; las barandillas eran de bronce y madera y algunos escalones parecían más altos que otros.

A medida que ascendían, algo extraño comenzó a perturbar sus mentes. Era como si, con cada escalón que subían, se adentraran más y más en un territorio peligroso y extraño. Las paredes y la barandilla parecían moverse por momentos. Dionisio miró hacia atrás y jadeó. Hubiese jurado que solo habían subido unos diez escalones, pero parecían más, muchos más. Como si estuvieran a veinte metros del suelo. Debajo se veían, muy pequeñitos, los mosaicos blancos y negros del gran hall. Desde arriba parecía un tablero de ajedrez. Pensó que a Vladimir le hubiese fascinado contemplar aquella visión.

Llegaron por fin al rellano. Aparecieron frente a su vista dos pasillos, puestos en forma imposiblemente geométrica: uno parecía subir, el otro bajar. En el medio había una rara estatua de una mujer corriendo al lado de un perro. Dionisio no supo interpretar qué significaba.

—Y ahora, ¿a dónde vamos? —preguntó Wendy.

—No sé. No recuerdo haber leído sobre esta parte del castillo. ¡Es raro!

—¿Qué te parece si subimos?

—Sería lo más lógico. Si acabamos de subir las escaleras, ¿por qué queríamos volver a bajar?

Sin decir más palabra, tomaron el pasillo que subía. Una luz tenue y amarilla inundaba el lugar. Pronto el suelo se hizo más empinado, y Dionisio, que no estaba en un buen estado físico, comenzó a jaderar.

—Creo que esto no nos llevará a ningún lado —dijo al cabo de un rato, volviéndose hacia Wendy—. Debe de ser como una de esas puertas ciegas que vimos abajo, que Pittamiglio construyó para que...

—¡Cuidado, Dionisio!

Ante el grito alarmado de su amiga, el chico intentó detenerse, pero ya era demasiado tarde. El piso del pasillo se había terminado y un enorme abismo se abrió frente a él. Dionisio trastabilló, hizo equilibrio con las manos y cayó. Logró aferrarse del borde y Wendy corrió a ayudarlo.

—¡Agarrate fuerte, no te sueltes! —gritó Wendy, que se tiró al piso y alcanzó a sujetarlo por la remera.

Por un momento, pareció que lograría rescatar a su amigo, pero luego se escuchó un crujido terrible y la remera de Dionisio se rasgó. Wendy quedó estupefacta, observando el trozo de tela en su mano, mientras Dionisio, con un grito mudo, caía a las profundidades de aquel incomprensible pozo...

Un golpe horrible, que sacudió todos sus huesos, le arrancó un grito de dolor. Dionisio se agarró la espalda y se retorció sobre el suelo, gritando por ayuda. Miró a su alrededor: estaba en el hall del suelo ajedrezado, pero supo

de inmediato que algo había cambiado en el lugar, aunque no se dio cuenta de qué.

Miró hacia arriba, esperando encontrarse con el rostro preocupado de Wendy, pero se sorprendió al ver que no había nada, solo un gran manto de oscuridad. El cielo-rraso del castillo también había desaparecido, al igual que las escaleras.

—¿Wendy? —dijo con un hilo de voz—. ¿Dónde estás?

Apenas terminó de decir esto, escuchó que unos pasos se acercaban. Dio vuelta la cabeza esperando encontrarse con su amiga, pero no era ella. Era una figura más alta. Y tenebrosa.

En efecto, parecía alguien de al menos dos metros de altura. Estaba envuelto en unas telas oscuras, una especie de túnica. Su cabeza estaba cubierta por una capucha. Apenas se veían sus ojos, que eran dos destellos de plata en medio de un rostro pálido e indefinido.

—Hola —dijo Dionisio, temblando—. ¿Quién es usted? Necesito ayuda. ¡Acabo de caerme y creo que me quebré un hueso!

La figura encapuchada no dijo nada. Se acercó con paso lento y parsimonioso y lo rodeó, examinándolo. Finalmente, hizo un ruido extraño con la boca y, con una voz que se parecía a un escalofriante siseo, anunció:

—Has llegado aquí para aliviarme de mis horas de aburrimiento. Estaba esperando una compañía como la tuya. No tan joven, pero, después de tantos años de espera, cualquier humano es bienvenido.

—¿Quién... quién es usted?

—Ahora, empecemos a jugar —dijo la figura encapuchada, ignorando la pregunta de Dionisio y señalando hacia un lugar a espaldas del chico.

Cuando el joven se dio vuelta para ver, quedó helado. Había allí, dispuestos sobre los mosaicos del suelo, treinta y dos figuras que representaban a las piezas de un ajedrez, solo que en tamaño real. Había cuatro caballos que se agitaban briosos, cuatro torres de al menos tres metros, cuatro alfiles con armadura de caballero medieval portando sus espadas y dieciséis peones que se movían inquietos y murmurando entre sí. El rey y la reina blancos estaban tomados de la mano. Del otro lado del tablero, el rey negro era un hombre africano alto y con largos adornos que pendían de su cuello y orejas. La reina era una mujer negra y miraba fijamente a Dionisio. Se inclinó para murmurar algo al oído del rey, quien asintió y luego sonrió burlón.

—Estoy soñando —dijo Dionisio—. Me golpeé la cabeza al caer.

—Juega —dijo la figura encapuchada, encaminándose hacia el sector de las piezas negras—. Te doy el privilegio y la enorme ventaja de ser el primero en mover.

—Es un sueño y quiero despertar —dijo Dionisio, sacudiendo su cabeza—. ¡Es un sueño y quiero despertar!

—No es un sueño —dijo de pronto el rey blanco, que estaba parado a unos pocos metros de él—. Más vale que empieces a jugar ¡o terminarás por impacientarlo!

—¡Silencio! —rugió desde el otro lado del tablero la figura encapuchada, sobresaltando a todas las piezas vivientes del ajedrez—. Está prohibido hablar con mi contrincante.

Aunque tu rey tiene razón, joven: pierdo la paciencia muy rápido. ¡Empieza a jugar de una vez!

—Está bien. Creo que estoy entendiendo —dijo Dionisio muy lentamente—. Creo que es hora de... ¡correr!

Dicho esto, se levantó a toda prisa y corrió. Sabía que la salida estaba muy cerca. Abrió una puerta, la atravesó...

Y se encontró otra vez frente al tablero de ajedrez viviente.

—¡No puede ser! —gritó desesperado el chico y volvió a intentarlo con otra puerta, pero el resultado fue exactamente el mismo.

No tenía salida. La figura encapuchada, mientras tanto, lo observaba en silencio. Sus ojos de color plata brillaban cada vez más.

—¿Has terminado? —dijo al tercer intento de Dionisio—. Sabrás ahora que nunca podrás salir de aquí. A menos que me ganes en el juego.

—¡¿Qué es esto?! ¿Dónde estoy?

—A eso también lo habrás adivinado, porque eres un muchacho inteligente: estás en ese lugar que algunos humanos llaman *limbo*. Y yo soy la Muerte. Si no me ganas a este juego, ¡jamás saldrás de aquí!

—¡Pero yo no sé jugar! ¡Es mi amigo Vladimir quien sabe!

—Sé perfectamente quién es tu amigo Vladimir, pero no es momento de jugar con él, sino contigo. Así que te aconsejo que empieces o realmente me cansaré de ti y te enviaré a un lugar donde sufrirás el peor de los tormentos.

Dionisio tragó saliva. Si aquello era un sueño, era el más real y terrorífico que había tenido. Supo que debía comenzar a jugar, como fuere.



—Está bien —dijo temblando—. Voy a empezar con... Eh... ¿cómo era que comenzaba siempre Vladimir? ¡Ah, sí, con E4!

El peón blanco elegido de inmediato adelantó dos casilleros. La Muerte, desde el otro lado del tablero, lanzó una seca risotada.

—¿Conque vas a venir con una defensa italiana, eh? Eres listo, dominar el centro es manejar los tiempos del juego. Pero no te equivoques, ¡si de algo sé, es del tiempo!

A continuación, la Muerte movió su caballo, que de un salto en forma de ele se adelantó reluciendo sus crines oscuras. Sus ojos eran de fuego y por su nariz salía un vapor blanquecino. El jinete era un hombre de capa y botas negras, que miraba a Dionisio con un odio asesino.

—¡Caballo F3! —gritó Dionisio, haciendo adelantar su propio caballo, a lo que la Muerte respondió bloqueando el avance del peón con uno propio.

Fue así como comenzó un juego apasionante y demencial. Ambos contrincantes eran listos y se tomaban su tiempo antes de elegir el siguiente movimiento. El cuerpo de Dionisio estaba empapado en sudor. Su frente se arrugaba por la concentración, mientras intentaba recordar las enseñanzas de Vladimir y pensaba en las siguientes jugadas de la Muerte.

Una a una fueron cayendo las piezas, tanto del lado de las blancas como de las negras. La Muerte le tomó un alfil y Dionisio respondió eliminando una torre. Cada movimiento estaba perfectamente planeado y le provocaba vértigos; pensó que estaba jugando la mejor partida de su vida. ¡De haber presenciado el juego, Vladimir hubiese estado orgulloso de él!

Aún estaba regocijándose en su estrategia cuando, dos movimientos después, ocurrió la tragedia: su infernal contrincante movió inesperadamente su torre restante y condenó a la reina blanca a una muerte casi segura.

Al observar esta jugada, la respiración de Dionisio se cortó. ¡Estaba perdido, tenía la mitad de la partida perdida!

Del otro lado del tablero, la Muerte reía a carcajadas. Sus piezas negras lo acompañaban en la burla, en una suerte de coro enloquecedor.

—Ey, psss...

Sorprendido, Dionisio se volvió hacia la voz. Era el rey blanco. Esta vez lo observó con detenimiento y descubrió que el rostro de aquel hombre le resultaba curiosamente familiar.

—Escucha, es importante que muevas el caballo del H4 —susurró el misterioso monarca—. Cuando lo hagas, se va a generar un espacio y podrás atacar el rey negro.

—¡Pero voy a perder a mi reina!

—Olvidate de la reina —murmuró la pieza viviente, quien se aprovechaba de la risa y distracción de la Muerte—. Tu contrincante está esperando que la defiendas ¡pero ya está perdida! Debes atacar ahora.

—¿Quién sos? ¿Por qué me resultás conocido?

—Yo... no soy nadie en particular. Solo soy alguien que ya jugó con la Muerte y perdió la partida.

—¿O sea que vos y todos los demás... —Dionisio señaló hacia el rey y la reina, los peones, los jinetes sobre los caballos— fueron alguna vez hombres? ¿Y al perder con la Muerte quedaron condenados a ser sus piezas de ajedrez?

—Exacto. Y es el destino que te espera, a menos que le ganes. ¡Hazme caso, juega ese caballo ya!

Dionisio, ya sin nada por perder, ordenó mover el caballo de H4. De inmediato, las risas del lado opuesto del tablero se silenciaron. Y por fin Dionisio entendió por qué: el caballo tenía un camino claramente trazado hacia un jaque mate casi seguro del rey negro.

La Muerte, desesperada, intentó varios movimientos defensivos, pero finalmente sucumbió ante una brutal y efectiva emboscada. Cuando su rey cayó, la figura encapuchada lanzó un rugido y se abalanzó sobre Dionisio, agarrándolo del cuello.

—¡Nadie me gana! —gritó y de su boca salió un fuego helado que quemó las pestañas del chico—. ¿Cómo has podido hacerlo? ¿Cómo?

—Debes dejar en libertad al joven —dijo de repente el rey blanco, desplazándose a través del tablero, con el cuerpo

flotando a unos centímetros del piso. Un haz de luz iluminó el rostro arrugado del viejo y allí Dionisio pudo apreciar que el anciano era ciego de un ojo y que además tenía una larga cicatriz en la mejilla—. ¡Lo has prometido!

La Muerte volvió a emitir uno de esos escalofrantes rugidos. Sacó de alguna parte de su túnica una inmensa hoz y la acercó peligrosamente al rostro del anciano, al tiempo que decía:

—¡Nadie me ordena qué hacer! ¡No olviden que son mis esclavos! ¡Nunca olviden eso!

Sin dejar de gritar ni de soltar amenazas, giró su cuerpo para hostigar a las demás piezas, situación que fue aprovechada de inmediato por el rey, quien susurró a Dionisio:

—Debes huir. ¡Ahora! No te preocupes por nosotros, la Muerte pierde los estribos unos momentos, pero luego se calma. No puede hacernos nada... Después de todo, ¡ya estamos muertos!

Dionisio asintió y, sin perder tiempo, corrió en dirección a la siguiente puerta. Antes de traspasarla, sin embargo, escuchó una vez más la voz suave y agradable del rey, que decía a sus espaldas:

—Recuerda esto, Dionisio... la vida es una gran partida de ajedrez. Cada decisión que tomes afectará de una u otra forma a tus fichas. Y, a veces, debemos hacer grandes sacrificios para seguir avanzando...

Sin entender del todo lo que el rey había querido decir, Dionisio asintió con la cabeza y luego traspasó corriendo la enorme arcada de piedra.

Al hacerlo, esta vez no volvió al mismo sitio que antes, sino que de repente y sin saber cómo se encontró recostado en el suelo. Había una figura a su lado: Dionisio lanzó un suspiro de alivio al notar que era Wendy.

—¡Dionisio! —dijo la chica, con lágrimas en los ojos—. ¿Estás bien? ¡No reaccionabas, pensé que estabas muerto!

—No estoy muerto —dijo Dionisio, recordando aquella delirante partida de ajedrez que acababa de jugar con la Muerte—. Pero sí tengo los huesos doloridos.

—¡No puedo creer que hayas sobrevivido a una caída semejante! ¡Eran como cinco metros!

—Yo tampoco —aseguró Dionisio. Intentó una sonrisa para calmarla, pero de repente un dolor agudo le arrancó un grito. Se miró el brazo: estaba en una posición antinatural, doblado de manera imposible.

Como producto de la caída, se había lesionado. Al verlo, Wendy lanzó un grito.

—Estoy bien, no te preocupes... solo me disloqué el hombro. Ayúdame a ponerlo en su sitio.

—¿Estás loco?

—Haceme caso, ya me pasó antes. Solo tenés que agarrarme del brazo y darme un tirón.

La chica, no muy convencida, siguió sus instrucciones y el crujir del hueso de Dionisio le generó escalofríos.

—¿Estás bien?

—Un poco mejor, sí —respondió Dionisio, masajeándose el brazo. Pese al dolor, las misteriosas palabras del rey resonaban en su mente:

«La vida es una gran partida de ajedrez»

«A veces, debemos hacer grandes sacrificios para seguir avanzando»

—¿En qué estás pensando? —la pregunta de Wendy lo transportó a la realidad. Estaban cruzando la puerta de ingreso al castillo, pero en esta oportunidad lo hacían en sentido contrario, en dirección a la rambla de Trouville.

—Pienso en que debemos juntarnos con los demás y volver inmediatamente a Cabo Frío.

Si querés reencontrarte con el grupo
de regreso a Cabo Frío, saltá a la página 177 →

Si antes querés saber qué ocurrió con Vladimir y Alicia,
continúa en la página siguiente →

Si querés saber qué ocurrió con Viktor y Salvador,
saltá a la página 161 →

VLADIMIR, ALICIA Y EL ENCUENTRO CON CLARITA EN EL MUSEO BLANES

Mientras ingresaban al predio enrejado del museo de Blanes, Alicia explicaba a Vladimir la curiosa historia del cuadro de Clarita.

—Me la sé de memoria, porque Wendy me la contó decenas de veces. Es como que Clarita... es su ídola.

—¿Su ídola? ¿Un cuadro?

—No es solo un cuadro, ella existió de verdad. Y es como que representa la reivindicación de las libertades de las mujeres. Wendy sabría explicarte mucho mejor.

Un cuidador apostado en la entrada los miró de pies a cabeza, luego observó su reloj y resopló.

—No tendría que dejarlos entrar porque estamos por cerrar... —volvió a mirarlos como si estuviera cavilando la posibilidad de negarles la entrada, pero entonces se encogió de hombros y dijo con cierto desgano—: Tienen quince minutos, así que apúrense, porque cierro el museo y se quedan adentro.

Algo intimidados, los chicos asintieron y apuraron el paso. Cruzaron la entrada enrejada y se dirigieron hacia el viejo y aristócrata edificio del museo. No había mucha gente en los alrededores, apenas dos o tres visitantes que se sacaban fotos entre las palmeras del patio.



Recién cuando perdieron al guardia de vista, Alicia volvió a hablar:

—Qué viejo amargo.

—Solo está haciendo su trabajo. Mejor seguí contando lo de Clarita.

La chica asintió.

—Ella fue una mujer muy liberal e independiente ya de chiquita. Hacía cosas que en la época se veían como prohibidas... como jugar los mismos juegos que los varones. Sus familiares la castigaban, pero ella insistía. Cuando tenía nueve años, fue obligada a hacer algo horrible: comprometerse en matrimonio con un poderoso empresario argentino, que la cuadruplicaba en edad.

—¿Nueve años? —se sorprendió Vladimir.

—Sí, pero el matrimonio recién se hizo efectivo cuando ella cumplió catorce.

—¡Era una nena igual!

—Era algo común en esa época. No digo que esté bien. Las familias se ponían de acuerdo entre sí y obligaban a sus hijos a casarse, sin que importara si estaban de acuerdo o no. Las chicas eran las que más sufrían. Era una época realmente muy mala para la libertad de las mujeres. Y Clarita sufrió muchísimo.

—¿Qué le pasó?

Ahora estaban subiendo las elegantes escalinatas de mármol que conducían al interior del edificio. Frente a ellos se erigían cuatro largas columnas que sostenían un pórtico circular. La puerta era de madera oscura y tan alta como una casa. Vladimir pensó que sería intimidante ingresar al lugar de noche.

—Para empezar, su marido resultó un cretino abusador y violento —dijo Alicia. Era borracho y le pegaba y la violaba con frecuencia. También la obligó a abortar varias veces; pese a ello, al cabo de casi diez años de matrimonio, tuvieron tres hijos. Un día, ya cansada de tanto abuso, Clarita agarró a sus hijos y regresó a Montevideo. Ahí la esperaba otro tormento, el de una sociedad que no veía con buenos ojos a una mujer sola y con hijos. Para colmo, Clarita empezó a salir con otros hombres y eso avergonzó a su familia, que, junto al marido, decidió sacarle la tenencia de los hijos y encerrarla en un altillo de la casa. Ahí murió sola y, probablemente, loca. Desde entonces, se dice que su fantasma quedó atrapado en esta casona, aunque eso ya es terreno de Dionisio y sus historias de terror —la chica lanzó una risita nerviosa.

Vladimir se había detenido a pocos pasos del interior del edificio. Miraba a Alicia, incrédulo.

—Un momento. ¿Me estás diciendo que este museo era antiguamente la casa donde vivía Clarita?

—¡Claro! —asintió Alicia—. Y ahí, atrás tuyo, está el famoso cuadro pintado por Blanes.

Vladimir se dio vuelta hacia el sitio donde señalaba su amiga. Y se encontró frente a frente con una pintura de aspecto ciertamente inquietante, que mostraba el rostro de una niña que parecía triste y furiosa al mismo tiempo. Sus ojos estaban cargados de angustia y de ira, sus labios estaban curvados en una especie de mueca vengativa. Vladimir, entonces, recordó la leyenda de aquel famoso cuadro, contada por Dionisio en algún asado de verano: supuestamente cobraba vida por las noches, y si alguien lo cambiaba de lugar, algún acontecimiento desgraciado sucedía al poco tiempo.

—Uff, no me gustaría encontrarme con este cuadro a las tres de la madrugada —dijo acercándose un poco para examinarlo.

—No lo toques.

—¿Estás loca? No se me ocurriría tocarlo ni con un palo de escoba. Es... bastante raro. Me da una mala sensación —miró a su alrededor, a las paredes blancas en donde colgaban otros cuadros, las amplias galerías que se adivinaban detrás de unas puertas y el techo alto con algunas manchas amarillas de humedad—. En realidad, todo el lugar me da mala impresión. Como si estuviera...

—¿Embrujado?

—No quería decir esa palabra, pero sí —asintió Vladimir—. ¿Y qué se supone que vamos a encontrar acá?

Es decir, las pistas nos traen al Museo Blanes, pero ¿qué hacemos ahora?

—No sé, pero, si llegamos acá es por algo. Después de todo lo que vimos no sería nada extraño presenciar algún fenómeno inexplicable. Así que sería mejor que nos separáramos. Vos andá a investigar al sótano, que es donde aparentemente guardan las pertenencias de Clarita. Yo voy a buscar en la planta baja.

—¿Te parece? ¿No será peligroso?

—Estamos en un museo. ¿Qué puede pasar de malo? Dale, que tenemos solo quince minutos.

—Está bien —aceptó Vladimir—. Nos vemos en un rato —antes de alejarse hacia la escalera que conducía al sótano, se volvió hacia Alicia: — ¿Es cierto lo que dijeron en el chat? ¿Que vieron una especie de bruja en el cerro Arequita?

La chica se encogió de hombros y luego suspiró.

—Mi parte racional se niega a creer lo que vimos en ese lugar. Pero algo vimos y nos asustamos mucho. Quizás más adelante pueda encontrarle una respuesta lógica.

—Me parece bien de tu parte. Bueno, en un rato nos encontramos acá mismo.

—Ok, suerte.

—Lo mismo digo.

* * *

Alicia quedó sola en el enorme hall del museo. Inspeccionó las paredes en busca de algún tipo de mensaje. Incluso miró los vidrios de las ventanas, pensando

en aquella piedra dentro de la caverna del cerro Arequita que les había mostrado un triángulo, que resultó ser la ubicación de un mapa. Pero no vio nada. El museo estaba silencioso. No había un alma dentro de él. Vladimir ya debía de estar en el otro lado del edificio, haciendo su propia búsqueda.

Pero esos interrogantes fueron silenciados por algo que ella de repente vio de reojo, cerca del cuadro de Clarita. Se dio vuelta rápidamente y entonces se dio cuenta, luego de un breve e inquieto examen, de que Clarita parecía haber cambiado de posición.

Pero eso por supuesto era imposible, porque en realidad Clarita era solo un cuadro pintado al óleo. Y las leyendas que lo rodeaban eran solo eso: mitos que solo podía creer la gente muy crédula.

Pensó que ella no iba a creer tan fácilmente, porque se consideraba una mente racional. Aunque también recordó lo ocurrido en el cerro, aquella mujer que se había transformado en una especie de bruja frente a sus ojos y que la había perseguido durante un horroroso y eterno minuto dentro de la caverna.

—No —se dijo a sí misma—. No se movió. Es solo mi imaginación, que solo está sugestionada.

Decidió seguir investigando; sin embargo, al poco tiempo escuchó un ruido a sus espaldas. Y, cuando se dio vuelta, vio, con incipiente inquietud, que un cuadro ubicado al lado del de Clarita (que mostraba una escena de la independencia de Uruguay) había caído al suelo y que en esa caída se había mellado un borde.

Alicia miró instintivamente a su alrededor, esperando que alguien la acusara (aunque obviamente no había tenido nada que ver con el incidente), pero, cuando vio que no venía nadie, se agachó para agarrar el cuadro y ponerlo en su lugar.

Y cuando observó de nuevo el cuadro de Clarita, notó, al límite de la incompreensión, que el cuadro estaba vacío. Clarita no estaba en él, solamente había un fondo oscuro dentro del marco metálico.

«No puede ser», pensó Alicia, acercándose al cuadro. «Esto no está pasando. El mundo es racional y no pueden ocurrir estas cosas».

Sin embargo, era evidente que sí ocurría algo raro, en ese momento, en ese preciso lugar, porque no había nada en el cuadro.

Ella lo inspeccionó, incluso se acercó un poco y lo tocó, sin conseguir una respuesta coherente a aquel misterio.

En ese momento, sintió un ruido a sus espaldas, pasos que se acercaban lentamente.

Alicia no quiso darse vuelta, le dio muchísimo miedo hacerlo y encontrarse con algo que luego la aterrorizaría durante incontables pesadillas.

Sintió un frío que le recorría la espalda. Y luego una mano helada que se posaba sobre su hombro.

Alicia se dio vuelta, gritando, solo para encontrarse con la nada misma: había sido su imaginación.

—¡Qué susto! —se dijo a sí misma, con una risita nerviosa de alivio—. Creo que me estoy dejando sugestionar por esas historias. Será mejor que busque a Vladimir y...

—Yo existo —dijo de repente una voz a sus espaldas.

Alicia volvió a girar sobre sus talones; parecía una enloquecida muñeca danzarina de una caja de música.

Y se encontró, cara a cara, con un rostro que le resultó algo familiar. Al cabo de un momento, se dio cuenta por qué: era la misma mujer del cuadro, solo que ahora se veía más envejecida. Sus ojos estaban más tristes y tenía canas.

—La gente se niega a verme —dijo aquella extraña, siniestra y triste aparición. Le doy vergüenza a la gente por mi manera de pensar y de ser, pero sé que yo existo.

Alicia, sin poder creérselo aún, retrocedió algunos pasos, trastabilló y cayó hacia atrás.

Y el rostro de Clarita se transformó. Pareció deformarse por el odio y se abalanzó sobre la chica, tendida en el suelo. La agarró de la ropa mientras gritaba:

—¡Yo existo! ¡Yo existo y estoy aquí, y no quiero que nadie más vuelva a ignorarme!

Alicia logró incorporarse y corrió. Corrió por el amplio hall hasta llegar a unas escaleras; sin pensarlo dos veces, subió los peldaños seguida por esa horrible aparición. Se metió en un cuarto oscuro que olía a viejo; en el lugar alcanzó a ver muebles antiguos, una vieja alfombra roída y unos cuadros colgados en las paredes. Al cabo de un tiempo, se dio cuenta del error: ¡acababa de entrar al mismo altillo donde había muerto Clarita!

Pero ya era tarde para retroceder; la aparición subía las escaleras soltando un escalofriante sonido. Alicia cerró la puerta, la trabó arrastrando uno de los pesados muebles y luego agarró su celular para llamar a Vladimir.



Pero, mientras estaba buscando su número, escuchó una respiración a su lado, en la penumbra. Provenía de un rincón. Y cuando Alicia alzó su celular para iluminar el lugar, vio otra vez el rostro congestionado por la ira de Clarita, que la observaba fijamente, sus ojos refulgiendo extrañamente en la oscuridad.

Alicia intentó correr hacia la puerta, pero aquella figura espectral se interpuso, cortándole la salida.

—Por favor, decime que estoy aquí —dijo la mujer—. Que no solo soy una cosa que nadie se atreve a mirar.

—Por favor —suplicó Alicia llorando—. Por favor, dejame ir.

—¡Decime que existo! —rugió la irascible dama, y esto hizo que Alicia llorara aun más fuerte—. ¡Decime que me estás viendo, que soy mucho más que una sombra!

—¡Sí! —gritó Alicia—. ¡Te estoy viendo! Pero, por favor, dejame ir.

—¿Y cómo soy?

—Sos una mujer... ¡eso es lo que veo!

—¿Una mujer vieja o joven?

—De mediana edad... Por favor, por favor...

—¿Y soy bella?

Ante esta pregunta, Alicia la miró entre lágrimas, sorprendida, y asintió con la cabeza.

—Sí. Sos bella. Aunque la tristeza parece haberte quitado parte de tu juventud.

—Es que viví mucho tiempo sola —dijo, al cabo de un momento, Clarita—. Encerrada en este ático, sin poder ver la luz del sol. Viví aquí durante años y más años, y eso aceleró mi vejez. Yo antes era más bonita, los hombres suspiraban por mí. Cuando era joven, pensaba llevar una vida rutilante, llena de amor y aventuras. Pero la realidad fue distinta. Y terminé muriendo de soledad y tristeza en este altílo horrible, lejos de mis hijos, de la vida.

—Yo... yo también hubiese enloquecido si me pasaba algo así —dijo Alicia, sin saber por qué. Una parte de ella se negaba a creer que estaba hablando con un espíritu. Quizás se había vuelto loca de repente—. Creo que no hubiese durado siquiera un mes. Y creo que te comprendo en lo que respecta a la mirada de los demás. Yo misma lo sufro. Muchas veces, me siento ignorada por el solo hecho de que mi familia no es lo que todo el mundo está acostumbrado a ver, o que espera. Porque mis padres... ellos son dos hombres que se aman. Y mucha gente no puede entender este hecho, incluso les da rabia. Entonces me ignoran y hacen de cuenta que yo no existo. Como te pasa a vos. Creo que entiendo tu dolor, pero, por favor... dejame ir.

Ante estas palabras, Clarita pareció retroceder un poco y sus ojos perdieron luminosidad. Pareció avergonzada.

—Sí —dijo, llorando ella también—. Perdón. No quise asustarte. Solo quiero entregarte esto.

Y de su cuello sacó un collar, que depositó en las manos de Alicia.

—Este collar me acompañó durante mis últimos años de vida —explicó—. Lo usaba para medir el tiempo. Tiene exactamente treinta cuentas. La única persona que me visitaba era un abogado. Venía una vez al mes y cada vez que lo veía marcaba una perla. Una al mes... Yo soñaba con que me liberaran antes de que se me acabaran las perlas del collar, pero eso nunca sucedió —Clarita le extendió el collar de perlas.

—Gracias —dijo Alicia—. Eso creo... Pero ¿por qué querés darme este collar?

—Quizás te sirva como me sirvió a mí. El tiempo es algo que nadie puede controlar y las medidas que adoptamos para medirlo son solo ficción. Pasé años encerrada en este ático, que me parecieron siglos, y ahora solo segundos. Quiero que te lleves este collar y que recuerdes que sigo existiendo.

—Está bien —dijo Alicia desconfiada, mirando hacia la puerta—. Ahora, ¿vas a dejarme salir?

Clarita no dijo nada.

Alicia se acercó con extrema cautela a la puerta, corrió el mueble y estiró la mano para alcanzar el pomo. Miró hacia atrás, pero no había nadie.

Se apresuró a salir por la puerta, con la convicción de que una mano saldría de la oscuridad y la agarraría por el cuello. Pero no pasó nada de esto y cuando finalmente miró hacia las escaleras, se sobresaltó al ver que una sombra se abalanzaba sobre ella.

Creyendo que era Clarita, Alicia gritó con todas sus fuerzas. Pero luego se dio cuenta del error: era Vladimir, que la miraba asustado.

—¿Qué te pasa? —le dijo el chico, agitado—. ¿Dónde estabas? ¡Hace una hora te estoy buscando, el guardia del museo está furioso!

—¿Una hora? —se extrañó Alicia—. No es posible, yo estuve aquí dentro por solo unos minutos...

Pero calló al ver que por los ventanales el día ya se había ido y que las farolas iluminaban la calle. Miró el reloj de su celular: ¡Vladimir tenía razón: habían pasado sesenta y siete minutos!

—Yo... —empezó Alicia, mirando hacia el lugar donde había tenido esa extraña charla con un espíritu. Pero luego negó con la cabeza: —Acaba de pasarme algo extraordinario.

—¿Qué?

—Primero vayamos al encuentro de los demás —dijo Alicia, caminando decidida hacia la salida—. Prometo que en el camino voy a explicarte.

Luego de la aventura llega el reencuentro para el regreso.

**Si querés reencontrarte con el grupo,
de regreso a Cabo Frío, saltá a la página 177 →**

Si querés saber de Wendy y Dionisio, volvé a la página 135 ←

**Si querés saber qué les pasó a Salvador y Viktor,
continúa en la página siguiente →**

SALVADOR Y VIKTOR EN EL PARQUE RIVERA

Salvador y Viktor no se llevaban muy bien. Eran como el día y la noche. A Salvador le interesaban los deportes y las historias de la Segunda Guerra Mundial; a Viktor, solo dormir. Salvador hablaba y Viktor callaba o subía el volumen del estéreo. Salvador estaba de buen humor y Viktor estallaba:

—No puedo creer que estos pendejos me hicieron llevarlos a la Gruta del Palacio. ¡Y ahora tengo que ir a un parque con un enano insoportable!

—No es cualquier parque. Mi hermano dijo que es el lugar donde vive la Llorona.

—Uy, sí, la Llorona. ¡Un cuento para viejas que no asusta a nadie!

—Si la tuvieras frente a frente, creeme, te desmayarías —insistió Salvador.

—La otra noche tomé diez cervezas y no me desmayé, ¿creés que me desmayaría por ver a una vieja en camisón? —se burló Viktor.

—No es una vieja, es una mujer joven. Mi hermano me contó toda la historia, ya que él es experto en leyendas urbanas.

Viktor chasqueó la lengua, burlón. Estaban a unos pocos kilómetros del parque Rivera, según el GPS. Salvador creyó

que aún tenía tiempo de contar la historia de la Llorona que le había contado Dionisio:

—Dicen que la mujer realmente existió. Vivía en una casa cercana al barrio del parque. Estaba felizmente casada y tenía dos hijos. Un día, mientras ella estaba trabajando, recibió un llamado de urgencia. Le avisaron que algo malo había pasado en su casa. La mujer corrió desesperada para encontrarse con una escena desgarradora: su casa estaba rodeada de cinta policial, estaba llena de policías y ambulancias. Casi se murió de un infarto al verlo.

—Sos chiquito, pero contás bien —admitió Viktor, rascándose la cabeza—. Lástima que ves muchas películas de fantasía.

—La mujer pasó por la valla policial y se acercó a la casa —continuó Salvador, envalentonado por el elogio a medias que acababa de hacerle Viktor—. Dentro, vio un enorme charco de sangre y a los paramédicos que rodeaban el cuerpo de su marido. Había sido asesinado, al parecer por unos ladrones que habían entrado a la casa. Lo peor de todo era que nadie sabía dónde estaban sus hijos. Habían desaparecido misteriosamente y algunos policías creían que se los había llevado el ladrón.

Viktor hizo como que bostezaba y luego bajó el volumen de la radio. La historia le interesaba, aun así no quería dar el brazo a torcer:

—Me cansé de escuchar música. Vengo escuchando música todo el viaje, un poco de silencio no viene mal.

—Buscaron a los chicos por todos lados. La Policía tenía pistas brindadas por los vecinos: algunos decían que

se había escapado en un auto rojo; otro, que andaba en bicicleta; otro juró haber visto a una camioneta con los chicos atados atrás. Hasta que alguien mencionó al parque Rivera: los chicos podían andar por ahí, asustados o quizás en manos del criminal.

La Policía inició un rastrillaje en medio de la noche. Los vecinos de la cuadra también ayudaban y se cuenta que esa noche había cientos de linternas escaneando el lugar. El parque al parecer es enorme, de unas siete hectáreas, según mi hermano, y tenía muchos escondites. La madre, mientras tanto, estaba desesperada. Y su desesperación se volvió terror cuando alguien vio unas huellas cerca del lago: creían que el criminal había arrojado a los chicos al agua.

Se inició entonces otro operativo, esta vez con buzos de la Prefectura, que buscaban en el fondo del lago. Pero no encontraron nada y, al cabo de unos meses, dejaron de buscar, porque se habían quedado sin pistas.

Pero la madre nunca dejó de buscar. Estaba convencida de que sus hijos seguían vivos en algún lugar del parque. En su locura, creía que había un escondite en el centro del lago y que sus hijos estaban secuestrados allí. Una noche, ya no aguantando más el dolor y la desesperación, decidió entrar al lago para rescatarlos. Tenía puesto un largo camión blanco, porque ella estaba en la cama en el momento en que decidió salir de su casa para meterse al agua. Y ya no volvió a salir con vida. De hecho, nunca volvió a salir, porque jamás encontraron el cuerpo.

Aunque sí mucha gente volvió a verla. Pero ya en forma de un espíritu desesperado y enloquecido por el dolor.



Gritando por sus hijos y clamando venganza por lo que habían hecho con su familia. Dicen que por las noches, en el parque, puede verse su figura blanca flotando y llorando entre los árboles. Y es por eso que muy pocos vecinos se animan a meterse en el parque después del anochecer...

Viktor se había quedado callado. Conducía el auto mirando fijamente hacia adelante; se escuchaba el ruido de los neumáticos al rodar sobre el asfalto.

—¿Y bien? —dijo Salvador al fin—. Ahora creés en la leyenda, ¿o no?

El joven iba a responder cuando la voz del GPS lo interrumpió: solo debía girar a la izquierda y estarían en la entrada del parque.

—Bueno, enano, acá te dejo —anunció el muchacho, estacionando la camioneta a un lado de la calle—. El parque es todo tuyo. Andá a buscar el tesoro de los piratas o lo que sea que viniste a hacer.

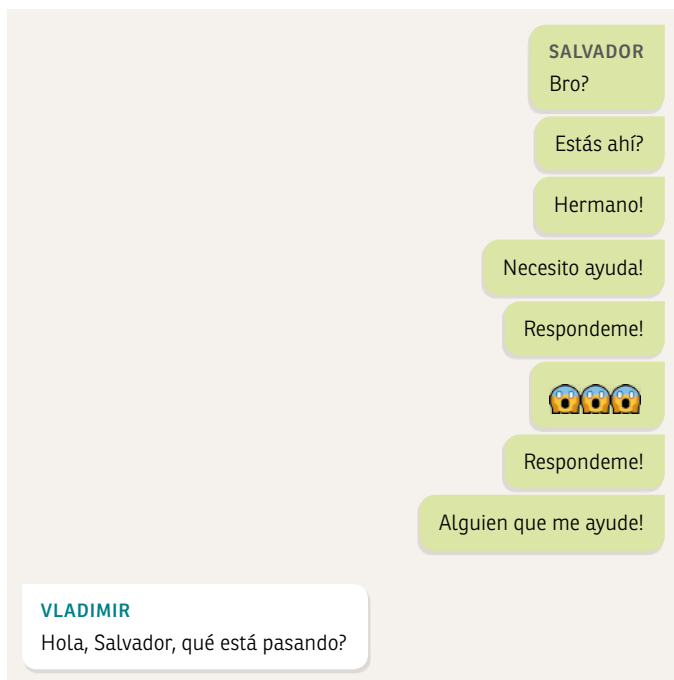
—¿Qué? ¡No vas a dejarme solo!

—Claro que sí. Manejé todo el día y estoy cansado. Ahora, en marcha. Si no volvés en media hora, llamaré a la Policía y a tus papis. ¡Adiós!

Salvador no tuvo otra opción que ir al parque solo. No le daba miedo la leyenda de la Llorona, pero hubiese preferido estar acompañado...

* * *

20 minutos después...



VLADIMIR

Dónde estás??

SALVADOR

Por fin alguien me responde!

SALVADOR

Acá en el parque!

VLADIMIR

Qué pasó?

SALVADOR

Alguien me está siguiendo!

VLADIMIR

En el parque??

Dónde está Viktor?

SALVADOR

No sé



No responde mis mensajes,
debe de estar dormido!

VLADIMIR

Pedí ayuda a alguien!

SALVADOR

No hay nadie acá, el parque está vacío! 🤖

VLADIMIR

Tu hermano dónde está?

SALVADOR

No sé, tampoco responde! 🤖🤖

VLADIMIR

Está bien

Cálmate

Decime exactamente quién es esa persona que te sigue

SALVADOR

No sé muy bien 🤖🤖

Estaba investigando en el parque

Había llegado a una parte en donde hay un reloj de sol

Y después empecé a sentir como que alguien me miraba desde los árboles

Me fui del lugar sin mirar atrás

Y al rato sentí ruidos de pisadas detrás de mí

Iban muy rápidos, me estaba corriendo!

Así que yo también corrí

Y me metí en unos baños y cerré la puerta

Pero ahora esa persona está ahí afuera!

VLADIMIR

Voy a llamar a la Policía, no te preocupes!

SALVADOR

Sí, por favor!

Vlad? Estás ahí?

VLADIMIR

Salvador!

Logré comunicarme con la Policía, dicen que van a mandar un móvil de inmediato

SALVADOR

Vlad, están golpeando la puerta y queriendo entrar!

Vi quién está ahí afuera, la vi por la cerradura

Creo que es la Llorona! 🤖🤖🤖

VLADIMIR

Salvador, eso es solo una leyenda!

No salgas de ahí, tratá de aguantar que ya llega la ayuda!

Llamé a tu hermano, pero no me contesta, dónde estará el imbécil???

SALVADOR

Vlad, se escucha algo desde el otro lado de la puerta!

Es como un llanto, no escuchás?



Es la Llorona, lo sé! 🧐🧐

Va a tirar la puerta abajo, mejor me salgo por la otra ventana!

VLADIMIR

No, Salvador, no lo hagas!

Esperá que llegue la Policía!

Salvador?

Salvador, contestame!

SALVADOR

Estoy acá

Creo que me voy a morir de miedo,
necesito ayuda ahora mismo!

Atrás del baño hay un bosque oscuro

La cosa me está siguiendo, creo que me quiere matar!



VLADIMIR

Qué es eso?

Qué es eso, Salva?

Aguantá que ya llega la ayuda!

Salva!

Luego de filmar el vídeo con su celu, Salvador corrió. Corrió con todas las fuerzas de sus piernas, llorando y clamando por su madre. A pesar de su aparente madurez y aplomo, era solo un niño y ahora estaba muy asustado y fuera de control. Corrió a través del bosque oscuro hasta llegar a la orilla de un lago, entonces lo recordó: ¡era ahí donde se había ahogado aquella mujer que buscaba a sus hijos!

Escuchó un grito, un horrible lamento y luego se dio vuelta. Una mujer envuelta en unas telas andrajosas se acercaba rápidamente, flotando en el aire. Emitía un grito lastimero y horrible que le heló la sangre de las venas. La mujer extendió los delgados brazos como para envolverlo en un abrazo y Salvador cerró los ojos, pensando que aquel sería su fin.

Quizás se desmayó, porque cuando volvió a abrir los ojos, estaba más cerca del lago. Había caído de espaldas y una mano lo sujetaba firmemente por el tobillo, y lo arrastraba por el fango rumbo al centro del lago.

—¡No! —gritó Salvador, intentando aferrarse a lo que fuera—. ¡Dejame ir!

Pero la mujer de blanco no le prestó atención y siguió arrastrándolo por el barro. Salvador vio que era alta, sus brazos eran delgados y huesudos, pero fuertes. Su camión blanco ondeaba bajo el influjo de una brisa fresca. Sus dedos, firmemente cerrados sobre el tobillo de Salvador, eran largos y terminaban en unas uñas negras y afiladas. El cabello de la mujer también era largo y negro, y le cubría gran parte del rostro como un velo.

¿Sería realmente la Llorona? ¿Acaso aquella leyenda se había hecho realidad?

Salvador intentó agarrarse a la orilla una vez más, pero la tierra estaba resbaladiza y era imposible sujetarse. Sintió que el agua fría empapaba sus ropas y un terror elemental se abrió paso a través de su garganta.

—¡Por favor! ¡Por favor, mamá, ayúdame!

En el torbellino de su horror, el niño llamaba inútilmente a su madre, aunque ella estaba a más de trescientos kilómetros de distancia.

La mujer, sin embargo, no detuvo la marcha. Siguió arrastrando a Salvador hasta el medio del lago, donde de repente lo hundió hacia las profundidades, siempre agarrándolo del tobillo.

El agua estaba fría y pronto Salvador se quedó sin aliento. Debajo del agua gritó y de su boca salieron burbujas. La mujer lo arrastraba cada vez más hacia el fondo, cada vez más, hasta que el niño sintió que perdía la consciencia.

De repente, su desesperación y miedo cesaron. Se vio envuelto en una calma asombrosa, casi como en paz. El agua



a su alrededor se arremolinaba y le envolvía el cuerpo, como un suave masaje.

Supo que se estaba ahogando. Había leído que era así como se sentían los ahogados antes de morir: en paz. Alcanzó a ver que la mujer, bajo el agua, volvía su rostro hacia él. Y, a pesar de que era horroroso, Salvador comprendió que sentía un profundo dolor. De sus ojos salían lágrimas de sangre, que rápidamente se disolvían en el agua del lago. Recordó lo que le había contado su hermano: la madre había enloquecido por la desesperación y seguía buscando a sus hijos desde el más allá, en una búsqueda frenética y muy desafortunada.

La criatura extendió un brazo y luego, en un susurro burbujeante (que resonó más que nada dentro de la mente confusa de Salvador) preguntó: «¿Hijo?».

Y entonces el chico entendió. Comprendió que realmente estaba frente a la presencia de aquella misteriosa leyenda, que de alguna manera se había hecho carne y

ahora creía que él era uno de sus hijos perdidos. Quiso gritar que él no era uno de sus hijos, que él tenía madre propia, pero solo salieron más burbujas de su boca, que ascendieron rápidamente hacia la superficie.

Sin embargo, la mujer pareció entender su desesperado mensaje, porque soltó un escalofriante grito de dolor y de muerte. Dejó en libertad el tobillo de Salvador, al tiempo que con su mano gélida y huesuda le agarró una mano, la abrió y le colocó algo suave y húmedo en la palma, antes de cerrársela. Acercó su rostro tan cerca que Salvador iba a chocar su cara contra la del espanto devenido en mujer.

Lo último que Salvador vio de ella, antes de perder la consciencia, fueron sus ojos: eran los de una mujer condenada a un dolor eterno e injusto. Sintió lástima por ella y también comenzó a llorar, porque entendió que la peor pena que puede sentir una madre es la muerte de sus hijos.

«Lo siento, señora», quiso decir. «Ojalá algún día pueda encontrarlos».

Y luego el rostro de la Llorona y el lago mismo desaparecieron, y Salvador se vio envuelto en una cálida y casi agradable oscuridad.

Lo despertaron unas manos que presionaban fuerte sobre su pecho, una y otra vez. Abrió los ojos. Era Viktor, que le practicaba una suerte de torpe e inexperta resucitación cardiopulmonar, masajeando el lado equivocado del pecho, o sea, el derecho.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Salvador, incorporándose de repente, y mirando alarmado hacia el lago. Estaban en la

orilla y tanto él como Viktor se encontraban empapados—. Así no se hace el RCP..

—Ay, menos mal, casi me hacés morir del susto... —dijo, jadeando, Viktor—. ¿Estás loco o qué? ¿Por qué te metiste en el lago? ¿Querías ahogarte? Menos mal que te vi a tiempo... ¡Tu hermano me va a matar!

Antes de que Salvador pudiera contestar, escucharon las sirenas de la Policía que se acercaban.

Viktor miró al niño amenazante:

—¡Espero que esto no tenga nada que ver con vos!

—Solamente puedo decirte una cosa: ¡corramos!

Y Salvador, ya recuperado totalmente del incidente (aunque algo mareado) se puso a correr en dirección a la salida del parque, ayudado por Viktor, que no entendía nada y solo quería matar a ese chico que acababa de ponerlo en un gran aprieto.

Tan asustado estaba Salvador que no se había percatado de que una de sus manos sujetaba fuertemente algo húmedo, suave y fibroso, de donde caían unos delgados hilos de agua del lago. Recordó a La Llorona y aquello que había depositado sobre la palma antes de cerrársela; entonces frenó en seco mientras Viktor, sin interrumpir su corrida, se perdía en medio de aquel solitario mar de árboles. Con total estupor, Salvador abrió lentamente la mano y entonces los dedos dejaron al descubierto lo que parecía ser un antiguo escarpín de bebé de color celeste. Un grito de Viktor que se coló entre los árboles le recordó al niño que tenía que continuar con su huida y fue así que sus piernas volvieron

a ponerse en marcha y retomaron el ritmo frenético que solo una persona desesperada puede alcanzar.

Pronto dejaron atrás el gran parque y la terrible leyenda de una mujer que sufría en la fría oscuridad del lago, buscando a sus hijos.

Si querés reencontrarte con el grupo,
de regreso a Cabo Frío, continuá en la página siguiente →

Si querés saber qué les pasó a Wendy y Dionisio,
volvé a la página 135 ←

Si querés saber qué les pasó a Vladimir y Alicia,
volvé a la página 149 ←

LA VUELTA A CABO FRÍO

El grupo estaba exhausto, pero claramente emocionado. Cada uno, en la camioneta de Viktor, contaba sus experiencias y trataba de sacar conclusiones, aunque ninguno llegaba a nada en concreto.

Dionisio contó lo que le había sucedido en el castillo Pittamiglio. Durante su exploración, había caído desde el primer piso hacia el enorme hall de planta baja. Había perdido momentáneamente la conciencia y había tenido un extraño sueño en el que jugaba una partida de ajedrez con la Muerte. Lo peculiar era que las piezas eran de tamaño real. Había caballos, hombres enfundados en armaduras medievales que representaban a los alfiles, y los reyes y las reinas eran hombres y mujeres vestidos como tales. Al principio, dijo, la Muerte le iba ganando, pero luego recibió ayuda de su rey y terminó por derrotarlo. Para evitar que su amigo Vladimir se angustiara, omitió decir que, en el sueño, el rey era su abuelo. Sabía que su amigo se pondría triste al recordarlo.

Dionisio era por lejos el que más había padecido durante aquel viaje: primero se le había desmoronado una cueva encima (en la Gruta del Palacio) y luego había caído desde el primer piso del Pittamiglio. Increíblemente, apenas si había recibido unos rasguños y su hombro se había salido de lugar, aunque lo había arreglado con un rápido movimiento de su brazo, ayudado por Wendy. Pero ahora

pagaba las consecuencias: estaba muy cansado y apenas podía mantener los ojos abiertos.

Alicia, por su parte, contó lo que había visto en el museo de Blanes: a la misma Clarita, la chica del cuadro, que la había perseguido, la había encerrado en el altillo y le había impedido escapar. Luego de tener un extraño y alucinante diálogo con ella, le había dado un collar, que ahora apretaba en su puño como si fuese un poderoso amuleto. Lo mostró a los demás, que lo examinaron asombrados mientras lo pasaban de mano en mano.

Finalmente, Salvador contó la peor experiencia de todas: había tenido un encuentro con la mismísima Llorona, en el Parque Rivera. La mujer lo había arrastrado hacia las profundidades del lago y Salvador, a duras penas, había sido rescatado por Viktor, quien luego compró a las apuradas unas ropas en una tienda cercana, porque ambos estaban empapados.

—¿Te caíste al agua? —se horrorizó Dionisio—. ¡Mamá nos va a matar!

—No me caí, ¡sino que la Llorona me arrastró, me quería ahogar como a sus hijos!

Ante estas palabras, desde el asiento del conductor, Viktor comenzó a reír.

—¿De qué te reís? —le respondió Wendy—. ¡No es gracioso! ¡El chico pudo haber muerto!

—Me río porque todos ustedes están locos —dijo Viktor—. ¿Un cuadro que se mueve? ¿Una partida de ajedrez con la muerte? ¿La Llorona? Chicos, creo que todos ustedes están para el loquero.



—¡No estamos locos! —dijo Wendy, indignada—. ¡Sé muy bien lo que vi!

—Y no solo vimos algo... También escuchamos unos cánticos terroríficos en la Gruta —intervino Alicia. Acto seguido reprodujo el sonido grabado con el celular. Parecían ecos lejanos de llantos y algunas voces guturales inentendibles. Pero el ruido ambiente y una especie de interferencia no dejaba escuchar con claridad.

—¿Qué es eso? —preguntó Dionisio, extrañado.

—La bruja que vimos en el Arequita. Hablaba en un dialecto raro, acá no se escucha bien, pero en la caverna se escuchaba perfecto y te taladraba los oídos.

—Es cierto —dijo Wendy—. ¡Era horrible!

—¿Me lo reenvías? Tengo un amigo que es productor de bandas musicales y es un experto trabajando el sonido. Se lo voy a enviar para que trate de limpiarlo un poco. Estoy seguro de que esos cánticos eran para nosotros.

Luego de recibir el audio, Dionisio lo reprodujo bien cerca de su oído, pero no logró entender nada. Al

terminar, se lo envió a su amigo y también le dejó un mensaje de audio:

«Max, amigo, preciso que me ayudes con este audio. Es importante. No logro determinar lo que dicen esas voces, pero necesito hacerlo. Sé que es raro, pero después te cuento». Los audios fueron enviados y entraron en el chat de Max, pero al parecer no estaba en línea en ese momento.

—Jajaja —rio Viktor—. Déjense de joder, esos ruidos eran unos grillos o algún insecto. Basta de delirar, por favor.

—¡No estamos delirando! —dijo Salvador—. Estoy seguro de eso.

—¿Y qué pruebas hay al respecto? Solo ese tonto audio ¿o tienen algo más? —los desafió Viktor.

—¡Esto! —dijo Alicia triunfal, mostrando el viejo collar de perlas—. ¡Clarita me dio esto antes deirme!

Viktor miró lo que le mostraba la chica a través del espejo y luego se encogió de hombros.

—Eso no muestra nada. Pudiste haberlo sacado del museo.

—Esperá —intervino Dionisio—. ¿Qué me decís de esto?

De su bolsillo sacó el viejo pergamino que le había dado la mujer indígena en la Gruta del Palacio. Viktor se echó a reír.

—¡Es solo un papel viejo!

—¡Tengo la prueba definitiva! —gritó, de pronto, Salvador—. ¡Le saqué una foto a la Llorona, jaque mate!

Le mostró, a través del celular, una foto que había sacado esa misma tarde, en el parque.

—¿Esto es una joda, no? Ahí no se ve nada, es solo un reflejo del sol.

—Pero...

Salvador miró con atención la foto y se dio cuenta de que Viktor tenía razón: ¡la Llorona en la foto había desaparecido, ahora solo se veía una especie de niebla reflejada por los rayos solares!

Los otros chicos examinaron la foto que Salvador había enviado al grupo y llegaron a las mismas conclusiones. Revisaron el video del baño de la escuela: lo mismo, solo se veía algo borroso, como un destello. El mensaje encriptado y la palabra «Ayuda» habían desaparecido.

—Les voy a hacer una pregunta —dijo Viktor, regodeándose en su victoria—. Además de ustedes, ¿alguien más vio esos supuestos «fenómenos» paranormales o como quieran llamarles?

El grupo pensó en su pregunta. Llegaron a una conclusión para nada alentadora: Viktor tenía razón. Nadie aparte de ellos había visto nada. En la escuela, ningún maestro o algún otro alumno había mencionado algo sobre el espejo. En la Gruta del Palacio, solo Dionisio había visto a la princesa indígena; el guardia que lo había rescatado dijo que estaba solo en la cueva. En el cerro Arequita, solo Wendy y Alicia habían visto a la bruja, porque el cuidador apareció después. Lo mismo con las experiencias en el Museo Blanes, el Castillo Pittamiglio y el Parque Rivera: cuando Viktor rescató a Salvador, él no vio nada en las aguas, solo al chico que se estaba hundiendo.

Ante el silencio elocuente de los demás, Viktor lanzó una última risotada y luego negó con la cabeza.

—Lo repito: están para el loquero, chicos. Ustedes se contaron historias de terror y se sugestionaron. No se preocupen, no es tan grave como parece. Pero, por favor, ¡cómo voy a reírme de ustedes el resto del año!

Sin dejar de reír de manera alocada, Viktor aumentó el volumen de la radio y aceleró la camioneta, dejando a los chicos mudos y sin saber qué decir, totalmente apesadumbrados.

* * *

El resto del viaje lo hicieron en silencio. Ya había caído la noche y las luces de los automóviles surcaban la autopista. Viktor tarareaba sus canciones de rock ya pasadas de moda. Dionisio había caído en un sueño pesado, víctima de sus aventuras de ese día. Los otros miraban sus celulares casi sin ver y de vez en cuando se mensajaban a través del grupo:

VLADIMIR

Y si Viktor tiene razón? Y si estamos locos e imaginamos todo?

ALICIA

Yo estoy segura de lo que vi

Estoy segura!

No fue una maldita alucinación

WENDY

Pero y las fotos? Y los videos? Por qué ahora aparecen como borroneados?

VLADIMIR

Creo que somos unos idiotas. Eso es lo que pasa. Pensábamos que estábamos viviendo algo único e importante y solo fue como un sueño!

Los mensajes tenían un tono cada vez más acongojado. Finalmente, dejaron de escribirse y se limitaron a observar el paisaje a través de las ventanillas de la camioneta.

Cuando llegaron a Cabo Frío, la noche se había cerrado y una oscuridad agobiante rodeaba las calles del pueblo. Viktor dejó a las chicas primero (que se despidieron con un cansado y tímido saludo), luego a los hermanos Dionisio y Salvador, y finalmente enfiló a su propia casa, con un enmudecido Vladimir sentado a su lado.

Estacionó la camioneta en el garaje y luego se bajó. Como su hermano no hacía ademán de moverse, le dio un golpe en la nuca a través de la ventanilla abierta.

—Ey, ¡bajate de una vez! Tengo que cerrar la camioneta y después me voy a dormir unas cuarenta y ocho horas. ¡Vos y tus aventuras de Indiana Jones y los cazadores de la mentira perdida!

Rio de su propia ocurrencia. Luego, al ver que Vladimir no lo acompañaba en la risa, le dio una palmada reconciliatoria en el hombro:

—Vamos, bro, yo también en algún momento de mi vida creí ver cosas... ¡cuando estaba fumado!

Se alejó riéndose a carcajadas; Vladimir pensó que era un idiota, aunque quizás tenía razón.

El chico fue a su habitación y se encerró. Lo ocurrido durante ese día le daba vueltas en la cabeza. ¡No podía haber sido todo producto de una alucinación colectiva, algo de cierto debía de haber!

Cuando estaba por dormirse, escuchó que llegaba una notificación a su celular. Era Dionisio:

DIONISIO

No fue una alucinación

VLADIMIR

Eso quisiera creer, bro

Pero mi hermano tiene razón!

DIONISIO

Te digo que no lo fue

Soñé con algo

Hacía rato no tenía sueños como estos

VLADIMIR

Vos te referís a... esos sueños?

Los que a veces son como premoniciones?

DIONISIO
Sí!

VLADIMIR

Dionisio, la verdad, ya no estoy para creer nada

DIONISIO

Pero vos sabés que estos sueños son especiales!

Tenés las pruebas

Cuando soñé que se iba a derrumbar
el edificio de la vieja escuela!

O cuando soñé que se venía un virus que iba a
afectar el mundo

Eso lo soñé un año antes de que ocurriera, no podés negar eso!

VLADIMIR

Ok

Sí. Ponele

Pudo haber sido casualidad

Pero supongamos que no, y que aún sigo siendo un niño que
se cree todo

Qué soñaste ahora?

DIONISIO

Soñé con la mansión

VLADIMIR

Qué mansión?

DIONISIO

La mansión Drayton!

VLADIMIR

Mmmm. Y?

DIONISIO

Había algo

Había algo ahí

Algo muy importante!

Era como la última pista antes de llegar a la verdad!

VLADIMIR

No lo sé, bro

Ya todo esto es muy confuso

Estoy muy desanimado

DIONISIO

No dejes que Viktor tire abajo todo lo que creímos!

Esta noche voy a ir

VLADIMIR

Ahora? 😬

DIONISIO

Sí!

VLADIMIR

Estás loco!

Me da miedo ese lugar

DIONISIO

A mí también

Pero quiero ir

En el sueño, alguien me decía que era ahora o nunca

Y, si no voy, me voy a arrepentir toda la vida!

VLADIMIR

Ufff. Bueno

Aguantame que me cambio y te paso a buscar

Les decimos a las chicas?

DIONISIO

No

VLADIMIR

Por qué no?

DIONISIO

Ellas van a ir al liceo

VLADIMIR

Quééé 🤔

Cuándo decidieron eso?

DIONISIO

Alicia me escribió hace unos diez minutos

Ella cree que algo se nos pasó por alto ahí

También tiene la sensación, al igual que yo, de que todo va a terminar esta noche!

Ya sea para bien o para mal

VLADIMIR

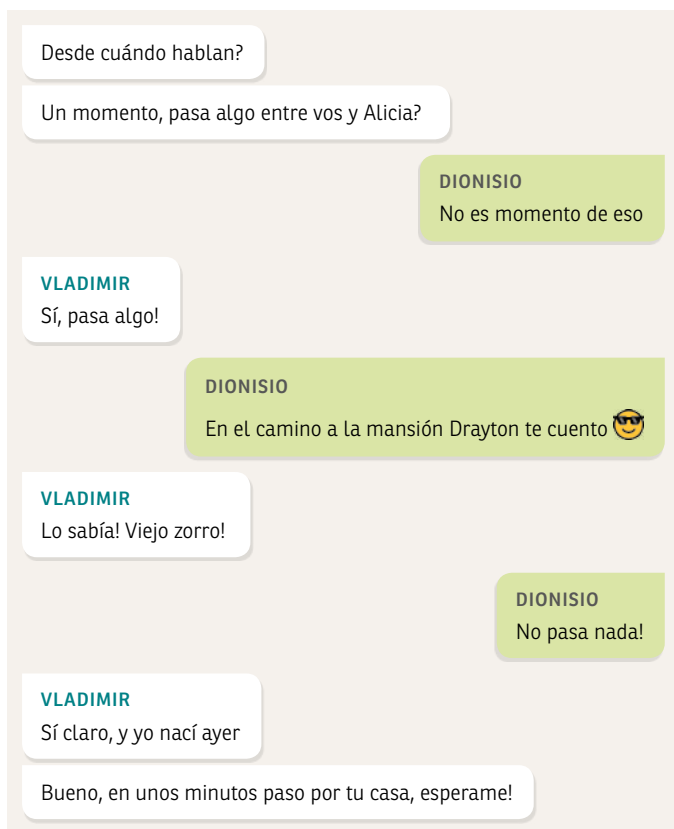
Y por qué no lo escribió en el grupo?

DIONISIO

No sé

VLADIMIR

Vos y Alicia se están mensajeando en privado?



Si querés seguir con Wendy y Alicia,
continúa en la página 193 →

Si querés continuar con Vladimir, Dionisio y Salvador,
saltá a la página 201 →



CAPÍTULO 5
ESPEJOS MISTERIOSOS
EN CABO FRÍO



WENDY, ALICIA Y EL ESPEJO DEL LICEO DE CABO FRÍO

Cuando Alicia pasó a buscar a Wendy por su casa, la noche estaba bastante avanzada. La luna apenas se veía a través de jirones de nubes negras. El pueblo estaba dormido y en silencio.

Alicia golpeó con una piedrita la ventana del dormitorio de Wendy. En tiempos de redes sociales, aquel rudimentario medio de comunicación había quedado obsoleto, pero a las chicas les seguía pareciendo divertido. Como Wendy tardaba en salir, su amiga volvió a arrojar más piedras.

Al rato, Wendy apareció con su típica indumentaria: pantalones anchos de color negro y una musculosa con el logo de una ONG vegana.

—Perdoname —le dijo—. Estaba dándole de comer a mi conejo. Desde que llegué se estuvo comportando en forma rara, no sé qué le pasará.

—Seguro te habrá extrañado. No te vio en todo el día.

—Puede ser —se encogió de hombros Wendy—. Pero en realidad creo que está percibiendo algo raro en el aire.

—¿Algo raro? ¿Como qué?

—¿Vos no lo sentís? Es como que está a punto de pasar algo importante.

—La verdad, no siento nada —dijo Alicia, incómoda—. Mejor vayamos al liceo, antes de que se haga más tarde.

Wendy estuvo de acuerdo y juntas caminaron las diez cuadras que las separaban del liceo de Cabo Frío.

En el camino, Wendy observó que Alicia miraba su celular y sonreía, por lo que ella también sonrió, cómplice.

—Es Dionisio, ¿no?

—¿Qué? —dijo de inmediato Alicia, sorprendida—. ¿Cómo sabías?

—Sé que algo pasa entre ustedes dos. Te iba a preguntar, pero preferí que me lo contaras vos.

—En realidad, no pasan muchas cosas —sostuvo Alicia, la mirada fija al frente, totalmente sonrojada—. Solo nos hicimos buenos amigos.

—Hmmm... Bueno, ya me vas a contar.

—¡Es que no hay nada para contar! —dijo Alicia, soltando una involuntaria risotada.

—¡Lo sabía!

Las chicas llegaron risueñas y entre risas llegaron al liceo de Cabo Frío, cada una contando historias de amor y anécdotas graciosas con los chicos. Sin embargo, cuando vieron la fachada del edificio, alta y cuadrada como una gran caja, de repente callaron.

De noche, el liceo parecía otra cosa. Algo más amenazante y perturbador. Como una especie de hospital abandonado.

—Mejor entremos —dijo Alicia—. Antes de que me agarre el miedo.

—¿Qué es lo que esperás encontrar acá?

—No sé. Es como un presentimiento que tengo. Eso es algo raro en mí, porque nunca me dejo llevar por ese tipo de cosas.



—Bueno, pero los presentimientos son muy importantes también —dijo Wendy—. Es más, yo me dejo llevar mucho por la intuición.

—Sí, lo sé perfectamente —Alicia puso los ojos en blanco y luego miró hacia la puerta cerrada del edificio—. ¿Por dónde entramos?

—Conozco una ventana en la parte de atrás que se puede abrir desde afuera.

Rodearon el edificio silencioso y oscuro hasta llegar a la ventana indicada por Wendy. Era un ventanal alto, cubierto de polvo, que tenía un postigo falseado. La chica lo abrió sin problemas y fue así como entraron a la escuela.

El lugar estaba frío. Solo algunas luces en los pasillos iluminaban las aulas. Alicia quiso encender una lámpara, pero Wendy la detuvo:

—Nos va a delatar. Mejor hagamos esto rápido. ¿A dónde querés ir?

—Creo que es más que evidente que tenemos que ir al baño. Ahí fue donde empezó todo, donde viste lo del espejo.

—La verdad, me da miedo ir —dijo Wendy—. Pero te voy a acompañar, no te voy a dejar sola.

Recorrieron el largo pasillo que conectaba las aulas de planta baja hasta llegar al baño de chicas, donde se detuvieron frente a la puerta cerrada.

—Bueno —suspiró Alicia—. Es el momento. ¿Estás segura de querer entrar?

—Sí —respondió Wendy, tragando saliva—. Ya es tarde para retroceder. Además...

Estaba por terminar su frase cuando de repente escucharon un ruido dentro del baño. Como si algo se acabara de caer. Un balde. O quizás era una de las puertas de los compartimientos de los inodoros que acababa de cerrarse.

Las chicas se miraron sorprendidas.

—¿Habrà alguien ahí? —murmuró Alicia.

—No creo —dijo Wendy, acercándose a la puerta para escuchar—. Capaz que fue una rata.

Se quedaron un rato más frente a la puerta, a la espera de escuchar un nuevo ruido. Pero como no volvió a pasar nada, se decidieron a entrar.

Dentro, el clima era mucho más espeso. Como si un rayo de tormenta estuviera a punto de impactar en el lugar. Una de las canillas de los lavamanos goteaba. Había un olor penetrante a desodorante de pino.

—Vi todo en el espejo —dijo Wendy, señalándolo—. Lo recuerdo como en un sueño...

—¿Quién o quiénes creés que dejaron ese mensaje? ¿Y por qué nos hicieron ir a todos esos lugares? ¿Tenés alguna respuesta a eso?

Wendy cerró los ojos, como recordando.

—No. Pero sí recuerdo a la mujer...

—¿Qué mujer? No mencionaste nada de eso.

—Porque me olvidé. O quizás estaba demasiado asustada. Pero la cuestión es que vi a una mujer en el espejo. Una mujer madura, que me miraba sin decir nada. Me pareció familiar.

—¿Te acordás de aquella anciana que vimos en el colectivo, camino al cerro Arequita? No sé por qué, pero pensé en ella.

—Sí. Eso también fue raro.

Wendy se acercó al espejo y lo tocó. De inmediato, sucedió algo extraño: las luces parpadearon y una mancha oscura apareció en una esquina del espejo. La chica retiró la mano de inmediato.

—¿Qué es eso?

—Parece un... ¿pájaro?

En efecto, aquella mancha extraña sobre el espejo tenía la forma de un pájaro oscuro. En silencio, casi sin entender lo que veían, las chicas contemplaron la figura del pájaro que lentamente fue surcando el espejo, de un lado a otro. Vieron que detrás del animal se veía un cielo de un color anormal, casi verduzco. De repente, apareció una gran bola de fuego que impactó sobre el ave, haciéndola caer en picado. Las chicas se estremecieron al mismo tiempo.

—¿Qué es lo que está pasando? —gritó Alicia—. ¿Vos viste lo mismo que yo?

Wendy no respondió. El recuerdo de lo sucedido con el espejo estaba muy fresco en su memoria. Vieron que del cielo caían más bolas de fuego, que se estrellaban contra la tierra. Algunos animales corrían y otros morían incendiados. Las imágenes que proyectaba el espejo eran terribles y abrumadoras.

De repente, el cielo cambió y vieron un lugar que reconocieron de inmediato: el cerro Arequita, incendiado y a punto de desmoronarse. Wendy vio los árboles convertidos en antorchas del Monte de Ombúes, y Alicia, al Museo Blanes que se derrumbaba con un gran estruendo, con todas las obras de arte en su interior arruinadas por siempre. Sin saber por qué, la chica sintió una pena muy grande y comenzó a llorar, a pesar de que su mente no lograba entender lo que estaba sucediendo.

Luego, la imagen del espejo volvió a cambiar y les mostró ciudades devastadas, autopistas colapsadas por miles de personas que intentaban escapar desesperadas, la torre de Pisa caía, el Palacio Salvo se resquebrajaba en mil pedazos a la vez que parecía ser tragado por la tierra y la Estatua de la Libertad que quedaba hundida en un mar de fango. Lo que les mostraba aquel espejo era un paisaje apocalíptico y aterrador, del cual nadie podía escapar. Las chicas retrocedieron e intentaron a su vez huir del lugar, pero no pudieron: la puerta del baño estaba trabada.

—¡No puedo abrir! —dijo Wendy—. ¡Ayúdame, por favor!



Pero Alicia no hizo nada, solo se limitó a seguir mirando, fascinada. Hubo más visiones, imágenes de pesadilla que seguro quedarían registradas en su retina durante años. La tierra arrasada por feroces incendios e inundaciones. Animales que morían de a miles, al igual que las personas. El cielo era plomizo y verde, y parecía escupir toda clase de sustancias venenosas. Las plantas y los árboles morían, y dejaban a su paso un vasto y horripilante desierto. Era lo más perturbador que había visto en su vida.

Finalmente, el espejo quedó a oscuras. Hubo un momento de silencio, y luego dos siluetas con forma humana se fueron dibujando entre las sombras.

—¡Tenemos que salir de acá! —gritó Wendy—. ¡No quiero seguir viendo!

Sin embargo, la puerta no quería ceder y las chicas se vieron obligadas a ver lo que el espejo mostraba. Aparecieron dos mujeres de una edad indefinida; una de ellas tenía el ojo

ciego, la otra tenía la piel muy enferma; se le caía a pedazos. Wendy gritó al reconocerla: era la misma que había visto en el espejo. Por otro lado, Alicia también supo reconocer a la del ojo ciego, ¡era la anciana que habían visto en el ómnibus!

Las dos mujeres intentaban decirles algo, pero de sus bocas no salía ningún sonido. Golpeaban el vidrio del espejo como si quisieran romperlo; de pronto, una gran grieta apareció en el cristal y lo partió en dos. Las dos mujeres desaparecieron y solo quedó la imagen de Wendy y Alicia, que se abrazaban recostadas contra la puerta, llorando en silencio.

De golpe, la puerta se abrió con un chasquido y las chicas aprovecharon para escapar. Nunca en su vida, ni siquiera durante la visita al cerro Arequita, sintieron tanto miedo.

Lo peor era que tenían la impresión de que habían visto un futuro muy, pero muy cercano. Y que nada ni nadie lograría escapar de él. Alicia no podía parar de llorar.

Salieron por la ventana rota y, al tomar contacto con el aire de la noche, lograron tranquilizarse un poco.

En ese momento, las notificaciones del grupo comenzaron a llegar una tras otra.

**Si querés saber que les sucedió a Vladimir, Dionisio
y Salvador, continuá en la página siguiente →**

Si querés reencontrarte con el grupo, saltá a la página 211 →

VLADIMIR, DIONISIO, SALVADOR, Y EL ESPEJO DE LA MANSIÓN DRAYTON

Cuando Vladimir pasó a buscar a Dionisio, notó a su amigo muy nervioso. Se había bañado y vestía una simple remera y un pantalón corto; caminaba de un lado a otro mirando el reloj de su celular.

—Por fin —dijo el chico al ver llegar a Vladimir—. Tenía miedo de que Salvador me viera. Lo dejé durmiendo en su dormitorio, pero si el enano me veía, seguro iba a querer venir.

Vladimir lo observó de arriba abajo y le advirtió:

—Mirá que el sendero que tenemos que atravesar está cubierto de espinas y arbustos. ¡Ponete unas botas, aunque sea!

A desgano, Dionisio le dio la razón. Dijo que lo esperara, regresó a la casa, entró por la puerta de atrás y al rato salió vestido con unos pantalones largos y unos mocasines.

—Así está mejor —aprobó Vladimir—. Ahora, vayamos a ver si el sueño que tuviste tiene algún significado o solamente es producto del golpe que te diste en la cabeza en la Gruta del Palacio.

—Y también me caí desde varios metros de altura, en el Castillo Pittamiglio —le recordó Dionisio—. La verdad, no sé cómo sigo vivo. ¡Me siento como Deadpool o quizás Wolverine!

Hicieron las cuerdas que los separaban del sendero que conducía a la mansión Drayton en silencio. El pueblo de Cabo Frío estaba tranquilo, dormido, como siempre estaba

a eso de las once de la noche. Solo algunos perros ladraban en las lejanías.

Dionisio recordó a las chicas:

—Espero que estén bien en el liceo.

—Sí —dijo Vladimir de inmediato, como si pensara lo mismo—. Y hablando de las chicas, contame qué está pasando con Alicia.

—No es nada —respondió Dionisio, sonrojándose—. Tenemos algún tipo de conexión. Eso es todo.

—*Conexión* significa que le metiste la lengua en la garganta, ¿verdad?

—¡No es eso! —Dionisio parecía escandalizado—. No pasó nada de eso, ni siquiera nos besamos. Pero siento que estamos conectados, que tenemos muchas cosas en común.

—¿Qué clase de cosas?

—No sé. Es como que nos conocemos desde hace mucho.

—¿La invitaste a salir?

—Todavía no.

—Bueno, hazlo. Antes de que alguien te gane de mano. Sé por qué lo digo.

Dionisio miró a su amigo con curiosidad.

—¿Te pasó?

—Por supuesto —respondió Vladimir con pesar—. Y esa es una de las grandes lecciones que aprendí en los últimos tiempos: cuando estás seguro de que querés algo, no lo dejes pasar, tenés que intentarlo. Con esperar no se gana nada.

Dionisio quedó meditando estas palabras en silencio. Y seguramente seguía pensando en el tema cuando llegaron



a la plaza Artigas, en cuyo lateral suroeste nacía el viejo sendero que llevaba a la mansión Drayton.

Como todo el pueblo sabía, la mansión era un lugar considerado por muchos como maldito. Había habido crímenes en el pasado, y una familia atípica y adinerada cuyos miembros, si no estaban locos, eran asesinos o estafadores. Se consideraba que había una gran maldición en aquella apartada mansión. Desde que había quedado abandonada en la década de los ochenta, casi nadie se había atrevido a visitarla.

Solo los chicos más aventureros, de vez en cuando, se animaban a ir, como una especie de exploración urbana. Vladimir y Dionisio habían ido hacía unos años, pero solo habían cruzado las rejas de la entrada, sin entrar a la casa, antes de salir corriendo como si hubiesen visto al Diablo.

Cruzaron la plaza y se internaron en el sendero.

Tal como había advertido Vladimir, estaba cubierto de malezas, espinas y alimañas que correteaban por todos lados.

Tuvieron que atravesar al menos unos quinientos metros entre el barro, las hiedras venenosas y alguna que otra serpiente que se encontraba en el camino. «Esto se parece a la bruja de Blair», pensó Dionisio mientras se protegía de unas ramas que casi le arañan el rostro.

Finalmente, llegaron a la gran casa, que los deslumbró con su imponente fachada bajo la luz de la luna, su cúpula de tejas oscuras vencida por los años, pero que aún mantenía un cierto vestigio de elegancia y de misterio.

Los chicos atravesaron las verjas de hierro finamente ornamentadas, cruzaron el patio que tenía una vieja fuente llena de agua verde y podrida y luego se detuvieron a ver los dos leones de cemento que custodiaban la puerta de entrada. A uno de ellos le faltaba la cabeza.

—Este sitio debió de haber sido lo más en su momento —susurró Vladimir—. Pero ahora solo me da miedo y algo de tristeza.

Entraron a la antigua mansión. La vieja puerta de madera chirrió al abrirse. Algunas telarañas se les pegaron en las cabezas. Los chicos las apartaron con rapidez, temerosos de que las arañas que las habían fabricado aún estuviesen acechando desde algún rincón, a la espera de su próxima presa.

Se detuvieron a contemplar el gran hall de la entrada. El piso estaba cubierto de mugre, había también algunas botellas rotas.

A la derecha, se erigía una gran chimenea con un viejo cuadro encima, en tamaño natural, que representaba una cacería con perros, caballos y hombres.

A la izquierda, estaban los ventanales altos y rotos, y en el centro nacía una imponente escalera de mármol que conducía al segundo piso.

—No deberíamos estar aquí —dijo Vladimir de repente—. Este lugar tiene un aire muy denso. Es difícil de describir.

—Pasa con todos los lugares en los que sucedieron cosas macabras —explicó Dionisio con seriedad—. Es como que el mal de la gente queda pegado a las paredes, como el moho. Y nosotros lo estamos respirando.

—Qué poético, pero la verdad, no me gusta para nada —sostuvo Vladimir—. ¿Dónde soñaste que encontrabas eso que dijiste en el sueño?

—Era un cuarto con muebles cubiertos con sábanas. Al menos, esa fue mi visión.

—Entonces busquemos ese cuarto, si es que realmente existe, y vayámonos de acá.

Recorrieron una a una las habitaciones, y en todas encontraron signos de decadencia, del paso del tiempo y algunas ratas que huían chillando al verlos.

Finalmente, en el segundo piso, se toparon con un cuarto que estaba cerrado. Vladimir tuvo que pegar una patada para abrir la puerta. Del otro lado, había muebles cubiertos con sábanas; en la oscuridad parecían los fantasmas de unas cosas enormes y sin forma que los aguardaban pacientemente.

—Es igual a mi sueño —dijo Dionisio—. Jamás en mi vida había tenido un sueño tan vívido como este.

—¿Estás seguro de que nunca entraste a la casa o escuchaste hablar de este cuarto? A lo mejor no fue una premonición, sino un recuerdo olvidado.

—No. Estoy seguro de que no. De lo contrario, lo recordaría. Además, viste que esa puerta estaba muy dura; por lo menos no se abría desde hace diez o más años.

—¿Vos decís que saquemos estas sábanas? —dijo Vladimir, iluminando el lugar con la linterna de su celular—. Eso es típico de las películas de terror. Los personajes se encuentran con un cuarto lleno de muebles tapados con sábanas. Y, cuando sacan esas sábanas, tarde o temprano aparece algún monstruo.

—Pero estos son muebles. Acá no hay ningún monstruo.

—¿Estás seguro de eso?

—No.

Uno a uno, fueron descubriendo los muebles. Se encontraron con un viejo tocador de madera, un ropero, un sillón, un viejo cofre también de madera (vacío) y finalmente destaparon un espejo de cuerpo entero, quebrado por la mitad, que solo reflejaba una imposible oscuridad.

Vladimir y Dionisio lo observaron hipnotizados.

—¿Este espejo no tendría que estar reflejándonos a nosotros? —preguntó Vladimir—. ¿O, al menos, las luces de los celulares?

—Sí —dijo Dionisio, pálido—. Algo raro está pasando con este espejo.

—Yo creo que... —comenzó Vladimir, pero luego calló al observar que algo, lentamente, aparecía desde la oscuridad del espejo.



Al principio, parecía una especie de insecto blanco. Pero luego se fue agrandando cada vez más, acercándose, hasta que vieron que se trataba de un cráneo humano.

Vladimir retrocedió.

—¿Qué es esto? —gritó—. ¿Es un espejo mágico o algo así?

—No sé —respondió Dionisio—. Pero algo nos está mostrando.

La calavera dio paso a otra imagen aun más inquietante: un fuego que cubría las calles de Montevideo. La gente corría e intentaba protegerse. Desde el cielo caían extrañas gotas parecidas a rubíes. Quemaban. Los autos se amontonaban en las esquinas y chocaban entre sí, todo el mundo intentaba huir en vano.

—¿Qué caraj..?

La imagen en el espejo volvió a cambiar. Vieron más fuego, humo y un cielo verde que parecía desplomarse

sobre la tierra. Vieron a una mujer indígena que lloraba en medio de unas ruinas y Dionisio gritó:

—¡Esa es la mujer que vi en la Gruta del Palacio! ¡La princesa indígena!

La imagen cambió otra vez, y ahora vieron unos árboles que caían convertidos en antorchas; Vladimir de inmediato supo que era el Monte de Ombúes que había visitado algunos días atrás.

—Esto no me gusta —dijo el chico—. No me gusta para nada. Será mejor que nos vayamos.

Dionisio estuvo de acuerdo; sin embargo, fueron incapaces de moverse del lugar, hechizados por las terribles imágenes que les mostraba el espejo.

Vieron más fuego, edificios en ruinas, calles polvorientas, animales que morían de a miles. También vieron a seres humanos que deambulaban de un lado a otro por planicies desérticas; todos parecían enfermos y hambrientos. Finalmente, el espejo les mostró una imagen que les resultó especialmente inquietante: eran dos hombres de mediana edad; uno de ellos estaba ciego, el otro tenía la piel agrietada. Parecían querer decirles algo a través del espejo, gritaban y señalaban algo sin llegar a emitir sonido.

Algo a sus pies pareció temblar. El vidrio del espejo se resquebrajó otro poco y luego el marco comenzó a combarse. El espejo se estaba fundiendo, dando paso a una horrible oscuridad. Los chicos, ya totalmente asustados, dieron media vuelta y corrieron; estaban abandonando la casa cuando escucharon un grito que les heló la sangre: era el de un niño.

—¡Salvador! —dijo Dionisio—. ¡El maldito nos siguió y está en la casa!

Regresaron sobre sus pasos, buscaron en las habitaciones llamando a Salvador. La casa entera ahora temblaba, parecía que iba a derrumbarse de un momento a otro. Lo encontraron acurrucado en un rincón; llorando; el chico a escondidas había visto las imágenes en el espejo y ahora estaba aterrado.

—¡Te dije que te quedaras durmiendo! —gritó Dionisio y lo alzó para luego correr escaleras abajo—. Tenemos que apurarnos, ¡este lugar se va a derrumbar!

Salvador no paraba de llorar. Entre hipos y sollozos preguntó:

—Eso que mostró el espejo, ¿es algo que va a pasar?

Ninguno de los chicos mayores respondió, aunque era evidente que lo habían pensado.

Corrieron todo lo que pudieron alejándose de la casa; Dionisio trastabilló cerca de la fuente y Vladimir tuvo que sujetarlo para que no cayera. Finalmente, lograron alejarse lo suficiente como para sentirse seguros y se dieron vuelta para contemplar la gran mansión, envuelta en los espectrales rayos de la luna llena.

Una luz azulada parecía provenir de una de las ventanas del segundo piso. Tenía una cualidad inquietante y al mismo tiempo familiar. Los chicos se abrazaron y siguieron corriendo; sabían que habían visto algo, algo que era tan importante que no podía comprenderse a simple vista. Corrieron a través del sendero y terminaron en la plaza Artigas, vacía y oscura.

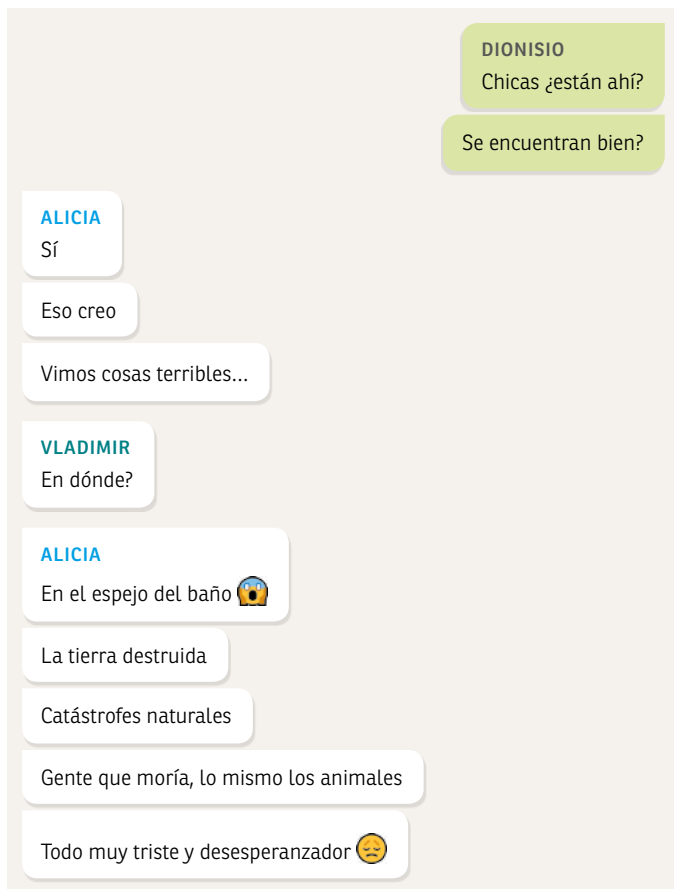
—Las chicas... —jadeó Dionisio. Su cara parecía envejecida. Vladimir no se veía mucho mejor—. ¿Qué habrá pasado con las chicas? Tenemos que escribirles para saber cómo están.

En ese momento, las notificaciones del grupo comenzaron a llegar una tras otra.

Si querés saber qué les sucedió a Wendy y Alicia,
volvé a la página 193 ←

Si querés reencontrarte con el grupo,
continúa en la página siguiente →

DESCIFRANDO UN ÚLTIMO MENSAJE



DIONISIO

Lo mismo vimos nosotros!

Pero en un espejo que había dentro de la mansión Drayton

Y luego vimos a dos personas que nos querían decir algo, pero no podíamos escucharlas!

WENDY

Nosotras lo mismo

VLADIMIR

Qué significa todo esto?

Recibieron algún nuevo mensaje?

Alguna pista?

WENDY

Nada

Solo esas imágenes que me entristecieron el corazón

VLADIMIR

Y qué hacemos ahora?

WENDY

No sé!

Por primera vez no hay pistas de nada

No puede ser que eso sea todo!

DIONISIO
A ver esperen

WENDY
Qué?

DIONISIO
Acaba de llegarme un mensaje de audio

ALICIA
De quién?

DIONISIO
De Guillermo Lockhart!

ALICIA
El de la tele? 😏

DIONISIO
Sí, el mismo!

ALICIA
Y de dónde te conoce?

DIONISIO
No me conoce

Sino que le pasó el contacto mi amigo el que trabaja con la música

WENDY

Y qué quiere?

DIONISIO

Es difícil de explicar

Mejor les reenvío el audio!

 Hola, Dionisio, ¿cómo estás? Soy Guillermo Lockhart, de *Voces Anónimas*. Seguramente te parezca extraño este mensaje de audio, pero es algo muy importante y tenía que contactarte.

 Resulta que tengo un amigo, Nacho, que me envió un audio que vos le pasaste hoy de tarde. Nacho me dijo que lo grabaste en la Gruta del Arequita... Bueno, como sabrás, ese lugar tiene mucha magia y es el escenario de una leyenda muy conocida, así que me pareció muy interesante. Le dije a Nacho que viniera a mi estudio y ahí empezamos a decodificar el mensaje.

 Nos dimos cuenta de que está en guaraní. Con ayuda de un traductor amigo, pudimos descifrar lo que esas voces decían y es esto: «En el borde del agua, sobre la punta del gran dedo que señala hacia el cielo, deberán buscar debajo del caballo gris, hasta que vengan los cuatro». Se repite esto una y otra vez. No sabemos bien qué significa, quizás vos sí lo sepas.



Lo que estoy seguro, es que esto me interesa mucho, quizás más adelante te contacte, así me contás bien tu experiencia y en base a eso podemos hacer un capítulo para mi programa. ¿Qué te parece? Bueno, vos pensalo y cuando puedas contestame. ¡Abrazo gigante!»

SALVADOR

¡No puedo creerlo! ¡Mi hermano va a salir en el programa
Voces Anónimas.!



DIONISIO

Aún no sabemos nada

Para empezar, ni siquiera sé qué significa ese mensaje.

ALICIA

¡Está muy claro!

DIONISIO

Sí?

Para mí no

ALICIA

«En el borde del agua, sobre la punta del gran dedo que señala hacia el cielo»

DIONISIO

Qué significa eso?

ALICIA

Es el faro!

El faro está al borde del agua y es como un gran dedo que señala al cielo!

VLADIMIR

Es cierto!

Pero, ¿y lo demás?

ALICIA

No tengo idea

Pero algo es seguro

Debemos ir hasta ahí!



VLADIMIR

Ahora?

ALICIA

Por qué no?

Qué dicen los demás?

DIONISIO

Estoy supercansado, pero quiero ir, me gana la curiosidad

VLADIMIR

Lo mismo digo

SALVADOR

Y yo!

WENDY

Entonces nos vemos en el faro en unos minutos!

DIONISIO

Estamos yendo hacia allá!

Acompaña a los protagonistas en su viaje al faro.

Continúa en la página 221 →



**PELIGRO
NO PASAR**

CAPÍTULO 6

EL FARO





PREMONICIONES

El mar rugía y golpeaba la costa. La noche se había cerrado aun más; la luna ya no se veía tras las nubes.

Los cinco chicos se encontraron en la base del faro de Cabo Frío y comenzaron a intercambiar sus experiencias. Todos habían visto lo mismo en los espejos: un mundo apocalíptico, devastado, con gente y animales que morían y quedaban al borde de la extinción. También comentaron el audio enviado por Guillermo Lockhart, que supuestamente sería clave para desvelar todo el misterio.

—Es todo muy loco —dijo Alicia—. Si yo no hubiese visto lo del espejo, no podría creerlo...

—Ni yo —dijo Vladimir, quien aun no lograba recuperarse del susto en la mansión Drayton.

—Bueno, pues no perdamos más tiempo y entremos —intervino Dionisio.

Se dirigieron hacia la puerta del faro, que se encontraba abandonado desde hacía más de diez años. Vladimir usó una piedra para romper la cerradura, mientras Wendy terminó de abrir la puerta de una patada, cual heroína de las películas de acción. Se sintió muy bien después de hacerlo, le resultó muy divertido.

El ambiente en el faro se sentía recargado por el encierro y la cercanía con la corrosión salina del mar. Subieron las escaleras metálicas hasta llegar a la casa del farero, en donde vieron algunos elementos abandonados como una vieja tetera, una radio portátil de esas antiguas cubierta por una espesa capa de polvo, una mesita de madera corroída y algunas mantas. Luego, subieron aún más hasta llegar al torreón, en donde Salvador señaló un cuadro sobre una de las paredes: era de un caballo gris.

—¡Ese es el caballo que mencionaba el audio!

—Pero, ¡no hay nada abajo!

Vladimir retiró el cuadro, solo había un clavo y la pared. Alicia dijo:

—¡Quizás lo que debemos hallar está *detrás* de la pared!

—¿Vos decís que tenemos que romperla? —dudó Dionisio.

—¡Intentémoslo!

Sin perder tiempo, Vladimir recogió una maza que encontró en la casa del farero y comenzó a romper la pared. Las piedras y el polvo volaron, mientras los otros chicos se tapaban las bocas con sus remeras para impedir que los restos entraran por sus vías aéreas. Sin embargo, a los diez minutos Vladimir detuvo su tarea, decepcionado. No había encontrado nada y solo había logrado ensuciarse la ropa y el cabello. Alicia le quitó la maza y siguió trabajando, pero tuvo que detenerse al ver que la pared se agrietaba peligrosamente.

—¡No hay nada acá! —dijo Salvador—. ¡Pero el audio decía que estaba debajo del caballo gris!

—Entonces eso quiere decir una sola cosa —intervino Dionisio—. Y es que todo esto es una mentira.

—¿Te parece que sea una mentira lo que acabamos de ver? ¡Todos vimos lo mismo, no puede tratarse de una coincidencia!

—A ver, un momento, ¡veo algo! —dijo Salvador.

Estiró la mano y de una de las grietas de la pared sacó algo alargado; parecía una especie de cápsula de metal muy finita.

—¿Y eso?

—Creo que hay algo dentro. Aunque no sé cómo abrirla...

El chico la examinó entre sus manos hasta que encontró un pequeño botón. Lo apretó y la cápsula se abrió como una pequeña nuez. Los otros jóvenes se agruparon en torno al niño.

—¿Qué hay?

—Es... un papel —dijo Salvador y retiró el objeto en cuestión.

Era, efectivamente, un papel. Parecía el recorte de un periódico, aunque la textura del papel era bastante extraña. A decir verdad, se parecía más a una seda que a un papel. El título, que se leía perfectamente en grandes letras mayúsculas, decía lo siguiente:

MUERE FAMOSO AJEDRECISTA DURANTE EL ÚLTIMO TERREMOTO

Ocurrió el martes pasado, durante el terremoto que sacudió Montevideo. Vladimir Basilenko, el famoso

campeón internacional de ajedrez, de 45 años, se encontraba en su apartamento del barrio Malvín y lamentablemente no pudo refugiarse a tiempo. Su cuerpo sin vida fue encontrado hoy a la mañana por personal montevideano de bomberos.

—¿Qué? —gritó Vladimir y luego miró desconfiado—. Es una broma, ¿verdad? Ustedes pusieron este recorte aquí, ¿no me mientan!

—Vlad, juro que nadie de nosotros te jugaría una broma de mal gusto así —intentó tranquilizarlo Wendy—. Además, ¡estaba detrás de la pared! ¿Cómo pudimos haber hecho algo semejante?

Los chicos discutieron y hasta alzaron la voz. Estaban muy cansados por el largo día, por todo lo que acababan de experimentar y se sentían muy confundidos. Vladimir, impresionado por aquella funesta noticia, quiso retirarse, sin embargo, Alicia dijo:

—Esperá, no te vayas. Creo que nos estamos olvidando de algo...

—Ya no quiero saber nada con esto —dijo el chico—. Si llega a ser una broma...

—¡Que no es una broma! —insistió Wendy.

—Alicia, ¿de qué nos olvidamos? —intervino Dionisio.

—Tiene que ver con el mensaje. ¿Recuerdan la última parte?

—Era algo así como que «hasta que vengan los cuatro» —recordó Dionisio.

—¿Y si es un error en la traducción? —conjeturó Alicia—. ¿Y si lo correcto es «hasta que vengan a las cuatro»? ¡O sea, las cuatro de la mañana! Debe de ser eso.

—Puede ser, sí. Pero ¿y qué hacemos?

—¡Esperar!

—Ufff, yo me quiero ir a dormir —dijo Vladimir, con pesar.

—¿Qué hora es? —preguntó Alicia.

Salvador miró el viejo reloj de su abuelo.

—Las doce y cuarenta y cinco.

—No falta tanto —dijo Dionisio—. Podemos esperar un poco más. ¿Qué te parece, Vlad?

El chico mencionado se encogió de hombros, soltó otro bufido y se sentó en el suelo, dándose por vencido.

Sus amigos lo imitaron y quedaron a la espera del gran suceso, fuera lo que fuera. El mar parecía cada vez más embravecido. Algunas ráfagas ocasionales estremecían el faro.

Estaban emocionados y pensaban que se quedarían despiertos, sin embargo, muy pronto fueron cayendo en una somnolencia irresistible. Wendy tuvo un ataque de tos y se recostó sobre el suelo, Alicia cerró los ojos y sin darse cuenta le tomó la mano a Dionisio. Vladimir, por su parte, se quedó dormido sin darse cuenta, al igual que Salvador.

Algunos momentos después, Salvador abrió los ojos sintiendo un feo presentimiento. Lo primero que hizo fue mirar el reloj de su abuelo. Y se sorprendió al ver que las agujas giraban locamente hacia adelante, como si un



potentoso ímã las estuviese moviendo o acelerando el tiempo a un ritmo frenético.

El niño se incorporó, confundido. Estaba por llamar a sus amigos cuando un resplandor proveniente del mar le llamó la atención.

Alzó la vista en esa dirección y vio, a través de los amplios vidrios del faro, que una bola de fuego inmensa, incandescente, caía lentamente en algún lugar del horizonte.

El chico quedó contemplando ese extraño y espectacular fenómeno, hasta que de repente la bola de fuego hizo impacto contra el mar, produciendo un sonido sordo que le retumbó en sus oídos e hizo temblar las bases del faro.

Los otros chicos se despertaron y se incorporaron asustados, mirando hacia todos lados.

—¿Qué fue lo que pasó? —dijo Dionisio—. ¿Qué fue ese ruido?

—¡Había... había una especie de bola de fuego! —gritó Salvador, señalando hacia el mar—. ¡Fue algo totalmente apocalíptico!

—¿Estás seguro de que no lo soñaste?

—¡Segurísimo! ¡Cayó en el mar y produjo ese ruido!

—Ey, ¡miren! —intervino Alicia, señalando en la dirección contraria, hacia el bosque—. ¿Qué carajo es eso?

Los cinco amigos miraron hacia allí y vieron que una especie de fuego, muy brillante, se había iniciado en un bosque muy cercano a la mansión Drayton. El fuego avanzaba con rapidez destruyendo los árboles, en dirección al pueblo. Algunas llamaradas alcanzaban los veinte o quizás más metros de alto.

Los jóvenes gritaron asustados.

—¡Tenemos que advertir de esto a la gente! —dijo Wendy—. ¡Antes de que sea demasiado tarde!

—Estoy llamado a mi hermano, pero mi celular se quedó sin señal —anunció Dionisio, observando su aparato—. ¿A alguien más le pasa?

Los otros chicos miraron sus celulares y se dieron cuenta de que ninguno funcionaba; no tenían señal e incluso algunos mostraban un extraño y verde parpadeo en sus pantallas. Parecían haberse vuelto locos. Al igual que el reloj de Salvador.

—Vamos a tener que correr hacia el pueblo —dijo Dionisio—. ¡No hay tiempo que perder!

—Esperen un minuto. Hay algo en el mar. ¿Pueden verlo?

Salvador señalaba hacia una especie de montaña negra que se acercaba rugiendo a través del mar. Brillaba bajo los rayos de la luna que se entreveía entre las nubes.

Muchos de los chicos habían visto varios videos en Youtube del terrible tsunami que había azotado las costas

de Indonesia en 2004 y se dieron cuenta que se trataba de eso: ¡un inmenso y aterrador maremoto!

—No puede ser —dijo Vladimir, pálido—. Estoy soñando todo esto.

—¡Fue la bola de fuego! —observó Salvador—. ¡Estoy seguro que fue eso lo que provocó esa gran ola!

El tsunami se acercaba cada vez más, rugiendo y haciendo estremecer la tierra. De golpe, se encendieron varias luces en el cielo, y más bolas incandescentes comenzaron a caer hacia el mar.

—¿Qué está pasando? —gritó Alicia—. ¿Es esto el fin del mundo o qué?

—¡Fue lo mismo que vimos en el espejo! —Wendy temblaba bajo la tenue luz lunar—. Estoy segura de que de eso se trataban los mensajes. ¡Nos estaban advirtiendo sobre el fin de todo!

—Pero, ¿qué podemos hacer nosotros? —se preguntó Dionisio—. ¿Por qué nos enviaron los mensajes a nosotros y no a líderes políticos? ¿O a alguien realmente poderoso, que pudiera hacer algo al respecto?

—¿Y por qué nos hicieron venir hasta acá? —completó la duda Vladimir.

—Creo que eso está más que claro —Alicia se acercó a los vidrios y contempló el fuego que azotaba el bosque de Cabo Frío—. Querían que sobreviviéramos. El tsunami pasará por debajo del faro y nosotros estaremos seguros acá arriba.

—¡Ni loca me quedo! —gritó Wendy—. ¡No voy a ver cómo mis seres queridos sufren allá abajo! Voy a salir de acá y tratar de alertar a la gente lo más rápido posible.

—Es cierto —asintió Dionisio—. Allá abajo están nuestros padres, nuestros abuelos, nuestros amigos. Seremos cobardes si nos quedamos y no hacemos nada para salvarlos.

Todos los chicos estuvieron de acuerdo con esto último. Y estaban encaminándose hacia las escaleras cuando sintieron un ruido de pisadas que los detuvo. Vladimir se acercó al hueco, pero luego retiró la cabeza enseguida: cuatro personas venían subiendo los escalones.

—¿Quiénes son? —dijo Wendy.

—Son... la gente que vimos en el espejo. Al menos, los hombres que vimos Dionisio y yo. También hay dos mujeres.

La chica se asomó y luego asintió repetidas veces.

—Son las mujeres, las que tenían la piel enferma.

—¿Qué hacen acá? —gritó Wendy—. ¿Qué es lo que quieren de nosotros?

Las cuatro personas, al escuchar esto, detuvieron su andar. Y alzaron, en aterradora sincronía, la cabeza para observarlos.

—¡Son espíritus! —dijo Dionisio—. Es por eso que los vimos en el espejo. ¡Todas las leyendas dicen lo mismo, desde Bloody Mary hasta Candyman!

—No creo que sean espíritus —dijo Alicia, pensativa—. Por algún motivo, sus caras me resultan conocidas. No sé. Me dan miedo.

—¡Cierren la puerta! —gritó Salvador, aterrado.

A los chicos mayores les pareció buena idea y se apresuraron a cerrar la puerta metálica. Sin embargo, tal precaución fue inútil, porque al cabo de unos segundos las cuatro personas la traspasaron como si fuera aire.



—¡Les dije, son espíritus! —chilló Dionisio, retrocediendo al igual que los demás hasta pegar la espalda contra los vidrios.

Las figuras se detuvieron delante de los chicos. Todas ellas vestían harapos; uno de los hombres tenía una capucha. Sin embargo, al cabo de unos momentos se dieron cuenta de unos detalles asombrosos: la mujer rubia, por ejemplo, llevaba el collar que Clarita le había dado a Alicia. El hombre de la cicatriz en la mejilla sujetaba en sus manos el escaupín que la Llorona le había entregado a Salvador. El hombre de la capucha, a su vez, tenía un pergamino enrollado que parecía muy similar al que la princesa indígena le había obsequiado a Dionisio.

—¿Qué m... es esto? —gritó Dionisio—. ¿Acaso están jugando con nosotros o qué?

—No somos espíritus —dijo la mujer morena—. Hemos venido a alertarlos.

—¿Alertarnos de qué? —dijo Alicia y señaló hacia afuera del faro, donde el tsunami se seguía acercando

y el gran fuego consumía el bosque a una velocidad aterradora—. ¿De esto? ¡Ya es tarde, no vamos a llegar a salvar a nadie! ¡Y mucho menos si ustedes se interponen en el camino!

—Esto es solo el comienzo —dijo el hombre de la capucha—. Vendrán más cosas. Ustedes las vieron a través de los espejos.

—Terremotos. Huracanes. Sequías. Ríos sin agua y mares de agua podrida. Todo eso comenzará muy pronto —terció el hombre de la cicatriz.

—¡Entonces apártense del camino y déjennos salvar a nuestros seres queridos! —gritó Wendy, alzando los puños como para pelear.

—Ustedes son los indicados para alertar al mundo —dijo la mujer del collar—. Les fuimos dando pistas, señalándoles el camino desde diferentes escenarios en los que se cuentan leyendas. Son los únicos espacios en los que los límites entre la realidad y lo inimaginable pueden ser transgredidos. Era necesario que comenzaran a creer.

—¿Creer en qué?

—En nuestra existencia. En la existencia de las cosas mágicas que rodean nuestras vidas. La tierra está en peligro, alza su voz advirtiéndonos, pero nadie escucha, nadie tiene oídos para estos mensajes, todos están sumergidos en sus propias preocupaciones mundanas, sus problemas cotidianos, presos en sus dispositivos electrónicos, consumidos por miles de distracciones. Es por eso que debimos prepararlos. Hacerlos recorrer el camino de las leyendas, para que finalmente pudieran escucharnos.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Alicia—. ¿Por qué me resultan tan conocidos?

—Pues porque nosotros somos ustedes —dijo la mujer del collar—. Yo soy vos, solo que dentro de treinta años. Mi compañera y amiga —señaló a la mujer morena— es Wendy. El de la capucha es Dionisio. Y el de la cicatriz en la mejilla es Salvador.

—¿Qué? —gritó el chico.

—Nos vemos mucho más viejos de lo que aparentamos. No llegamos a los cincuenta años, pero parecemos de setenta. Y eso es por las condiciones en que vivimos los del futuro. Ya no se ve el sol y las enfermedades azotan el planeta. De los pocos sobrevivientes que hay, nadie vive más de sesenta años.

Los chicos se quedaron callados ante esta revelación. Luego, Dionisio preguntó tartamudeando:

—Un momento. Ustedes... ¿vienen del futuro?

—No exactamente —respondió el de la capucha—. No tenemos una máquina del tiempo, no existe eso. Pero sí descubrimos puntos de conexión con el pasado. Como los espejos, o los lugares legendarios como el Monte de Ombúes, el Museo Blanes, el Parque Rivera, el Cerro Arequita y tantos otros. Es la única forma que tenemos de comunicarnos con ustedes.

—Pero, ¿para qué comunicarse con nosotros? —insistió Alicia, desesperada—. Ya es tarde. ¡Miren!

Señaló hacia el mar, donde el maremoto ya estaba llegando a la playa. Vieron varios botes que caían volcados en el pequeño muelle de pescadores cual piezas de

dominó; luego, una gran ola azotó las piedras y el agua inundó la arena. La corriente era fuerte y llevaba todo a su paso: árboles, sombrillas, sillas. El puesto del guardavidas desapareció. El poder del mar era increíble. Llegó a la base del faro y la construcción comenzó a temblar. El agua siguió su paso y arrastró más árboles hasta llegar al fuego. Vieron que la cúpula de la mansión Drayton desaparecía bajo la gran y voraz ola, y luego el agua llegó al pueblo.

—¡No! —gritaron los chicos.

Las luces de las calles se apagaron. Se escucharon crujidos y gritos. El agua era negra y no parecía detenerse ante nada; engulló las casas como un gigante hambriento y siguió marchando. Pronto llegaría a la carretera.

En el horizonte, el cielo se abrió y cayeron rayos; una lluvia se desató como si alguien hubiera abierto una compuerta. El viento también despertó, e incrédulos, vieron que un gran tornado se formaba en las lejanías; era como una bestia viva que consumía todo a su paso. Las aves pasaron en bandadas huyendo; desde algún lugar se escuchó una sirena que luego se silenció a los pocos segundos.

—¡Malditos, llegaron tarde con su estúpido mensaje! —gritó Wendy y se arrojó sobre una de las mujeres—. ¡Debieron ser más claros, más directos y no hacernos ir de un lado a otro como turistas japoneses!

Intentó golpear a la mujer, pero su puño traspasó el aire. La mujer morena la miraba comprensiva.

—Era necesario hacerles pasar todo esto —repitió—. Lo lamentamos. Lo lamentamos mucho. Pero no había

otra manera. Tenían que comprender. Tenían que abrir sus consciencias...

Salvador lloraba. Dionisio lo abrazaba y lo contenía. Tenía los ojos inundados en lágrimas, pensando en sus padres y sus seres queridos.

—Acá hay algo raro... —dijo Alicia.

—¿Qué?

—Dicen que no pueden viajar al pasado. Que solo pueden comunicarse a través de los espejos y los lugares legendarios. Sin embargo, ¿cómo es que los vemos ahora?

—Hay otra manera de comunicarse —dijo el hombre de la capucha, el que supuestamente era el Dionisio del futuro—. Y eso es a través de los sueños. Fue por eso que los hicimos venir hasta acá. Y hacerles excavar en la pared...

—No entiendo —frunció el ceño Alicia—. ¿Qué tiene que ver la pared del faro? ¡Ahí no había nada!

Los cuatro viajeros comenzaron a hacerse más transparentes, a desaparecer en el aire.

—Nuestro mensaje ya ha sido enviado. Ahora depende todo de ustedes.

—Pero, ¿qué se supone que debemos hacer? —exclamó Wendy—. ¿Qué...

Pero calló al ver que los visitantes habían desaparecido. Se dio vuelta para mirar a sus amigos, incrédula.

—¿Qué fue lo que acaba de pasar? ¿Qué vamos a hacer ahora?

Antes de que los otros pudieran contestar, escucharon golpes en la puerta cerrada, y luego los vidrios del faro se rompieron con una explosión que les golpeó en el pecho.



* * *

Despertaron no mucho después, tosiendo. Los cinco estaban recostados en el suelo del faro, y les dolía la cabeza enormemente. Un viento frío penetraba por los vidrios rotos. De repente, apareció un rostro familiar: era Viktor, que maldecía y los sacudía para que reaccionasen.

—¿Es que acaso quieren morir? ¿Qué m... les pasa, pen-dejos idiotas? —exclamaba.

—¿Qué... qué fue lo que pasó? —dijo Dionisio—. ¿Cómo sobreviviste al tsunami?

—¿Tsunami? ¿De qué estás hablando? —dijo Viktor—. ¡Sus padres los van a matar, los están buscando por todos lados! Menos mal que tuve ese sueño...

—¿Qué sueño?

Viktor sacudió la cabeza, confundido.

—No sé, estaba soñando que una mujer vieja me decía que tenía que ir al faro. Después me desperté, vi que

medio pueblo los estaba buscando, y me acordé de ese sueño. Así que vine para acá... Subí por las escaleras y abrí la puerta de una patada. ¡Estaban los cinco desmayados, y había un olor a gas terrible! Fue por eso que rompí los vidrios, ¡para que entrase aire fresco y reaccionasen!

—¿Olor a gas? —dijo Vladimir incorporándose lentamente. La cabeza le latía como si fuese una enorme arteria tapada—. ¿De dónde?

—Supongo que de ahí —dijo Alicia, señalando la pared que ellos mismos habían destruido.

En efecto, al observar mejor el lugar, vieron que con la maza habían roto un caño de gas, que seguía emanando el tóxico e invisible veneno.

—Vamos, salgamos de acá antes de que explote todo al carajo —dijo Viktor, levantando a los chicos uno por uno—. ¡Prepárense para los castigos de sus vidas!

—¿O sea que el pueblo está bien? —preguntó Salvador—. ¿Que no hubo ningún tsunami, ningún incendio, ninguna bola de fuego cayendo del cielo?

—No pasó nada de eso —aseguró Viktor—. ¡Solo estaban delirando, manga de mamertos!

Aún sin poder creerlo, los chicos bajaron lentamente las escaleras. Las piernas les pesaban y sentían que todo daba vuelta a su alrededor.

Abajo, los esperaban sus padres, que, alertados por Viktor, llegaban corriendo por la playa. Los abrazaron y les dieron alguna que otra reprimenda. Sobre todo a Salvador, que por ser el más chico fue el que más castigo recibió.

—Estaba todo planeado —murmuró Alicia a los demás, mientras caminaban hacia el pueblo ayudados por sus padres—. Quisieron que rompiésemos la pared para que escapase el gas y quedáramos inconscientes.

—Pero ¿para qué? —frunció el ceño Dionisio—. ¿Acaso querían que muriéramos?

—Nada de eso. ¿Recuerdan lo que dijeron? Que solo podían comunicarse con nosotros a través de los espejos, de los lugares mágicos y de los sueños. Querían darnos el último mensaje. Desde el faro se ve todo y era el lugar para mostrarnos lo que finalmente nos mostraron.

—¿Eso quiere decir que todo fue un sueño? —dijo Vladimir—. ¿Que nada de lo que pasó va a pasar?

—No —dijeron al unísono los otros cuatro.

—Sí —aceptó Vladimir, pensativo—. Opino lo mismo. Esto es solo el comienzo...

Al día siguiente...

VLADIMIR

Están todos bien?

ALICIA

A mí me duele la cabeza todavía, pero sigo viva

WENDY

Lo mismo yo

DIONISIO

Mis viejos me castigaron por seis meses

Por llevar a Salvador a un lugar peligroso

SALVADOR

Y a mí me dieron siete meses de castigo



VLADIMIR

Qué opinan de lo que pasó ayer?

ALICIA

Que fue todo real

Hoy más que nunca creo eso

Todo lo que vimos pasará

Lo del tsunami, los tornados, el cielo verde, el fin del mundo

VLADIMIR

Entonces eso quiere decir una cosa...

DIONISIO

Qué?

VLADIMIR

Que voy a morir

Voy a morir en un terremoto

¡Lo decía ese recorte de periódico!

ALICIA

No si podemos evitarlo

VLADIMIR

Pero cómo?

ALICIA

El futuro se puede cambiar. Podemos y debemos trabajar para cambiarlo

No solo por tu vida, Vlad, sino por la del resto del planeta

VLADIMIR

Solo somos unos chicos que viven en un pueblito!

Si les contamos a los demás no nos creerán

No tenemos pruebas!

WENDY

Pero tenemos nuestra fe

Solo nosotros sabemos lo que vimos

DIONISIO

Y qué proponés que hagamos?

WENDY

Por empezar, contar nuestra experiencia al mundo

A través de blogs, redes sociales,
entrevistas en periódicos y radios

DIONISIO

Estás loca?

Van a pensar que estamos locos!

WENDY

Al principio, la mayoría sí

Pero habrá otros que nos escucharán

Verán que decimos las cosas con convicción y honestidad,
y eso siempre llega a la gente

Además, no es lo mismo que lo diga uno que lo digan cinco

Creo que es imposible que cinco personas
enloquezcan al mismo tiempo

ALICIA

Quizás al principio seamos pocos

Pero luego, si insistimos, se seguirán sumando

Más y más

Hasta lograr ser miles o incluso millones 🙌

VLADIMIR

Supongamos que logramos eso. Pero y luego?

WENDY

Luego...

Luego veremos

Los grandes cambios empiezan con pasos pequeños

Pero son pasos que debemos dar

DIONISIO

Me gusta tu forma de pensar 🙌

Creo que es una locura

Pero más loco sería no hacer nada

No después de todo lo que vimos

VLADIMIR

Qué esperamos entonces!?

Empecemos a trabajar!

WENDY

Ya mismo!

ALICIA

Sí!! 

DIONISIO

Antes quiero decir una cosa

VLADIMIR

Qué?

DIONISIO

Tendría que decir esto por privado, pero lo tiro al grupo porque después de todo ustedes se convirtieron en mis grandes amigos

Y quiero que lo sepan todo, incluso de mis desgracias

VLADIMIR

Uy, por el amor de Dios, dejá de hacerte el misterioso y decilo!

DIONISIO

Alicia...

ALICIA

Yo?

DIONISIO

Sí

Querés salir conmigo?

Estoy castigado, pero podemos vernos por Zoom esta noche

VLADIMIR

Epa! No me esperaba eso!

SALVADOR

Qué jugada, bro! 😊

Arriesgada, pero me gusta!

DIONISIO

Alicia?

Estás ahí? 😞

WENDY

Amiga

No te sientas presionada

Si no querés decir nada, no lo digas

Hablá cualquier cosa con él por privado

ALICIA

No

No hay presión

Solo tengo una respuesta

WENDY

Cuál?

ALICIA

Dionisio...

DIONISIO

Estoy acá 🏠

ALICIA

Cuál es tu número de usuario?



Esta fue la historia de cinco chicos, cinco amigos que vivieron hechos extraordinarios y nunca más se separaron. A partir de ahora, tendrán una tarea titánica por delante: intentar convencer a la sociedad de los peligros que se aproximan. No será nada fácil, pero cuentan con el entusiasmo, la inteligencia y, sobre todo, la unidad de grupo para conseguirlo.

¿Creés que lograrán su cometido?
Lo sabremos algún día...





MISTERIO DE CABO FRÍO

Un grupo de amigos del pueblo costero Cabo Frío recibe un enigmático mensaje de la manera más inquietante e inesperada. Está compuesto por la palabra «Ayuda» y un código desconocido.

A partir de ese momento, los cinco amigos —Wendy, Dionisio, Alicia, Vladimir y Salvador— deberán resolver un escalofriante enigma que los llevará por lugares y leyendas mágicas de Uruguay: el Monte de Ombúes y sus secretos recuerdos, la Gruta del Palacio con sus mitos sobre tesoros olvidados, el Parque Rivera y un espanto femenino que llora amargamente en sus dominios, el Castillo Pittamiglio, hogar de un alquimista y muchos más.

¿Qué es lo que está pasando en Cabo Frío? ¿Qué significan esos extraños mensajes que los chicos descubren en los sitios más inesperados y aterradores del país?

El misterio de Cabo Frío, la primera novela interactiva uruguaya, invitará al lector a tomar decisiones y a convertirse en uno de los grandes protagonistas de una lectura cargada de emociones, terror y, por sobre todas las cosas, de una aventura sin precedentes.

Una historia de Guillermo Lockhart con la colaboración de Mauro Croche.



ANEP



Ministerio
de Educación
y Cultura



UTEC
Universidad Tecnológica



Plan Ceibal